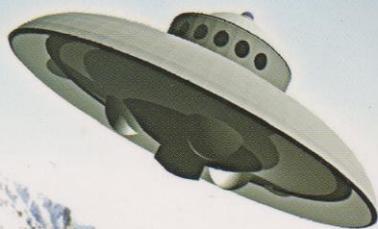


Vitko Novi



**170 Horas**

con extraterrestres

**VITKO NOVI**

**170 HORAS**

**CON  
EXTRATERRESTRES**

Por sobre todas las cosas

AL PADRE ETERNO, CREADOR UNIVERSAL DE LA VIDA Y  
DE TODO CUANTO EXISTIÓ, EXISTE Y EXISTIRÁ  
POR SIEMPRE EN TODA LA ETERNIDAD.  
AL ÚNICO DIOS VIVIENTE QUE DÁ  
Y QUITA LA VIDA.

EL EDITOR

## PROLOGO

“170 Horas con Extraterrestres” es un libro singular y su autor Vitko Novi, un escritor serio, que relata sus experiencias vividas en los Andes peruanos, exactamente en la Central Hidroeléctrica de Huallanca, a orillas del río Santa, en el bello Callejón de Huaylas...

Vitko Novi expone en esta obra, con detalles, sus sorprendentes encuentros y entrevistas con los nativos del Planeta Apu: “apunianos”. Consigna sus diálogos y expone las ideas que se constituyen en significativo mensaje para la humanidad.

Expone el autor con valentía su testimonio, dejando al lector la plena libertad de creer o no en sus relatos. El mismo dice que “sus revelaciones sorprenderán” como antes sorprendieron los anuncios de los grandes inventos y progresos científicos. Pues a principios de nuestro Siglo, se creía un sueño imposible el viaje a la Luna, el trasplante del corazón o el niño incubado en probeta. Hoy es una realidad.

De igual manera, lo que Novi consigna en su libro hoy, mañana será palpable realidad, porque el hombre avanza a pasos agigantados hacia la perfección. Lo que nos atrasa son el desorden, el ocio y el dinero que prácticamente son los que provocan guerras y tragedias.

Vitko Novi habla del “minius” elemento esencial del átomo al que el hombre no ha llegado todavía en su descubrimiento científico porque es millones de veces más pequeño que el elemento Protón. Este “minius” dice, es el origen de la vida, el elemento que existe entre la nada y la materia.

Revela sobre las máquinas voladoras de los “apunianos” que alcanzan velocidades sobre los “cientos de millones de kilómetros por segundo” y que están equipadas con un aparato en proa que desintegra y otro en popa que integra a todo los cuerpos que hallan en su trayectoria de recorrido. Estas máquinas dominan la des gravitación y no dejan huellas donde se posan, además tienen pantallas del tiempo, iluminación positiva y otros complementos indispensables para viajes intergalácticos perfectos.

Vitko Novi habla de la pantalla del tiempo en donde se puede ver el pasado, el presente y el futuro. En esa pantalla afirma haber visto la tragedia del Callejón de Huaylas en el año de 1960, mucho antes que suceda en la realidad. Entonces lo creyeron enfermo mental. Afirma sobre el peligro latente que hoy existe allí y explica la forma de prevenirlo. Convendría tomar en cuenta la sugerencia de Novi.

También, en la misma forma, hace la sensacional revelación de que actualmente en nuestro planeta tierra “entre bosques y praderas” existe gigantesco arsenal en donde están fabricando “platillos voladores” que son muy inferiores a los “apunianos” pero que están en camino de ser perfeccionados gracias al avance científico de nuestra época.

Con el tiempo el hombre podrá vivir indefinidamente. Lun un personaje descrito en este libro dice tener novecientos ochenticinco años y Zay, un millón trece mil doce años. Todas estas maravillas, significan singular aliento para la humanidad, una esperanza que puede materializarse si el hombre decide practicar la paz y la unión fraternal, para dedicarse por completo al estudio y al trabajo.

Me parece sinceramente que este libro es maravilloso. Que todos debemos leerlo con sumo cuidado y especial detenimiento, extractar de su

contenido inspiración que nos lleve por el camino del bien, la verdad y la justicia, hacia la paz y la fraternidad, eliminando para siempre de nuestras mentes y conciencias el egoísmo, el odio, la envidia, la traición y la deslealtad que son en suma, la causa fatal de nuestra mortalidad y tragedia, de nuestros males y sufrimientos. Vitko Novi, con esta obra, se convierte en nueva figura del panorama mundial de la literatura contemporánea. Fidedignamente con valentía y sin egoísmo nos relata sus experiencias para que de ellas saquemos inspiración que nos motive la búsqueda de la perfección hacia una vida mejor.

Miguel Castillo Durand.

## **ACLARACION**

El autor de este libro Vitko Novi, ha publicado tres libros en los años 1975 - 1976 en los que nos relata sus experiencias con los Extraterrestres, estos libros son:

“APU UN MUNDO SIN DINERO” Y  
“MISERIA DEL DINERO” (Tomos 1 y 2)

En ellos el autor detalla los adelantos Apunianos, la vida de estos en Apu y en la tierra, su organización, trabajo, formación de las Galaxias, población de la tierra y otros sucesos espaciales, que no se han repetido a detallar en este libro.

Los Editores.

## INTRODUCCION

Amigo lector:

Anticipadamente sé, de sobra, que el contenido de este libro te sorprenderá. Tal vez, de manera semejante, se habrían sorprendido los Siete Sabios de Grecia si hubiéramos intentado explicarles la existencia de la corriente eléctrica y sus múltiples aplicaciones; el descenso del hombre en la superficie de la Luna o si se les hubiese presentado un hombre que esté viviendo con un corazón ajeno, un niño incubado en probeta, u otro de tantos adelantos reales hoy, pero que habrían sido considerados utópicos e insólitos dos mil años atrás.

Me agradecería, amigo lector, si pudieras comprender, tan sólo por un instante, qué incómodo se siente uno escribiendo libros sobre experiencias extrañas, desacostumbradas y asombrosas, sabiendo que cada palabra te originará descontento, dudas, mofas, o simplemente una sonrisa desdeñosa de burla.

No es mi intención convencerte que a mis relatos, difíciles de creer en nuestra época, los consideres verosímiles, porque con eso subestimaría la labor de la infatigable inteligencia humana, nuestro criterio, nuestras costumbres y nuestro derecho de ser como somos.

Por esta razón escribí anteriormente el libro **“Apu un Mundo sin Dinero”**, en el cual detallé parte de las **“170 Horas con los Extraterrestres”** en forma novelada y en tercera persona, a pesar que yo había conversado sobre todo este contenido con Zay e Ivanka, personajes de ambos libros; lo hice así por dos motivos: el primero, para que el

lector opinara y determinara el carácter del libro, según su razonamiento lógico, sin ninguna clase de persuasión; y el segundo, porque en el planeta Apu no existe el egoísmo ni sus derivados, ni tampoco existen giros ni términos idiomáticos para expresarlos.

No es, pues, mi propósito convertirme en predicador, ni buscar fieles para preparar la bienvenida a unos nuevos “dioses” que descenderán del espacio trayendo paquetes de regalos para los terrícolas, cartas credenciales o propuestas para formar una alianza política, porque los problemas de la vida terrestre sólo incumbe resolverlos a nosotros los habitantes de la Tierra, con nuestra inteligencia, nuestro estudio y trabajo, formando una sociedad altruista. Tampoco pretendo postular a premios u otro tipo de reconocimientos por relatar mis encuentros casuales con los “extraños”. El azar puede determinar que cualquier habitante terrestre, al encontrarse con ellos, asuma una actitud seria, para así aportar datos mucho más importantes que los que traje yo, y que explicarían los misterios que nos rodean.

Sea cual fuere tu opinión acerca de este libro, será digna de aprecio porque es el producto de tu pensamiento, de tu ser, lo cual acredita tu sagrado derecho a existir, pensar, decidir y manifestar; esto no hace daño a nadie... Mientras existan átomos y movimiento, el universo seguirá siendo una vastedad infinita que crea y transforma y sus habitantes seguirán viajando por el espacio, penetrando en sus interminables y misteriosas entrañas.

Lo único que me preocupa es la pronta solidaridad de los hombres, porque la vida de la humanidad está asentada sobre un volcán de guerra que amenaza su destrucción. Las fábricas de armamentos siguen consumiendo la mayor parte del trabajo humano; los arsenales están llenándose de instrumentos bélicos; los cañones no cesan de destrozar los cuerpos del prójimo; las bombas atómicas, de hidrógeno y neutrónicas, penden sobre nuestras cabezas amenazando la existencia de la vida terrestre, y, mientras tanto, las enfermedades “invencibles” y las otras aún desconocidas, asociadas con el hambre y la miseria continúan matando incontrolablemente a los humanos.

Urge, pues, sin demora, el sincero entendimiento entre los hombres para que se unan en el trabajo y en el estudio, que son los únicos factores capaces de garantizar que la humanidad siga existiendo.

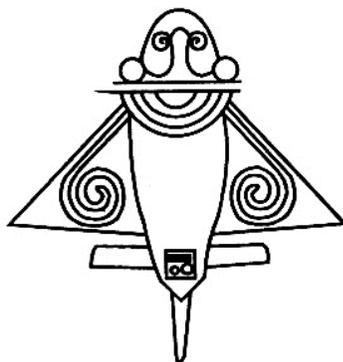
Esta es la causa por la cual estoy relatando, en parte, los desarrollos científicos y tecnológicos de la sociedad apuniana, y también el ayer, hoy y mañana de la vida terrestre, que vi por las pantallas del tiempo en sus naves, allá en los Andes peruanos...

Invoco a los científicos, trabajadores, maestros y alumnos, soldados y gobernantes, a los creyentes y a los ateos, a hombres y mujeres en general, a que embellezcan la historia humana proscribiendo para siempre, la fabricación de armas, las agresiones, las guerras, y que contribuyan con sinceridad y buena fe, a la realización de una sociedad de amigos en la cual todas las personas sean consideradas iguales y así, unidas, en paz, irradien en el universo una enseñanza altruista que corrija los fenómenos de la vida terrestre y del espacio. Unámonos, pues, para trabajar por la felicidad humana, y cambiemos las hazañas de la guerra por el heroísmo de la paz.

Hombre: El egoísmo está convirtiendo los inventos de tu poderosa mente, en arma para destruir la vida terrestre, SALVEMOSLAS!.

Todo por los demás.

Vitko Novi.



Estas figuras talladas en oro, se encuentran en el Museo de Oro, del Banco de la República de Colombia en Bogotá. Los números 1; 2 y 3 son idénticos en formas a las naves extraterrestres que Vitko Novi ha visto durante los encuentros detallados en éste libro.

## **JUEVES DIEZ DE MARZO DE 1960**

Terminaba el día jueves diez de marzo de mil novecientos sesenta. En la Central Hidroeléctrica de Huallanca que se encuentra en un túnel hecho por los maestros de la ingeniería moderna, en las escarpadas rocas de los Andes Peruanos, a la orilla derecha del río Santa, Callejón de Huaylas, todas las máquinas funcionaban armoniosamente. Pensé que mi turno de trabajo de esa noche, como Jefe de Operaciones Mecánicas, lo pasaría sin problemas ni apagones, los que de vez en cuando ocurrían a causa de las lluvias y los fuertes vientos que azotan los altos picos de la Cordillera Negra por donde atraviesa la línea de alta tensión que transporta la energía eléctrica desde Huallanca hasta la planta siderúrgica de la ciudad de Chimbote, distante cientos de kilómetros. De pronto, un gavián voló por encima de los generadores y fue a posarse sobre un fierro sobresaliente en la parte alta de la pared. Volteaba su cabeza agitadamente, de un lado a otro. Me sorprendí por la actitud del ave, pues a pesar que el interior de los túneles y la Casa de Fuerza estaban bien iluminados, debió haber venido Zigzagueando entre los alambres, tubos y otras instalaciones, a lo largo del túnel de entrada que empieza en el puente del río Santa y conduce hasta la sala de máquinas: una distancia de ciento catorce metros roca adentro. Los murciélagos, golondrinas y otras aves pequeñas, nos visitaban frecuentemente por el túnel secundario por donde pasan los cables de energía hasta los bancos de transformadores, y por el cual solamente pasaban los técnicos, una vez cada dos días, cuando revisaban el funcionamiento de las instalaciones eléctricas. Observando al gavián, por su intranquilidad deduje que aquella era su primera visita a la Sala de Máquinas y que por eso no se acostumbraba al ruido que

producían los generadores. Mientras me acercaba al teléfono de servicio interno para dar noticia al operador del tablero de control, sobre el visitante inesperado, la corriente se interrumpió y la Casa de Fuerza quedó a oscuras.

Comprendí que una sobrecarga extraña había originado la disyunción en el patio de llaves. Me apresuré para asegurar la refrigeración de los transformadores de alta tensión, conectando la corriente de la planta auxiliar que en casos de emergencia alimentaba el alumbrado interno y el motor de la bomba de agua destinada al enfriamiento de esas máquinas. Tomé la linterna de mano que utilizábamos cuando ocurrían apagones, y corrí hacia el patio de transformadores ubicado a la entrada, para confirmar que las máquinas recibían la refrigeración adecuada. Cuando salí del túnel me encontré con una sorpresa. A pesar que la corriente estaba interrumpida por lo que esperaba encontrarme con la oscuridad nocturna de un cielo nubloso, vi que los alrededores, en un círculo de quinientos metros de diámetro, estaban iluminados como si fuera de día.

Como el sitio de entrada a la Central está casi encerrado por rocosos y elevados cerros, no pude descubrir, en un primer instante, de dónde provenía aquella luz tan extraña. Avancé entonces hacia la mitad del puente desde donde podía observar el paraje, río abajo, más abierto por la separación de los cerros. Mientras caminaba miré involuntariamente hacia el horizonte. Allá, en la lejanía, una estrella fugaz atravesó la pequeña parte del cielo despejado que acababa de aclararse y en mi mente surgió la idea de que aquel resplandor incomprensible podría provenir de un meteorito caído por casualidad en el lugar, ocasionando así la disyunción de la Central. Cuando llegué más o menos al centro del puente me di cuenta que la luz provenía de un objeto ovalado, parecido a una gigantesca lenteja, posado en una pequeña planicie ubicada entre la unión del río Kitaraqsa con el Santa.

Aquella planicie moldeada por los cauces de los dos ríos durante siglos, tenía la forma de un triángulo de lados desiguales. Era parte de una llanura que al iniciarse las obras de construcción de la Central, los

túneles, la Casa de Fuerza y el patio de transformadores, había servido de campamento y almacén de materiales, hasta que casi todo eso fue arrastrado por un aluvión, en la década del cincuenta.

El aparato luminoso no me causó demasiada sorpresa, puesto que la ciencia del hombre está avanzando aceleradamente y máquinas nuevas de formas diferentes, están apareciendo cada día. Mas el color y la intensidad de la luz que desprendía eran sorprendentes.

A pesar de mirar fijamente aquel luminoso objeto, mis retinas no sufrieron ninguna molestia; por el contrario, experimenté una sensación agradable y el deseo de seguir observándolo. Por un instante, mi mente se confundió. ¿Quién, cuándo y para qué había traído esa máquina tan rara para instalarla en un lugar a mi parecer insignificante? Me imaginé que el ejército, con fines de investigación científica, había encerrado en alguna esfera de vidrio de color, un reflector de potencia extraordinaria. Apagué mi linterna (lo que había olvidado hacer por la sorpresa) y me dirigí hacia el luminoso objeto. En el trayecto revisé la bomba de refrigeración de los transformadores, me aseguré de su correcto funcionamiento y luego proseguí...

Al final del patio me encontré con el guardián de turno, apellidado Quiroz, que vigilaba la Maestranza. Le vi tan tranquilo como si a nuestro alrededor no sucediese nada anormal. Por la tranquilidad del guardián dudé de mi estado psíquico. Pensé que mi mente sufría algún desequilibrio y que por eso veía cosas irreales. Eso me asustó.

-¡Hola, Quiroz!, yo creía que estabas en la oscuridad- le dije con tono suave para que no se diera cuenta de mi alteración.

-Ah, señor, ya ve usted, estoy más alumbrado que si estuviera en la plaza San Martín de Lima -respondió él, sonriente.

-¿Sabes tú qué está sucediendo acá?- le interrogué de nuevo dando algunos pasos hacia el objeto luminoso. Quiroz agarró mi brazo izquierdo y nerviosamente me dijo:

-Señor, si siente temor, no vaya allá; otra vez acaban de bajar éstos con su platillo volador; son seres buenos, no hacen daño a nadie. Usted no se imagina cómo son de bondadosos, pero por favor, déjelos tranquilos, posiblemente se irán pronto.

Por la información de Quiroz hice dos deducciones muy importantes para mí. La primera, que él también veía lo que yo imaginaba estar viendo; y la segunda, que la presencia de aquel aparato inexplicable y raro, le era lo suficientemente familiar, pues sólo así podía asegurarme que sus tripulantes no hacían daño a nadie.

-Oiga usted, Quiroz, por favor, explíquese mejor. ¿Quiénes han bajado y de dónde?, ¿qué buscan aquí?- le dije ya molesto.

-No grite, señor, hable en voz baja, no se moleste conmigo. Ellos dicen que son habitantes de otro mundo muy lejano. Arriba, por las alturas, donde hay pastores, están apareciendo frecuentemente.

Las explicaciones de Quiroz me hicieron creer que él y yo estábamos sufriendo un momentáneo desequilibrio mental, producto quién sabe de qué, pero lo bastante fuerte como para ver platillos voladores. Me alarmé, más a pesar de todo, seguí adelante.

Los horrores, torturas, espantos y destrucciones de la Segunda Guerra Mundial -en la cual participé desde el comienzo hasta el fin-, habían corroído tanto mi opinión sobre el altruismo humano, que no podía creer en la existencia de ningún otro ser más astuto que el hombre para agredir. Como yo había aprendido “el ataque y defensa”, me encaminé sin miedo hacia la gigantesca y luminosa lenteja. Quiroz se quedó parado, suplicándome a toda voz que no me acercara a la extraña máquina. Unos cien metros más allá del patio de los transformadores, y tal vez a doscientos del objeto, me encontré con dos hombres. Eran altos, de cuerpos proporcionados y hombros caídos. Vestían traje de malla finísima, muy pegado al cuerpo y de un color raro, que a primera vista parecía la lustrosa piel de una foca. El que se encontraba a mi lado

izquierdo me saludó en mi dialecto natal. Por no darle importancia le conteste en español y enseguida le pregunté:

-¿Quiénes son ustedes y qué están haciendo aquí?

-No te alarmes, amigo, por favor -prosiguió en mi idioma-, Somos extraterrestres, del planeta Apu; viajamos por el espacio y cuando pasamos por esta galaxia, visitamos la Tierra, fraternalmente. Te rogamos que nos disculpes, pues nos vamos enseguida.

-Váyanse al diablo y cuenten eso de los “extraterrestres” a sus abuelas, y traten que ellas les crean que ustedes las van a volver quinceañeras, pero jamás regresen porque con su máquina de brujos han provocado el disyunte y han hecho un fuerte daño a la Siderúrgica de Chimbote al interrumpir la corriente eléctrica.

Les hablé así porque con decirme que no eran terrestres y que venían de otros mundos a visitar un lugar tan apartado como es Huallanca, no di crédito a ninguna de sus palabras. Creí que eran espías de alguna nación tecnificada y que se burlaban de mí, haciéndose pasar por extraterrestres.

-Dinos todo lo que quieras, pero la interrupción de la corriente no la hemos originado nosotros; tu Central ya tiene luz. Amigo, te rogamos que no nos juzgues mal, perdónanos, nosotros no lo olvidaremos. Todo por los demás- dijeron casi en conjunto y regresaron a la nave.

Observé la máquina y vi que estaba posada sobre tres gigantescos resortes de haces de luz. Cada uno de ellos terminaba en grandes cojines circulares, de la misma luminosidad. Una escalera que tenía terminales iguales a los resortes, unía el centro de la parte inferior de la máquina con la superficie. Los desconocidos subieron por la escalera, y ésta retrayéndose, los llevó al interior. Enseguida, los haces de luz que soportaban la máquina, también se retrajeron. Se escuchó un soplo apenas perceptible, parecido al viento, y el aparato se elevó verticalmente primero y luego zigzagueó y se perdió entre las nubes.

-¿De qué nacionalidad crees que son esos hombres?- Pregunté a Quiroz mientras regresábamos al patio de los transformadores.

-Esos hombres no son de ningún país, señor, son extraterrestres tal como se lo han dicho. Arriba, por los lugares de Champara y Milwakocha, los pastores y aldeanos los están viendo siempre. Eso no es truco ni novedad, señor- me contestó enfáticamente.

-¿Qué te pasa, Quiroz? ¿Acaso de verdad puedes creer que esos son extraterrestres? ¿Te das cuenta de lo que estás diciendo?- le interrogué con tono fuerte.

-Perdone, señor, no diré nada más, pero por favor no hable a nadie de ellos. Son buenos. Delatarlos sería un pecado- respondió mostrándose ofendido por mi comportamiento.

La forma en que replicó Quiroz me dio a entender que se empeñaba en ocultar la presencia de los extraños; esto me dio risa, mas no le dije nada. Al despedirme de él me acordé de la frase “Todo por los demás” que pronunciaron los desconocidos cuando se fueron; me pareció graciosa y solté una carcajada a toda voz. Medité sobre aquel inesperado encuentro y me convencí que los desconocidos espiaban algún asunto a favor de una poderosa organización que poseía en secreto las máquinas voladoras, construidas en forma de platos, y que habían convertido a Quiroz en su cómplice; por eso intentaba hacerlos pasar por extraterrestres para desviar mis sospechas. Fuesen terrestres o extraterrestres, su presencia era inexplicable. “Contarlo sería caer en el ridículo”, me dije, y decidí no hablar del asunto con nadie. Al entrar en la Casa de Fuerza, el técnico de maniobras eléctricas me comunicó que la disyunción la había ocasionado un buitre, al hacer corto circuito cuando intentaba posarse sobre un poste que soportaba cables de alta tensión, cerca de la Siderúrgica de Chimbote...

## MARTES 12 DE ABRIL DE 1960

Aquel día amaneció con cielo despejado, de un color azul singular. Los altos picos de las montañas ancashinas, la mayoría aún no exploradas por el hombre, se imponían majestuosamente mostrando sus escarpadas faldas. Era una mañana espléndida que anunciaba un día apropiado para efectuar mis excursiones acostumbradas, por las alturas y alrededores. Me comuniqué con un joven llamado Adrián Pérez, aficionado a la caza, que pertenecía al grupo de los trabajadores de mantenimiento y que conocía todos los caminos de las montañas. Nos reunimos en su casa y acordamos explorar la quebrada de los Cedros, ubicada a la salida del Cañón del Pato, yendo de Huallanca hacia Caraz, porque -contaban los pastores- en esa zona habían visto osos y guanacos, animales silvestres que rara vez se veían en la región del Callejón de Huaylas. Nos alistamos.., y partimos. Tomamos la ruta por la orilla izquierda del riachuelo que lleva el nombre de la quebrada. Habíamos caminado casi desde el amanecer, subiendo hacia la cumbre de la montaña que parecía tocar el cielo. Al mediodía nos encontrábamos al inicio de una planicie, a cuatro mil metros sobre el nivel del mar, y decidimos descansar unos minutos para tomar algún alimento. Durante esa pausa nos pusimos de acuerdo para avanzar hasta el fin de la planicie y luego regresar al campamento. Después de recuperar las fuerzas proseguimos caminando. Las rocas y peñascos abundaban por el lugar, de tal manera que estábamos obligados a dejar señales por donde pasábamos, para poder regresar por el mismo camino y no perdernos.

De pronto, Adrián se detuvo sorprendido, se quedó unos instantes inmóvil y luego me hizo una señal con la mano para que me acercara.

Avancé algunos pasos y cuando llegué a su lado, miré hacia donde él señalaba y descubrí que al centro de una pequeña pampa sin rocas, estaba la misma máquina en forma de plato, que había visto un mes antes frente a la Central Hidroeléctrica de Huallanca. Habían pasado ya varias semanas desde aquella noche y como creía firmemente que los desconocidos eran espías, ese suceso ya no me venía a la mente, pero cuando vi el platillo, lo recordé y tuve la reiterada certeza que los extraños se dedicaban al espionaje o a algún otro trabajo ilegal. Alrededor del platillo había un rebaño de cabras y algunas ovejas. A un costado de la pampita se veían varias personas, hombres, mujeres y niños, haciendo una fogata. Descubrí que eran pastores con sus familias y decidí acercarme a ellos para conocer algo de sus costumbres y enterarme cómo vivían en un lugar tan apartado, a una altura de cuatro mil metros, cerca de los picos cubiertos por la nieve perpetua. Comunicué mi proyecto a Pérez, él lo aceptó y partimos. En el camino, Pérez empezó a contarme que por esa zona acostumbraban descender del espacio unos platillos voladores pilotados por extraterrestres, gente buena que ayudaba en muchas formas a los pastores. Comparé las explicaciones de Pérez con las de Quiroz, y pensé que los dos, de algún modo, eran cómplices de los desconocidos. No le dije nada de lo que pensaba; tampoco presté atención a lo que me decía y proseguí caminando sin hablar. Unos minutos después llegamos al lugar. Alrededor de una pequeña hoguera se encontraban sentados cuatro hombres, tres mujeres, cuatro niños y los dos desconocidos que yo ya había visto aquella noche en Huallanca, cuando se originó la disyunción, un mes antes. Los extraños sonrieron al verme, pero los lugareños se mostraron molestos por nuestra presencia. Un hombre de bigotes se paró y mirándome agresivamente, me dijo:

- ¡¿Qué buscas por acá?!

- Nada, amigo. Somos cazadores de pumas y pasamos por este lugar casualmente, eso es todo- le respondí.

Uno de los extraños me tendió la mano; yo le correspondí. Luego hizo igual con Pérez y eso calmó al campesino que se oponía a nuestra visita. Nos sentamos alrededor de la hoguera.

La protesta del pastor que me había hecho preguntas, y las agresivas miradas de los campesinos, confirmaron mis anteriores pensamientos: que toda aquella gente estaba, de algún modo, “comprada” por los extraños y por eso tenían miedo que los descubriésemos. Como era de día y no tenía apuro, me puse a observar a los extraños con más atención, para poder descubrir su nacionalidad. Eran altos. Por su estatura no se les podía distinguir de una u otra raza terrestre. Lo único que resaltaba eran sus hombros caídos y su talle bien proporcionado, mas - tratándose de otras características raciales- se podría asegurar que estaban formados por una mezcla de todos los pueblos de la Tierra. La forma de sus rostros semejava la de los árabes; los ojos se parecían a los de la raza mongólica; la nariz a los de la nórdica; la barbilla daba la impresión de ser de procedencia hindú, y el color de su piel era rosado claro. Después de observarlos llegué a la conclusión de que el mayor porcentaje de sus facciones se parecían a las de la raza mongólica. Irradiaban una simpatía personal muy agradable y eso me indujo a pensar que ésta podría ser una de las razones que atraía a los campesinos. Por unos instantes nadie habló. Un pastor se acercó y en voz baja me dijo algo. No entendí nada porque hablaba en su idioma nativo, el quechua. Pérez comprendía el idioma y disimulando me dijo:

-Dice que debemos irnos ahora, por que no nos quieren acá.

Pensé levantarme para partir, pero uno de los extraños se acercó y se sentó a mi lado diciéndome:

-Quédate, amigo; si te gusta conversaremos. Tal vez aclararías algunas de tus dudas respecto a nosotros.

-Mi única incógnita relacionada con ustedes es: ¿Por qué están acá y qué es lo que persiguen? El extraño sonrió. Por su sonrisa constaté que mi brusco comportamiento no le había ocasionado ninguna molestia. Cogió un palito y observándolo dijo:

-Sabemos que tú no creerás lo que te vamos a explicar; ese comportamiento hacia nosotros es natural, porque las células de tu ser lo

están rechazando. Pero nos agradecería que pudiera estar algunos minutos más con nosotros para conversar. Además, no debes tener miedo, tú estás armado, nosotros no. Mientras el extraño hablaba, me di cuenta que su traje era una malla hecha de un hilo finísimo, parecido al nylon. En la parte de la malla que cubría su pecho, había quince botones alineados en cinco filas de tres. Alrededor de la cintura, de los tobillos y puños, había unas bolsitas sin aberturas, pegadas a la tela como bolsillos, unas al lado de otras, y sus zapatos eran simplemente el terminal de la malla. Tenían la cabeza cubierta con una capucha bien ajustada que era parte de la malla, dejando libre el rostro desde la frente hasta el cuello.

-Veo que a sus amigos no les agrada mi presencia- respondí, refiriéndome a los pastores que me miraban con odio.

-No te preocupes por ellos, no te harán daño, son egoístas, o como ustedes dicen, “celosos”, pero no agresivos.

-¡Nosotros!, ¿y ustedes cómo lo dicen? -pregunté burlándome.

-En nuestro idioma no hay palabra que exprese el egoísmo ni sus derivados; por ejemplo, “yo”, “mío”, “para mi...”

-Ya lo sé, va usted a decirme que vienen de otros mundos donde no hay el yo prepotente, el “mío”, el “tuyo”, el “para mí” ¡que allá la gente “vuela”, las mujeres “no paren”, las plantas “hablan” y tantas otras cosas de brujos- respondí con impaciencia.

-¿Puedo pedirte un favor?- me dijo el extraño respetuosamente.

- ¿De qué se trata?

- En mis tiempos libres acostumbro practicar ciertos ejercicios gimnásticos; los que me han visto hacerlo dicen que les ha gustado. Quisiera saber tu opinión.

- Está bien, pero no demore mucho; estoy cansado y tengo que regresar. Además, puede llover.

-No lo olvidaré- respondió el extraño y añadió mirándome: Tratándose del “yo”, en el idioma de nuestro planeta existe esta palabra, pero sólo como pronombre y no tiene otro uso que pudiera tener un significado egoísta. Tú estás pensando que nosotros somos espías terrestres, no importa, sigue sosteniendo ese pensamiento hasta que tus células comprueben lo contrario, es tu derecho.

Se puso de pie. Con una capucha de material delgado y transparente, se cubrió la cabeza, rostro y cuello. Noté que de la parte que cubría las orejas, sobresalían dos pequeñas puntas de un material brillante y que no pasaban de dos centímetros de largo. Por primera vez vi que los extraños cubrían su rostro con una malla tan transparente que no alteraba en nada su forma ni color, y eso me sorprendió. El extraño que estaba sentado a mi lado, me miró y sonriendo me dijo:

-Este aparato y los guantes lo utilizamos sólo cuando hacemos vuelos individuales, sin máquinas voladoras, para protegernos el rostro y las manos- explicó.

No le contesté nada. Tampoco le hice ninguna pregunta. Miré de nuevo al extraño que se preparaba para volar, y vi que acababa de ponerse unos guantes blancos como la nieve. Enseguida se alejó algunos metros y apretó uno de los botones de su pechera. De pronto noté que los adminículos que tenía alrededor de la cintura, de los tobillos y puños, empezaron a inflarse tomando forma de un cono truncado. Se escuchó un soplo de viento sumamente leve, y el extraño se elevó a gran velocidad, desapareciendo entre las nubes. Pensé que para elevarse tan velozmente, había utilizado los adminículos que le proporcionaban, en alguna forma, la propulsión necesaria, y que regresaría cayendo, valiéndose de un paracaídas, pero no sucedió así. Mientras yo esperaba que el extraño volador cayera verticalmente, tal como se elevó, Pérez, que se encontraba conversando con el otro y con los campesinos, se me acercó y entusiasmado me dijo:

- ¡Mire hacia allá, señor!

Miré en la dirección que me estaba indicando y vi que el forastero regresaba planeando sobre los árboles y peñascos, volando horizontalmente a una altura de doscientos metros, igual que un ave. Me sorprendí por tan extraña demostración. Nunca había leído ni escuchado hasta entonces, que los científicos hubieran descubierto algún medio para que las personas pudieran volar individualmente como las aves, sin valerse de máquinas. La actuación del extraño originó en mí una gran sorpresa, pero eso no cambió mi opinión sobre la existencia de los extraterrestres, y mucho menos que estuvieran visitando nuestro planeta. El forastero descendió como un águila, sin hacer ruido, y se posó a mi lado. Me miró y sonriente me dijo:

- Dime, amigo, lo que acabas de ver, ¿lo pueden hacer los terrestres?

- ¿Cómo lo hiciste? -pregunté.

-Estos aparatos que tengo alrededor de mi cintura, tobillos y muñecas, se llenan de iones positivos y cuando empiezan a funcionar nos des gravitamos. Eso nos permite obtener la velocidad deseada y la posibilidad de realizar vuelos verticales, horizontales, zigzaguear, elevarnos y descender. En Apu todos hacemos vuelos individuales. Este es uno de los procedimientos que empleamos para movilizarnos en el planeta, desde hace billones de años.

-No conozco qué es un ion. Tampoco sé hasta dónde ha llegado el conocimiento científico del hombre en ese sentido; pero lo que me mostraste no es suficiente para que yo cambie mi opinión de que ustedes están utilizando inventos secretos para con esto sorprender a todos los que les vieren y así lograr sus fines.

El extraño calló por un instante, luego sonrió y me dijo:

-Venimos del planeta llamado Apu, ubicado fuera de la galaxia Láctea. Somos protectores de la célula y la vida, por eso estamos viajando por el espacio para ayudar de modos diferentes a los demás seres, pero no para presionar con el fin de que crean en nuestra existencia y “poderes extraordinarios”. Continuando con su narración, me contó acerca de la explosión de Apu, de la formación de las galaxias, del poblamiento de la Tierra y de otros planetas, así como muchas otras cosas desconocidas e imposibles de creer racionalmente. Los relatos del extraño originaron en mí, sentimientos de burla y simpatía a la vez.

Era ya de tarde. Había pasado varias horas escuchando explicaciones inconcebibles, de modo que me paré, llamé a Pérez y dije adiós a los campesinos. Cuando me despedí del extraño que se encontraba a mi lado, éste me miró fijamente a los ojos, apretó mi mano con emoción y dijo “Todo por los demás”: luego se acercó el otro e hizo lo mismo con igual entusiasmo. De la misma manera se despidieron de Pérez y partimos de regreso.

En el camino me puse a pensar sobre lo que habíamos experimentado ese día. La demostración que hizo el forastero, volando horizontalmente, me había impresionado, mas no tanto que me convenciera que hubiera seres humanos en algún otro lugar del espacio, y que algunos de ellos hubieran venido para positivar a los pastores de los Andes peruanos. Pensé de nuevo que el hombre ya había inventado aparatos para volar individualmente y éstos los utilizaban los extraños para impresionar. Por un momento me imaginé que habían utilizado el hipnotismo para hacerme ver cosas irrealizables, y con el fin de examinar la situación, decidí conversar con Pérez sobre el asunto.

-Amigo Pérez -le dije deteniéndome-, cuéntame todo lo que has visto mientras estuvimos con los extraños, puede ser que yo no me haya dado cuenta de los detalles.

-¿Señor, cómo puede ser eso de no darse cuenta de cosas tan bonitas? Acá no es raro ver a los que vienen de otros mundos. Desde hace algunos años están viniendo casi seguido. Primero llegaban esas

máquinas redondas como la que hemos visto ahora, luego empezaron a venir las otras parecidas a los aviones.

-Entonces, ¿también los extraños vienen en otros tipos de máquinas? -pregunté interrumpiéndole.

-Sí, señor, y esas otras máquinas son mucho más veloces. A los platillos, cuando se elevan, se les puede ver por algunos instantes, hasta que se alejan; pero esas que se parecen a los aviones desaparecen en un instante sin que uno se de cuenta cómo. Ellos los llaman “viento” y tienen razón, porque desaparecen como el viento; a veces, cuando aterrizan, se les puede ver, pero en la mayoría de los casos lo hacen imperceptiblemente. En el momento menos pensado, allí está el avioncito, como si hubiera brotado del suelo.

-¿Quieres decir que esas otras máquinas no son tan grandes como los platillos?

-Así es, señor. Efectivamente, son pequeñas. Son más chicas que esos aviones que transportan pasajeros. Unas tienen alas muy raras: las estiran y las encogen cuando quieren, como las aves; otras son como las mariposas y algunas parecen cigarros. También las hay semejantes a la hoja del trébol, pero todas, cuando se elevan, pliegan sus alas al cuerpo. Son rápidas, eso sí; desaparecen sin que se les vea cuándo ni cómo. En un principio la gente que las veía pensaba que eran máquinas de un ejército terrestre, porque se parecen mucho a los avionetas, pero cuando nos dimos cuenta que eran de alas plegables y los visitantes empezaron a volar como las aves, curar a los enfermos de una manera muy rara, hacer que lloviera con cielo sin nubes y otros ‘milagros’, creímos que eran ángeles del cielo. Ellos dicen que están viniendo de un planeta lejano, Apu; quién sabe, a lo mejor son los mismos ángeles. Lo único que le puedo asegurar es que son gente buena, prestan ayuda a todos y no hacen daño a nadie, pero quiénes son y qué hacen acá, no lo sé con certeza.

- ¿Tu también, Pérez, los has visto antes? - pregunté sorprendido.

-Sí, señor. El año pasado fui donde un familiar que vive por el río Kitaraqsa y él me llevó a ver uno de esos avioncitos que estaba allí de paso. Pero la gente no habla de ellos a nadie. La mayoría de los lugareños dice que esa gente viene del cielo; temen que si las autoridades se dan cuenta de su presencia, el ejército podría venir para detenerlos; los campesinos no quieren que eso ocurra- terminó enfáticamente.

La conversación con Pérez me confirmó una vez más, que Los pastores tienen creencias mitológicas y sostienen que los platillos voladores provienen del cielo y que por eso sus tripulantes son bondadosos, les prestan ayuda y tienen poderes sobrehumanos. Regresé a la casa antes del anochecer. No le conté a mi esposa nada de lo sucedido para no originarle el presentimiento de que yo estaba sufriendo algún desequilibrio mental. Para no intranquilizar mi vida familiar, decidí no hablar con nadie del asunto.

Unos días después, Pérez me trajo recortes de diarios de años pasados, en los cuales las grandes potencias se atribuían indirectamente la paternidad de los platillos voladores. Eso y los relatos de Pérez sobre los avioncitos, confirmaron aún más mi opinión de que los forasteros eran espías de alguna nación terrestre, y para evitar ser considerado cómplice de un posible delito, decidí interrumpir por unas semanas mi afición de explorar cerros. Mas, según pasaba el tiempo, cada mañana me venían ganas de practicar mi deporte preferido; entonces decidí recorrer los cerros por la orilla derecha del río kitaraqsa, lugares muy alejados de aquellos en donde me había encontrado con los extraños en ocasiones anteriores. En aquellos días, Pérez se encontraba de viaje y no pude contar con su compañía; eso me preocupaba. Un día antes, en el trabajo, un joven apellidado Quispe me contó que él conocía los caminos de la región que yo había elegido para mis próximas exploraciones, y me pidió le permitiera acompañarme. Acepté su oferta y acordamos efectuar el paseo el próximo domingo.

## DOMINGO 15 DE MAYO DE 1960

Aquella mañana amaneció con el cielo nublado, después de algunos días de Sol radiante. Pensé que si llovía, sería difícil caminar por los cerros y ante esa posible inconveniencia, estuve a punto de postergar la caminata de aquel día. Mientras yo me lamentaba por el desfavorable estado climático, Quispe tocó a mi puerta. Le abrí. Al verlo tan entusiasmado por el paseo, cambié de opinión; en pocos minutos me alisté y partimos.

Cruzamos el río Kitaraksa y empezamos a subir los altos cerros que se originan desde su orilla derecha. Durante el camino recordaba escenas de los encuentros que había tenido con los extraños en días anteriores. Por ratos acudía a mi mente el pensamiento de que ellos se empeñaban en involucrarme en sus “fines”; eso turbaba mi tranquilidad y por eso me alegraba de haber cambiado de zona para mis paseos de ese día, y así evitar un nuevo encuentro.

Pero lo que más me inquietaba era saber quiénes eran aquellos hombres y qué estaban buscando en las abruptas y despobladas faldas de los Andes peruanos, en la región de Ancash. Mientras trataba de encontrar la explicación a esa incomprensible incógnita, noté que mi acompañante caminaba sobre las piedras con destreza y rapidez. Pensé que con él recorrería en un día, muchos más cerros de los que anteriormente había recorrido con Pérez y eso me alegró. Me di cuenta que Quispe poseía práctica y agilidad para trepar cerros, por lo cual decidí conversar con él de sus experiencias. Como habíamos caminado ya varias horas, le propuse un pequeño descanso con la intención de hablarle con tranquilidad.

-Descansaremos unos minutos, ¿qué te parece?- le pregunté mientras hacía un esfuerzo para vencer la fatiga.

-Pienso que es muy temprano, recién hemos empezado a subir, pero si usted quiere paramos un rato- respondió Quispe, mostrándose sorprendido por mi sugerencia.

-Avanzaremos hasta esa piedra grande, allá arriba, creo que es un lugar dominante para observar los alrededores, ¿qué opinas?

-Está bien, señor, vamos- respondió él emparejando su paso con el mío.

Cuando llegamos junto a la piedra, él subió primero y se quedó de pie observando a su alrededor con mucha atención, como si buscara algo perdido entre los peñascos; yo subí también y me senté.

-¿Qué estás observando con tanto empeño? ¿Acaso tratas de descubrir algo?- le dije con expresión de burla. Quispe sonrió y calló por unos instantes. Parecía que estaba tomando ánimo para confirmar algo muy importante y luego me habló:

- La verdad es, señor, que me da miedo y vergüenza decir lo que estoy buscando. En estas regiones a veces suceden cosas raras y cuando uno las cuenta, le dicen que está loco, que lo ha soñado al quedarse dormido por el cansancio, o que se está convirtiendo en brujo.

-¿De qué estás hablando, Quispe?- pregunté y luego, para darle confianza, agregué: dímelo de una vez. Ten la seguridad que no te consideraré loco. Si no confiara en ti, no aceptaría que me acompañaras en este paseo- le dije persuasivamente.

-¿Verdad que no se burlará de mi si le cuento un secreto?

-Oh no, amigo mío, yo jamás me burlo de nadie. En mi concepto, todas las personas tienen derecho a pensar, opinar, preguntar y sugerir

acerca de cualquier cosa que compone la vida que nos rodea, y de la cual nosotros también somos una partícula.

-¿Habla Ud. En serio, señor?

-Así es, amigo; para mí, las opiniones, sucesos y problemas relacionados con la vida, son motivo de respeto y no de burla.

-Gracias, señor- respondió con un tono de voz que expresaba alivio; se sentó a mi lado y mirándome dijo: Por estos lugares están viniendo constantemente, unas personas raras y extrañas que dicen venir de un mundo lejano.

-Ya lo sé, Quispe, dicen que son habitantes de un planeta llamado Apu; viajan por el espacio en unas naves que tienen forma de platillos, aviones, troncos, peras, cigarros y otros modelos diferentes.

-Señor, ¿cómo sabe Ud. todo eso? ¿Quién se lo ha contado?

-Nadie me lo ha contado, Quispe, yo los he visto.

-¿¡Verdad, señor!?- exclamó él poniéndose de pie y sonriendo de alegría.

-Así es, amigo. Si quieres ser sincero conmigo, siéntate y cuéntame todo lo que sabes sobre esos visitantes- le dije mientras en mi mente surgía otra confirmación más de que los forasteros utilizaban argucias, haciéndose pasar por extraterrestres para engañar a los campesinos, aprovechar su ignorancia y utilizarlos para sus fines.

-Gracias, señor, muchas gracias, y sepa que le contaré la pura verdad- subrayo y empezó a referir caso por caso sus encuentros, tratando de no omitir ni el más mínimo detalle.

Mientras Quispe narraba sus experiencias, miré hacia los picos nevados de la Cordillera Blanca, que eslabonados unos tras otros, forman

un majestuoso collar blanco que la naturaleza creó para adornar el Continente Americano.

De pronto vi que un cóndor cruzaba el espacio acosado por un cernícalo, dirigiéndose veloz hacia las escarpadas montañas de la orilla izquierda del río Kitaraqsa. Por primera vez en mi vida observaba que una gigantesca ave, cuya envergadura sobrepasaba los dos metros, huía despavorida de un pajarillo del tamaño de una paloma. “Un gigante huyendo de unaavecilla” pensé. Me pareció ridículo y solté una fuerte carcajada...

-¿Se esta burlando de mí, señor? - me dijo Quispe sorprendido, interrumpiendo su narración.

-No, amigo, por favor, no me estoy burlando, vi al cóndor huyendo de un cernícalo y me pareció ridículo, por eso me reí.

-Tiene Ud. razón, señor, el cernícalo es muy pequeño y por eso el cóndor no lo puede atrapar. A veces, “los grandes” se crean problemas por abusar demasiado de “los pequeños”. Pero cuando éstos se rebelan, aquellos se alteran y hasta cometen errores graves- recalcó sonriente mi compañero. Comprendí la expresión de Quispe, que a pesar de su ingenuidad acababa de tocar el problema más negativo de la sociedad humana: “¿Vendrá el día en que los hombres reemplacen la palabra ‘discriminación’ por la de ‘fraternidad’?”, pensé, y confiado en la pronta realización de ese anhelo de la humanidad, me puse de pie.

-¡A caminar, amigo!- dije a Quispe.

-¡Así se habla, señor!, nos falta todavía mucho...

¿Qué hora marca su reloj?

-Son las diez y cinco minutos- respondí.

-A las doce estaremos en la cima, si caminamos parejo, pero si nos ponemos a descansar cada doscientos metros, no llegaremos a la cumbre ni en todo el día- afirmó Quispe refiriéndose al tiempo que habíamos perdido en descansar.

-Me portaré bien desde ahora, y no descansaremos hasta que tú lo ordenes; además, te nombro jefe de la expedición- le dije.

El sonrió y aceleró el paso. Habíamos subido a la cumbre de un escarpado cerro ubicado frente al nevado de Champara. Nos encontrábamos, pues, a más de cuatro mil metros de altura sobre el nivel del mar, y el viento frío nos agotaba. Nos detuvimos unos instantes para escoger el rumbo a tomar y acordamos avanzar hasta la pequeña loma ubicada frente a nosotros, y allí encender una fogata para calentarnos las manos. Casi al llegar a ese lugar nos encontramos con un par de cabras.

-Se han separado de su rebaño- me dijo Quispe mientras observaba a una de ellas que tenía un solo cacho y cojeaba de una pata delantera.

-Así lo creo; ojalá que encontremos al dueño para que nos recomiende algún lugar interesante que podamos visitar.

-Seguro lo encontraremos, señor, por acá viven bastantes pastores. Desde aquella loma principia una llanura extensa y pedregosa, pero con abundante pasto para los animales. Cuando estemos arriba lo va a comprobar- aseguró Quispe.

Avanzamos animosamente. Minutos después nos encontrábamos ya en la cumbre de la loma. Frente a nosotros apareció, efectivamente, una llanura parcialmente atravesada por profundas zanjas formadas por algún remoto huayco, lo que contrastaba con los bosques y arbustos que crecían en algunas áreas. Nos apuramos en subir sobre un peñasco elevado para darnos cuenta de los pormenores del lugar. De pronto, a poca distancia de nosotros vimos un claro de regular extensión donde pastaban vacas, ovejas, cabras y algunos caballos, que casi cubrían el área

total. Al final de la planicie destacaba una cabaña construida con palos sin labrar. Por su techo de paja a dos aguas, salía un humo blanco que se esparcía por el espacio empujado por el viento. Frente a la choza ardía una fogata. Alrededor se veían varias personas sentadas en el suelo.

-Dijiste la verdad, Quispe, allí están los pastores esperando para invitarnos el desayuno- dije bromeando.

-Siempre los hay por acá, les avisaremos de sus cabras perdidas- sugirió.

-¿No se molestarán por nuestra visita?

-No creo, algunos de los que viven allá arriba se molestan cuando un forastero se acerca a sus cabañas, pero éstos son buena gente, no se amargarán, estoy seguro de ello.

-Entonces, vamos donde ellos- le dije, y partimos. Al poco rato llegamos a la cabaña. Dos perros salieron a nuestro encuentro. Uno de los pastores se levantó, calmó a los perros y se aproximó a nosotros. Le saludé; él me extendió la mano sin hablar.

-Este no entiende castellano, habla quechua no más- me comunicó Quispe apuradamente.

-Dile que estamos buscando pumas y que por eso hemos venido a preguntar para que nos oriente; he oído decir que por esta región están matando al ganado.

El campesino comprendió algunas de mis palabras y se puso alegre. Habló con Quispe, en quechua, y estrechó mi mano con entusiasmo. El súbito cambio de ánimo del campesino me hizo comprender que los pumas le causaban daños y que nuestro propósito le agradaba. Esa fue una manera muy positiva de lograr la comunicación. El campesino nos hizo acercar a la fogata y nos invitó a que nos sentáramos con ellos. Había tres mujeres, varios hombres y dos niños que se

escondían tras sus madres, pues tenían miedo de nosotros. Eso me incomodó y pensé como encontrar la solución a este inconveniente. Me acordé que tenía caramelos en el bolsillo de modo que saqué dos e invite a los pequeños. El hombre que nos recibió habló a los niños pero ellos no le hicieron caso. Una de las mujeres tomó los caramelos y se los entregó a los chiquillos. Me agradeció. Enseguida arrugó la frente, se puso triste y una lágrima rodó sobre su rostro curtido por el frío de los Andes. Eso me preocupó y supliqué a Quispe que le preguntara cuál era el motivo de su desasosiego. Uno de los hombres comprendió mi preocupación, se acercó a mi lado y en voz baja me dijo:

-Señor, gracias por la pena que siente; ella está llorando porque tiene un hijo enfermo. Hace ya nueve días el niño fue a ese cerro, subió sobre una piedra, resbaló y al caer se quebró el brazo derecho y varias costillas.

El hombre hablaba un español mal pronunciado, pero yo le entendí y le pedí que me llevara donde el pequeño para verlo. El aceptó y sin hablar con la mujer, me invitó a pasar a la cabaña. Entramos el campesino, Quispe y yo. La escena, desagradable, me horrorizó. En el suelo, sobre un colchón de heno, cubierto con una frazada de lana tejida a mano, yacía el niño. Tendría, tal vez, diez años de edad. Su rostro, hinchado, había adquirido un color azulado por la infección; sus ojos, cerrados a medias; la boca entreabierta, con la lengua y los labios tumefactos, mostraba una apariencia horrible. Me arrodillé a su lado y toqué la parte de su muñeca que sirve para examinar el pulso. Me alarmé aún más. No sé si fue por mi desesperación, poca experiencia o algún otro fenómeno para mí desconocido, pero yo no sentí el latido intermitente de las arterias. Deduje por esto que el pequeño se encontraba en estado agónico.

A pesar que el hospital de Huallanca se encontraba a varios kilómetros del lugar, decidí hacer el intento de trasladar al niño lo más pronto posible, para que los médicos lo auxiliaran. Comunicué a Quispe mi decisión y le pedí que explique a la madre del niño nuestro propósito. Mientras planeaba cómo lograr el traslado del enfermo hasta el hospital,

el campesino ya había avisado a la madre del pequeño acerca de mi determinación. Esta se enfureció, entró en la cabaña desesperadamente y gritó a Quispe amenazándole con los puños; a mi me agarró del brazo y me echó afuera con una fuerza inexplicable. Caí al suelo. Me paré de súbito y pensé que con mi intento había ofendido alguna costumbre de aquella gente. Sentí miedo. “Tal vez me atacarán”, recapacité, y llamé a Quispe para que nos fuéramos del lugar. En eso, la madre del niño salió de la cabaña. Llegó a mi lado y empezó a gritar y a gesticular, poniendo sus manos en mi cara. Las únicas palabras que pude retener sin saber su significado, fueron: “¡manan taita! ... ¡manan! .. ¡taita Dios..!”.

Quispe se acercó y me dijo:

-No tema, señor, la madre del niño dice que los dioses del cielo vendrán para curar a su hijo y que no lo toque más

Eso calmó un poco mis nervios y creí que se trataba de algún brujo que vendría a curar al pequeño, utilizando rituales con fuego, humo y otros objetos...

-¿Nos quedaremos para conocer a los dioses?— pregunté a Quispe que estaba esperando mi decisión.

-Sí, señor, por favor, quédese, va usted a ver algo muy interesante, le aseguro que le va gustar- sugirió con entusiasmo.

-Está bien, Quispe, nos quedaremos para presenciar la llegada de esos “dioses”- dije con expresión de burla.

Un perro se me acercó con las orejas caídas, moviendo la cola en señal de amistad. Lo acaricié; él lamió mi mano. Nos hicimos amigos. Siguiendo al perro, un niño llegó y se sentó a mi lado. Me hablaba con emoción, en quechua; yo no le entendía, pero me parecía que me explicaba algo sobre su perro. Me interesaba iniciar conversación con el pequeño. A pesar que no nos conocíamos, la pureza de la niñez le originaba un sincero deseo de amistad. “Es la única época de la vida de los humanos en que actuamos con nuestros sentimientos incorruptos”,

pensé en aquel instante. Acaricie al niño y al perro, y llamé a Quispe para que me ayudara como intérprete. Al poco rato se nos acercó el otro niño y nos pusimos a conversar sobre la lluvia, el viento, los bosques, el cielo y la luna. Mientras tanto, habían transcurrido decenas de minutos sin que nos diéramos cuenta. El cielo despejó un poco y los negros nubarrones se convirtieron en nubes aborregadas. No obstante que yo no comprendía el idioma de los pequeños ni ellos el mío, la conversación se desarrollaba en la más perfecta armonía. Ellos me hablaban de campos, aves, animales y flores, y yo les explicaba para que sirve la carabina, cómo se maneja y de qué está construida. Uno de ellos me miró seriamente y dijo:

-Amigo ¿por qué hay que matar a los animales?, ¿es la orden del patrón?

Mientras me concentraba para hallar la respuesta adecuada que pudiera explicar al niño la razón de quitar la vida a un ser para comer su carne, los perros ladraron y corrieron hacia el extremo de la pampilla por donde pastaba el ganado.

Quispe me agarró del hombro bruscamente.

-¡Mire para allá, señor!- gritó con desesperación. Volteé la cabeza hacia la dirección señalada y vi que un aparato parecido a una avioneta descendía verticalmente desde las nubes. Se posó entre las cabras y ovejas sin hacer ningún ruido. Era de color diferente al de los platillos que había visto anteriormente. Pensé que se trataba de alguna maniobra militar y esperaba que desembarcaran los soldados para conversar con ellos. Al poco rato, del interior de la nave salió uno de los extraños. Vestía la malla, para mí ya familiar, pero su talle difería de los que había visto antes. Este tenía hombros como los nuestros, cadera pronunciada y era de menor estatura. Se dirigió hacia nosotros sin pisar la hierba, desplazándose en el aire a unos centímetros del suelo.

-¿Por qué anda de esa manera?- pregunté a Quispe, confundido.

-Dicen que para no torturar a las células del césped, pisándolas-respondió éste con tono serio. Yo sonreí.

Los perros corrieron hacia el extraño; él los acarició. Los canes se pusieron contentos, parecía que estaban familiarizados con él.

Mientras el extraño se acercaba hacia nosotros, me di cuenta que Quispe y todos los campesinos estaban arrodillados con las palmas juntas frente a la cara e inclinados hasta el suelo. Parecían estar en una ceremonia religiosa. Eso me sorprendió, pero también aclaró la incógnita sobre la llegada de los “dioses” que la madre del niño me había anunciado una hora antes. Mientras tanto, el extraño ya estaba entre nosotros. Enseguida noté que era de raza blanca y esto confirmó mis sospechas de que eran espías. Al observar con atención, me di cuenta que el visitante era mujer porque sus senos así la identificaban. Ella hizo una señal a los campesinos para que se levantaran, y éstos obedecieron sin demora. La visitante se dirigió hacia la cabaña sin hablar con nadie, entró y luego salió cargando al niño en brazos; lo llevó a la nave sin demora. Todos los presentes permanecíamos en silencio, pero en los rostros de los pastores se notaba una expresión alegre.

-¿Qué es lo que está pasando?- pregunté a Quispe en voz baja, interrumpiendo el silencio. No me contestó. Eso aumentó aún más mi intranquilidad y pensé que mi acompañante se uniría a los campesinos para hacerme algún daño. Disimuladamente cargué mi carabina, puse el seguro y permanecí alerta. Los minutos transcurrían y el silencio dominaba el lugar. Sólo los perros se movían a mí alrededor y una oveja baló de repente; esas fueron todas las manifestaciones que quebraron la tensión. Por un instante pensé que los extraños tenían en sus naves, salas de cirugía y otros recursos necesarios para auxiliar a los enfermos y accidentados, y que aprovechaban eso para atraer a los inocentes campesinos, presentándoseles como dioses. Mientras yo esperaba que la desconocida devolviera al niño vendado e inconsciente, frente a mis ojos apareció una escena inconcebible, ilógica e insólita. De pronto vi que el niño bajaba solo por la escalerita de la nave y al llegar al suelo corrió hacia nosotros, agachándose de vez en cuando para coger las piedras,

mostrando así su perfecto estado de salud. Por haberlo visto cuando estaba hinchado, no lo reconocía y pensé que éste era otro niño, miembro de la tripulación. Entonces esperé la reacción de la madre del pequeño. Aún el chiquito no había recorrido la mitad de la distancia entre la nave y nosotros, cuando su madre corrió hacia él gritando de emoción. Los presentes se abrazaban y daban gritos de alegría.

Quispe, con los perros, también corrió hacia la madre y el hijo, dando saltos de alegría. Cuando todo estuvo calmado, supliqué a la madre del niño que me permitiera examinarlo. Quispe actuó como intérprete y la mujer aceptó. Me acerqué al pequeño, ahora con el rostro sonriente y de color natural, deshinchado y de aspecto agradable, le tomé del brazo antes fracturado, y empecé a revisarle costilla por costilla. A pesar que estos casos insólitos alteraban mi paciencia, procuré conservar la serenidad lo más posible, para tener seguridad de lo que estaba examinando. Quién sabe cómo hicieron esa curación, mas yo no pude descubrir en su brazo vendas ni cicatrices. El niño no mostraba ninguna anormalidad en su organismo y eso lo demostraba con su sonrisa, su agilidad y la exigencia a su madre para que le dé de comer. Mientras yo estaba examinando al “paciente resucitado” y me asombraba de lo que acababa de suceder, la extraña médica, con un compañero suyo, ya estaba entre nosotros. Sonrientes y con miradas que expresaban respeto y amabilidad, trataban de explicar a los campesinos que los buenos hechos deben ser memorizados para imitarlos..., y por eso no precisaban de agradecimientos, pagos, elogios ni zalamerías. Hablaban, a mi parecer, en idioma quechua, porque, de vez en cuando, hacían reír a los campesinos hasta hacerlos lagrimear, pero, a la vez, yo también escuchaba la conversación en mi idioma materno, como si una máquina tradujera las palabras, en un mismo momento, a varios idiomas. Quise asegurarme de eso y hablé a Quispe.

-¿Tú entiendes lo que están hablando?- le pregunté.

-Sí, comprendo claramente- respondió.

-¿En qué idioma están hablando? No les oigo bien- interrogué a Quispe de nuevo, para asegurarme de que estaban hablando lo que verdaderamente yo percibía.

-Ellos hablan en su propio idioma y también en todos al mismo tiempo- respondió él con gesto de afirmación.

-¿Cómo es eso, Quispe?, explícamelo. ¿Tienen alguna máquina que traduce simultáneamente su idioma a otros?

-No conozco eso, señor, sólo sé que una vez nos contaron que unos iones positivos hacen que todo los seres vivientes que traten con ellos, entiendan sus palabras simultáneamente.

En eso, la extraña “médica” se me acercó.

-Mi nombre es Ivanka, amigo ¿Cuál es el tuyo?- habló en voz suave y en mi dialecto. Le dije mi nombre descortésmente. Ella sonrió. El nombre de la extraña trajo a mi mente la idea que ella era ciudadana de algún país europeo a cuyo servicio estaba, y empecé a tomar interés para descubrir su origen.

-Su nombre parece ser de origen eslavo, suena bonito... ¿De qué país es usted?- le pregunté en tono cortés.

-No pertenezco a ningún país. Mi patria es el universo, soy ciudadana de todos los países y hermana de todos los seres que en él existen.

-Me gusta lo que está diciendo, no sé si ciertamente piensa así, pero por lo menos sus palabras encierran en si sabiduría. Tampoco comprendo qué es lo que pretenden, más lo que acaban de hacer con el niño es una obra compasiva que merece agradecimiento.

-Amigo, te pido por favor que me trates de tú, ¿puedes?- me pidió la extraña súbitamente.

-¿Por qué?

-Nosotros acostumbramos tratarnos de esta manera; si no te es posible hacerlo, prosigue según te agrade.

-De acuerdo- respondí afirmativamente, y luego continué- Dime, Ivanka. ¿Cómo han curado al niño con tanta perfección y en tan poco tiempo, o tal vez lo hipnotizaron a él y a todos nosotros?

-Amigo, aún no he respondido a tus dudas sobre mi identidad; lo haré ahora. Te dije que soy ciudadana de todos los países del universo y hermana de todos los seres que en él existen. Soy ciudadana de Apu. El deber innato de todo apuniano es proteger la vida celular y ayudar a los seres en cualquier lugar donde nos encontremos. Nosotros no conocemos preferencias, privilegios, cobros, favoritismos ni el ventajismo. Nuestro cariño, amor y sabiduría, son para todos los seres por igual, porque somos parte de todo lo existente en el universo.

Me sentí atolondrado por tanta filosofía que la extraña acababa de verter sobre mí en pocos momentos. Callé algunos instantes y al reaccionar le dije:

-Pero aún no me respondiste cómo han curado al niño.

-Perdóname- contestó Ivanka. Nosotros tenemos varias formas de curar; una de las más positivas es la desintegración e integración.

-¿¡La desintegración e integración!?! ¿Qué forma de curar es esa?

-Desintegramos las células del cuerpo del paciente hasta sus más pequeñas partículas, y luego integramos un cuerpo perfectamente sano, con células nuevas- me respondió.

-¿O sea que también pueden crear células?

-Sí, amigo. Hace billones de años, desde que los apunianos descompusieron el átomo a su mínima partícula. Con ese trabajo obtuvieron los más altos poderes, tales como la inmortalidad, el dominio sobre los iones positivos y muchos otros más.

-¿Cómo se llama esa partícula mínima del átomo?- pregunté en tono jocoso.

-Se llama Minius (\*), según la traducción del idioma apuniano-respondió Ivanka enfáticamente.

Escuchar una explicación tan insólita en aquel entonces, alteraría la serenidad de cualquiera. Pero como yo ya conocía las cantaletas de los extraños, sólo pensé que estaban intentando convencerme, valiéndose del hipnotismo, para que creyera en sus “superpoderes de otro mundo”.

-Escucha, Ivanka- le dije, ¿podrías hacer una demostración que me permita captar, al instante, qué es la desintegración e integración?

-Sí, amigo, lo haré con mucho agrado. Mira aquellas ovejas y cabras que están pastando allá en la pampa.

-Espera un momento- le sugerí, pues mi intención era llamar a Quispe para que presenciara el espectáculo y ver si a los dos nos hipnotizaba con la misma fuerza. En eso Quispe llegó donde nosotros sin que yo lo llamara. Le expliqué de lo que se trataba. El sonrió y al darse cuenta de mi duda, sugirió:

-Tranquilícese, señor, y preste, por favor, un poco de seria atención; ellos pueden hacer muchas cosas para nosotros increíbles; se va a sorprender- me aseguró...

Un perro ladró persiguiendo a las cuculíes que junto con las gallinas rebuscaban comida en un basural. Las aves volaron al ras del suelo hacia el rebaño, y todos miramos al inquieto perro que intentaba

alcanzarlas en pleno vuelo. De pronto las ovejas y cabras desaparecieron y en su lugar aparecieron arbustos con flores diversas:

Allí estaba toda la variedad que existe en nuestro planeta. La mayor parte era desconocida para nosotros. Los campesinos se arrodillaron y se inclinaron como si estuviesen en misa. Quispe se acercó a mí, me codeó y en voz baja sugirió:

-Arrodílese, señor, no se quede parado- No le hice caso. El se arrodilló.

En la pampa, en aquel instante, el perro era el único animal pedestre que se movía porque perseguía a las cuculíes. Un tétrico silencio dominaba el lugar y mientras tanto, yo intentaba descubrir el cómo y el por qué de aquel insólito suceso.

-¿Qué es lo que estás viendo en la pampa, amigo?- me preguntó Ivanka con tono amable.

-Veo lo que tú quieres que vea: un perro persiguiendo a varias aves y cantidades de flores que tú acabas de “sembrar” para nosotros, hipnotizándonos. Quispe levantó la cabeza y me miró de soslayo, con enojo. En ese instante vi al compañero de Ivanka, ahora jugando con el perro que había dejado de perseguir a las cuculíes. El extraño se mostraba indiferente a las escenas que estaban sucediendo en el campo, como si aquellas flores hubieran sido sembradas muchos años antes.

-¿Quieres que volvamos a convertir las flores en cabras y ovejas?- me preguntó Ivanka, esta vez con más naturalidad.

-Conviértelas en palomas- respondí burlescamente como para desquitarme de sus, para mí, fechorías hipnotizantes a las que nos sometían.

Ella se puso de pie, me miró y sonrió con amabilidad. Extendió sus manos horizontalmente, con los dedos hacia las flores, y de pronto la pampa se llenó de palomas grandes y pequeñas. Los perros ladraron y

corrieron tras de ellas persiguiéndolas. Estas volaban a unos metros del suelo, se alejaban y se posaban otra vez, picoteando la hierba. Me sorprendí. Pensé que los extraños podrían hipnotizar y sugestionar a las personas para que vieran con diferentes apariencias a las cosas y a los seres, sin que éstos cambiaran sus formas verdaderas; pero hipnotizar y sugestionar a los perros para que ellos vean, en lugar de ovejas, palomas, y que las correen por el campo, me asombró. Sentí miedo. Ivanka comprendió mi alteración, extendió sus manos de nuevo y las cabras y ovejas aparecieron pastando como unos minutos antes. Los perros regresaron. Quispe se persignó, se levantó, vino a mi lado y en voz baja me dijo:

-¿Se ha asustado usted, señor?

-Aquí no hubo nada que me asustara- le respondí, tratando de recuperar la serenidad.

Los campesinos se levantaban persignándose y empezaban a comentar el acontecimiento. Mientras yo estaba recuperando la tranquilidad, un niño me habló algo en quechua. No le comprendí.

-Quiere que vuelvan las palomas otra vez- me tradujo Quispe. Sonreí. Eso alivió en algo mi nerviosismo. Al pequeño le había impresionado la enorme bandada y seguía pidiendo que regresaran.

-Diga al niño que pida eso a la señorita Ivanka, ella es la única que puede hacer que vuelvan las palomas- sugerí a Quispe. En eso, una cuculí voló desde el bosque; no sé si por orden de la médica o casualmente, llegó hasta nosotros y se posó sobre el hombro izquierdo del pequeño. Este la acarició y gritó lleno de alegría, llamando a su mamá para mostrarle el ave cariñosa que permanecía sobre su hombro.

Ivanka se acercó a Quispe, lo tomó del brazo y sonriente le dijo:

-Amigo, ¿puedes explicarnos por qué te arrodillaste?

-Sí, señorita, acaba usted de hacer un milagro- respondió él respetuosamente.

-Estás equivocado, amigo, lo que acabo de hacer fue un trabajo que cualquiera de ustedes lo podría haber hecho, si se hubiera preparado para eso. Por favor, amigo, explica a los demás que nosotros nunca hacemos milagros. Todo lo conseguimos por nuestro trabajo, utilizando el átomo y sus componentes.

Quispe inclinó la cabeza y fue hablar con los campesinos; mientras tanto, el compañero de Ivanka se nos acercó.

-Este es mi compañero de viaje, su nombre es Pedro. Desde hace muchos años viajamos juntos por el espacio- dijo Ivanka.

Le extendí la mano; él hizo lo mismo pronunciando las palabras “no lo olvidaré”. No comprendí el significado de las palabras y pensé que no había escuchado bien su pronunciación.

-Significa agradecimiento en el habla apuniana- me explicó Ivanka comprendiendo mi confusión. El extraño sonrió. En mi mente se sumó una incógnita más. Permanecí en silencio. Ivanka, Pedro, ovejas y cabras convertidas en flores, éstas convertidas en palomas y éstas en ovejas y cabras; apunianos, platillos voladores, avioncitos y tantas otras manifestaciones insólitas y extravagantes, recargaban mi mente de tanta confusión que no sabía si mejor sería huir para no soportar aquella impresión, o permanecer esperando el final del espectáculo.

-Si deseas, vamos a la nave, verás más cosas desconocidas ¿o tienes miedo?- me dijo Ivanka sonriente.

-No tengo miedo- respondí después de haber concentrado todo mi coraje para decirlo. Miré a Quispe y él aprobó con un movimiento de cabeza. Su actitud atenuó mi alteración y acepté la invitación de Ivanka.

-Vamos- dije a Ivanka y partimos.

Aquella vez no se elevaban sobre el pasto, caminaban como nosotros y eso me llamó la atención; observé con cuidado y me di cuenta que los extraños daban pasos, igual que Quispe y yo, pero las yerbas no se doblaban bajo sus pies.

Cuando llegamos a la nave, vi que ésta se mantenía en el aire, a unos sesenta centímetros de altura sobre la superficie. Comprendí que aquella extraña forma de posarla se hacía con el propósito de no dañar las células del pasto y no hice preguntas. También descubrí que aquel aparato, por la forma de sus alas, era una avioneta aunque de modelo raro, pues su cuerpo era corto pero grueso, como de un avión de pasajeros.

-Es de alas plegables y supera la velocidad de millones de kilometras por minuto- me dijo Ivanka refiriéndose a la nave.

No sentía ganas para la conversación y me hice el que no comprendía de qué me hablaba.

Las puertas, que estaban ubicadas entre las alas y la cola, se abrieron retrayéndose en las paredes cuando nos hallábamos a un metro de distancia. Desde adentro asomó un forastero semejante a los que ya conocía, pero a éste no lo había visto antes. Pensé que la nave se tambalearía por nuestro peso al subir y me puse a observar lo que ocurría cuando subía Pedro. El pisó la única escalinata que salió del interior al abrirse la puerta, y su pisada no provocó el menor movimiento en la "avioneta". Subimos Quispe, Ivanka con un perro y yo. Adentro, una habitación ovalada, sin ángulos rectos bastante extensos y amoblada con varios sillones. En las paredes se veían varias pantallas empotradas, semejantes a las de los televisores, pero de un color agradable.

-Este es nuestro amigo Alif- me dijo Ivanka presentándome al forastero que encontramos en la nave. Le extendí la mano y le dije mi nombre. El me invitó a sentarme señalándome uno de los sillones más

cercanos. En aquel instante sentí una agradable e inexplicable sensación. Me asusté; Alif me miró.

-Estás desgravitado, amigo, tu peso ahora es de ochenta gramos-me dijo sonriente.

Miré a Quispe por curiosidad, pero él parecía sentirse tan normal como si se encontrara sentado en una taberna. Me di cuenta que él había subido a esas naves anteriormente y que ya se había acostumbrado al estado de ingravidez. Ivanka sonrió y se sentó en un sillón, a mi lado.

-Todo esto te parece muy extraño, ¿verdad?- me preguntó de repente.

-Sinceramente, sí- contesté.

-Es lógico. No es de esperar otra cosa. Yo también me sentí muy extraña cuando subí por primera vez a una nave apuniana.

-¿Cómo es eso, Ivanka? ¿Acaso tú no eres de ese planeta, Apu?- pregunté con inquietud pensando que aquellos forasteros se habían propuesto divertirse conmigo, burlándose de mi ignorancia.

-Hermano mío, cálmate por favor. Tienes derecho a opinar sobre nosotros según la inspiración celular de tu mente. Pero te aseguro que no hacemos daño a ningún ser- me dijo Ivanka suplicante. Decidí, entonces, hacer un esfuerzo para soportar hasta lo máximo.

-Hace cuarenta y siete años que soy ciudadana de Apu. Allá la gente es positiva, no existe daño, egoísmo, ambiciones ni odios, créeme, y si tomas las cosas con calma, tú solo te convencerás que es así.

-O sea... ¿tú no has nacido en Apu?- pregunté riéndome descortésmente al pensar que la extraña intentaba dominarme con engaños y que posiblemente hasta pretendería hacerme creer que era mi paisana.

-No, amigo, soy terrícola- contestó con finura.

-¿Dónde has nacido, entonces?

-En la ciudad de Dubrovnik, en la orilla Yugoslava del Mar Adriático- respondió ella mirándome sonriente (\*). Me di cuenta que había adivinado el propósito de la extraña y solté una carcajada. Ella sonrió también. De pronto empecé a sentir alivio, no sé si fue por la mirada femenina o por alguna otra razón desconocida.

-Eso significa que somos paisanos, ¿no es así?

-Efectivamente, es cierto. Pasé mi infausta niñez a orillas del Adriático- respondió mientras observaba a Pedro y Alif que estaban examinando en la pantalla los nevados de Champara por donde pretendían volar individualmente durante los próximos minutos.

-Dijiste que has pasado una niñez difícil. ¿Por qué?

Ella acarició al perro que se encontraba sentado a su lado. En la pantalla vimos una brizna de hierba presionada por una piedrita. Ivanka la desintegró y la hierba se enderezó. Luego me dirigió una mirada como para observar mi opinión sobre su trabajo y dijo:

-¡Qué alegre se siente uno cuando hace el bien a los demás y les alivia su sufrimiento!

-Es generoso prestar ayuda a los que la necesitan- respondí. Ivanka calló por un momento; luego habló:

-Durante mi infancia soporté todas las miserias que el egoísmo y el dinero originan, y que están manchando y torturando la vida en la Tierra. Por eso sé de sobra lo suprema que es la labor en favor de los demás, eso lo aprendí en Apu y aquí en la Tierra lo sufrí personalmente. He dedicado bastante tiempo para determinar cuáles son los fenómenos que hacen tan desagradable y difícil la vida terrestre. Descubrí que los

hay de dos tipos: unos creados por el hombre y otros por la naturaleza; pero el más negativo de todos es el dinero, porque casi siempre es el origen del sufrimiento. ¡Es el creador de la guerra, del egoísmo y de la explotación! Esto retarda todos los adelantos, descubrimientos e investigaciones que el hombre pudiera desarrollar para corregir los fenómenos naturales que son sumamente dañinos para la vida celular. El hombre también conoce los daños que origina el dinero, pero está dominado por el egoísmo y se niega a hacer un sincero intento de extirpar o simplificar el sistema monetario de la vida terrestre. Al contrario, pretende justificar los sacrificios, los sufrimientos, las destrucciones y todo lo negativo que origina el dinero, atribuyéndoles al destino, a la mala suerte o al castigo prescrito por la omnipotencia, por un hecho cometido quién sabe por quién durante la formación del mundo. La vida terrestre pudiera ser tan bella como la de Apu o cualquier otra galaxia del universo, si los terrícolas se organizaran de manera positiva, fraternal, sin dinero, guerras ni explotación, formando una sola familia: la terrestre. Los habitantes de la Tierra sufrirán sacrificios, miserias y torturas por causa de fenómenos naturales, hasta que eliminen sus creaciones negativas y se den cuenta, por completo, que el destino de la humanidad lo tiene en sus manos el hombre mismo, y que sólo él debe y puede solucionar sus propios problemas, a base de la unión, la paz, el estudio, el trabajo colectivo y una firme confianza en sí mismo y en su esfuerzo. Sólo entonces tendrá tiempo y fuerza para corregir los fenómenos creados por la naturaleza, tales como las enfermedades, la muerte, la negatividad del Sol y otros. Hasta ahora conozco un millón diecinueve mil catorce civilizaciones en el universo, mas no he visto ninguna que haya podido subsistir sin su propio esfuerzo planeado positivamente. La evolución y adelantos de cada una de ellas, es exactamente proporcional a la unión, el trabajo y el estudio que practican.

-¿Y qué te parecen los adelantos terrestres logrados hasta ahora?- pregunté irónicamente.

-Con el principio de este siglo ha empezado un desarrollo considerable de la vida terrestre, pero no se logrará por completo hasta que no se unan fraternalmente, lo que les permitirá organizar su trabajo,

su estudio y un modo de vida sin discriminación. Mientras los terrestres sigan interrumpiendo las labores durante las dos terceras partes de cada día, encontrándose sin ocupación casi la mitad de las personas aptas para trabajar y la mayor parte de lo trabajado lo estén asignando para la guerra, la sociedad humana agonizará en la miseria- afirmó Ivanka mostrando en su rostro la preocupación. Luego prosiguió y narró episodios de su lucha para sobrevivir en la Tierra, desde que fue abandonada por sus padres, antes de cumplir diez años de vida.

Quispe hizo un movimiento con su mano derecha sobre el sillón. En la pared de enfrente funcionó una pantalla y en ella empezaron a desfilar todas las escenas según las contaba Ivanka. Pensé otra vez en hipnotismo o alguna otra forma de sugestionar a las personas para que vieran en las pantallas lo que pensaban.

Pedro se acercó y me dijo sonriente:

-Amigo, no es lo que estás pensando. Estas pantallas funcionan por orden del pensamiento, es cierto, pero las escenas son reales, tal como sucedieron. Los iones positivos no mienten. Una vez que la pantalla ha recibido la orden de mostrar un tema cualquiera, trabaja independientemente de todo pensamiento. Tu sorpresa y alteración son manifestaciones de tus células aún no positivadas. Para que se familiaricen se necesita algún tiempo.

- ¿Sabes? - me dijo Ivanka -, ordena a la pantalla que reproduzca tu vida, verás si hay algo de cierto en eso.

Obedecí a la extraña y pensé en mi nacimiento. Las escenas empezaron a desfilar, pero en una dimensión extraña como si el campo, las personas, los bosques y los animales, se hubieran reducido de tamaño conservando su forma y mostrando las acciones y temas hasta en el más mínimo detalle. Me parecía que podía tocar todo lo que veía. Vi mi nacimiento, mi niñez y luego mi juventud, en detalle y con escenas íntimas que nadie hubiera podido filmar para mostrármelas. También desentrañé muchas incógnitas y por qué sobre lo que había sucedido

durante la Segunda Guerra Mundial y que yo ignoraba. Vi los destinos de mis amigos desaparecidos, los lugares y las escenas de cómo murieron mis compañeros, muertes detalladas de los soldados y tantos otros sucesos que antes desconocía cómo pudieron haber ocurrido. Empecé a meditar sobre lo que veía y por razonamiento lógico de los casos, llegué a la conclusión de que cada uno pudiera haber sucedido según lo veía en la pantalla.

La solución económica y del desarrollo de la sociedad humana organizando el trabajo ininterrumpido, por turnos, y que Ivanka acababa de explicarme, aseguraba -a mi modo de pensar- la solución en gran parte, de los problemas actuales de nuestra sociedad tales como la desocupación, la escasez de lo necesario y la carencia de tiempo para el estudio. No sabía de dónde provenían las ideas de la forastera, sospechaba de su origen y de sus intenciones, más sus conceptos de cómo acelerar el desarrollo de la sociedad y combatir sus problemas principales, me parecieron tan sencillos, útiles y fáciles de realizar, que me sorprendieron. Las consideré adaptables a la sociedad actual. Pensé que se requerían pocos estudios para su realización.

Pedro y Alif salieron de la nave. Ivanka hizo funcionar una pantalla más cercana a nosotros. En ella aparecieron los dos, parados a poca distancia de la puerta. De pronto se elevaron como lo hizo el apuniano cuando me mostró sus adelantos para volar individualmente, durante el encuentro anterior. Volaban a la velocidad normal de una avioneta y a unos cien metros de la superficie, zigzagueando entre los peñascos, la nieve amontonada, subiendo y bajando como las aves. Pero lo que más impresionaba era la forma, la claridad o la dimensión en la cual se percibían sus vuelos. Por donde pasaban, todo se veía como si uno estuviera allí, presente entre las cosas para tocarlas a cada una. La claridad de los colores asombraba. Daba la impresión de que todas las cosas y lugares habían sido retocados con un esmalte que agradaba y que los estábamos observando por medio de algún aparato óptico sumamente poderoso.

-Este aparato gradúa los colores según el agrado de las células que componen el órgano óptico del observador- me dijo Ivanka interrumpiendo la observación en la pantalla, de los sitios por donde pasaban volando sus compañeros.

En eso miré hacia Quispe y vi que estaba viendo en una de las pantallas, a Elena de Troya con toda su comitiva, con tranquilidad tan profunda como si estuviera mirando un programa de televisión en su propia casa. Me sorprendió la personalidad de la princesa griega que con su belleza había provocado una guerra sangrienta entre troyanos y griegos, hacia miles de años. Vi, pues, la gente de aquellas épocas de las cuales la historia sólo hace una mención oscura, alejada de la realidad. Su físico, su vestidura, su trato, su forma de vivir y su cultura, fueron olvidados. Nadie se ocupó de ellos en aquellas épocas para dejar constancia real de cómo eran. Me enteré en aquel momento, que el hombre actual desconocía por completo los detalles y la verdad de aquella civilización, eso me originó curiosidad para seguir observando. A pesar que no estaba seguro de si lo que veía era una sugestión hipnótica, un sueño provocado artificialmente, una película o una realidad, aquella extraña dimensión que utilizaban me agradó. Las cosas, animales y personas que estaba mirando en la pantalla se veían tan explícitas y tan agradablemente como si me encontrara entre ellos. Cualquiera de las cosas que percibían mis ojos: los campos, personas o animales, si no me eran conocidos en detalle, tras su figura venía una minuciosa explicación de sus orígenes, usos, duración y aspectos positivos o negativos. Acepté, pues, seguir viendo aquellos reyes y príncipes de los cuales tanto había escuchado durante mi infancia.

-El hombre ignora muchas cosas todavía- interrumpió Ivanka. Pero él no tiene la culpa de todo. Hubo tantas destrucciones y guerras, que se ha borrado hasta la última huella de muchos hechos, de tal manera que ignoramos incluso nuestro origen. Mira en esta pantalla, me dijo señalándome una que funcionaba a su lado derecho. Volteé la cabeza y vi a Pedro y Alif en una quebrada de los nevados de Champara, posados sobre una pared hecha de bloques gigantescos

de piedras de más de diez metros de alto y de un ancho similar cada uno. Montañas de hielo se levantaban sobre ellos, como si se hubieran propuesto ocultar para siempre aquella obra de los primeros trabajadores que la Tierra tuvo en su superficie.

-¿Qué es eso?- Pregunté sorprendido a Ivanka.

-Estos son restos de una ciudad apuniana, construida antes que Apu explosionara, hace billones de años.

-¿De qué explosión me hablas?- pregunté confundido por no comprender de qué se trataba.

-Me referí a la explosión de Apu, cuando nacieron el Sol y muchas galaxias- me dijo y prosiguió explicándome sobre lo ocurrido.

-¿Son grandes esas ruinas?- pregunté por curiosidad.

-Sí, son restos de una ciudad que fue la más grande de Apu en esa época, pero la explosión la destruyó y su mayor parte se dispersó por el espacio; el resto fue sepultado. Lo único que quedó de ella en la superficie, es aquella pared que vimos en la pantalla. Mira allá. Obsérvala cómo era cuando vivía gente en ella.

Miré en la pantalla y vi una ciudad de calles anchas, casas no más altas que de dos picos, construidas con bloques de piedra tan gigantescos, que en muchos casos uno solo componía la pared integra de la casa

-¿Cuál era el nombre de la ciudad?- pregunté a Ivanka.

-Simi, en apuniano- respondió ella con un acento raro.

-¿Cómo han podido cargar tan enormes piedras? ¿Tuvieron máquinas especiales para ese trabajo?- pregunté asombrado.

-No, amigo. Los apunianos han desarrollado sus facultades al máximo; uno de los resultados es el dominio de la des gravitación. A esas

pedras les quitaban su peso específico y luego las trasladaban sin dificultad a los lugares deseados. También se pueden transportar por medio de la desintegración e integración, mas ese sistema se usa sólo en casos especiales. El desgravitar es más conveniente. Observa- sugirió. Y mientras yo estaba viendo en la pantalla cómo montañas de pedras desgravitadas volaban por el aire de un lugar a otro como empujadas por el viento, mi compañero Quispe me informó que el fin de aquel día, 15 de Mayo, se estaba acercando. Miré mi reloj vi que eran las dieciocho horas con catorce minutos. Me acordé que mi casa distaba más de diez kilómetros y para caminarlos, en la oscuridad de una noche con cielo nublado, tendría que enfrentarme a muchas dificultades. Decidí entonces observar la pantalla hasta ver la historia completa de aquella ciudad apuniana y luego partir de regreso. Al final llamé a Quispe para avisarle la hora, y vi que éste había puesto toda su atención en la pantalla, mirando, esta vez, la conquista de Egipto por Alejandro Magno. Sentí pena de interrumpirle la ocasión de poder ver famosos episodios de la historia del hombre, ya que tal vez nunca más tendría esa oportunidad. Decidí esperar algunos minutos y proseguí conversando con Ivanka. En eso, Pedro y Alif entraron en la habitación, se nos acercaron y dijeron “Todo por los demás”. No escuché bien lo que decían y pensé que se trataba de algunas palabras claves acordadas entre ellos e Ivanka; no hice preguntas.

-Es nuestro saludo, que ya conoces- me dijo Pedro con tono suave; se sentó en un sillón cercano y empezó a conversar con Ivanka sobre las ruinas de la ciudad de Simi y el viaje que habían realizado por los nevados de Champara. Mientras tanto, afuera oscurecía.

-¡Vámonos!- dije a Quispe en voz baja.

-Esperemos unos minutos más, por favor, quisiera ver cómo terminó la existencia de Alejandro Magno; acepté. En eso empezó a llover. Con la lluvia, nuestro regreso se complicaba muchísimo. Yo tenía que empezar mi turno de trabajo en las primeras horas de la madrugada y temía no llegar a tiempo.

El interior de la nave quedó alumbrado por una luz diurna y uno no podía darse cuenta si se encontraba en el campo en un día de Sol, bajo la sombra de un árbol, bajo una carpa en la playa, o en la nave de los extraños. Cuando Quispe terminó de ver el final de la vida de Alejandro Magno, se puso de pie para salir; yo lo seguí. Afuera llovía a cántaros. Era muy difícil caminar en la oscuridad, bajo la lluvia, por las abruptas faldas de los cerros de Champara, no teniendo más camino que un sendero hecho por las pisadas de cabras y ovejas. Quispe se desesperó y empezó a sugerirme que nos quedáramos en la nave de los forasteros hasta el día siguiente. No pude aceptar aquella sugerencia porque mi trabajo era complicado y además no teníamos hombres en reserva. Cuando salimos de la nave. Pedro se me acercó.

-Si tú aceptas, te ofrezco mi ayuda para acompañarlos hasta Huallanca.

Eso me sorprendió. Pensé que los extraños estaban intentando divertirse con nosotros. Unos campesinos se encontraban cerca de la nave gozando de la misteriosa luz que irradiaba. No podía arriesgar en nada mi responsabilidad del trabajo y acepté la proposición de Pedro. Este apretó uno de los botones de su chaleco. Inmediatamente -a un metro de sus lados y de su cabeza- se formó un arco en forma de herradura, que alumbraba decenas de metros con luz diurna. Nos despedimos de Alif e Ivanka y... partimos.

El aguacero proseguía con toda fuerza, pero sobre ninguno de nosotros caían las gotas de lluvia. Eso me asombró de sobremanera. Pregunté a Quispe si las gotas estaban cayendo sobre él, para asegurarme del misterio.

-No, señor, a mi la lluvia me está respetando- respondió irónicamente.

-Cálmate, amigo- sugirió Pedro que caminaba entre Quispe y yo para alumbrar el camino con perfección-. Nosotros estamos protegidos

por una capa de iones positivos; por favor, intenta calmar tus células-insinuó. Obedecí y proseguimos.

Durante el camino no hablé con ninguno de mis acompañantes. Las rarezas que estaba experimentando producían en mi mente una sensación inexplicable que no sabía cómo calmar. Era imposible para mí, convencerme que los habitantes de otros mundos -si los hubiera- viniesen a visitar la Tierra para alojarse en las desoladas montañas de los Andes peruanos, como si ese lugar fuese un centro desde donde se observara el universo. Entonces me preguntaba qué nación de la Tierra había desarrollado sus adelantos técnicos de tal manera que las personas pudieran volar individualmente, tener conocimientos tan maravillosos como el uso de la mínima partícula existente, desintegrar e integrar la materia, quitar y devolver el peso específico y la atracción a las cosas, andar bajo la lluvia sin mojarse, generar un halo de luz diurna alrededor de su cuerpo, tener pantallas del tiempo por las cuales se pueden ver el pasado, el presente y el futuro. Estas y otras incógnitas bombardeaban mi mente originándome molestias. Por unos instantes no pensaba en nada. Luego me sugestionaba y reflexionaba en que, a pesar de todo, los forasteros eran espías de alguna nación terrestre. Pero, ¿qué estaban buscando entre los pastores, en los cerros de Ancash?

Pedro y Quispe conversaban continuamente. Por su conversación comprendí que se habían visto en oportunidades anteriores y que Quispe conocía el por qué y el cómo de varios sucesos que habían acontecido en la sociedad humana durante nuestra época y también algunos de los que sucederían en el futuro. Con la incomprensible luz del halo de Pedro, pudimos caminar tan rápido como si fuera de día. Cuando nos acercábamos a la ciudad de Huallanca, noté que Pedro se había cambiado de ropa sin detenerse un instante. En lugar de su vestimenta característica, ahora estaba vistiendo prendas de confección campesina y calzaba abarcas de jebe, igual que los pastores del lugar.

-¿Cómo te cambiaste de vestido sin detenerte?- le pregunté.

-Desintegré mi malla y la integré en forma de vestido campesino-respondió con naturalidad.

-¿Por qué hiciste eso?

-Para confundir mi presencia con la de los lugareños y no llamar la atención con mi ropa.

-¿Quién nos va ver ahora, de noche y con lluvia, cuando todos están, necesariamente, en sus casas?

-Todos, menos aquel que está sentado allí- me dijo señalando con su mano. Miré y efectivamente era cierto. Un campesino que cargaba varias cosas compradas en la ciudad, estaba descansando a unos cientos de metros de su choza.

-Yo creo que hubiera sido más fácil convertir en polvo al campesino y quitarlo de nuestro camino, que cambiarte de ropa- opiné dirigiéndome a Pedro. El se sorprendió; se detuvo de repente como si algo terrible sucediera.

-No debes pensar así, amigo; para los apunianos los demás están siempre en primer orden, me estoy refiriendo a las personas, plantas y animales. Nunca intentamos forzar de ningún modo a las células ajenas por nuestro propio interés, lo hacemos sólo cuando eso es positivo para el prójimo. Lo innato de los apunianos es sacrificarse siempre por los demás subrayó.

Pasamos el río Kitaraksa y cuando llegamos cerca de la maestranza, Pedro se detuvo.

-Amigos, “Todo por los demás”. Ya están casi en la ciudad, yo tengo que regresar-. Me extendió la mano, luego hizo igual con Quispe y desapareció al instante.

-Se desintegró- advirtió Quispe.

-No sé, sinceramente no comprendo lo que está sucediendo acá. Lo único que te puedo asegurar es que no lo vemos, mas no sabemos si está a nuestro lado o en algún otro lugar del universo- respondí y proseguimos.

Entre las cosas inexplicables que había experimentado durante ese día, me vino a la mente la vida de Elena de Troya proyectada en la pantalla del tiempo. “¿Por qué Quispe tendría que enfocar aquella historia tan remota?”, pensé. Me detuve y hablé:

-Dime, Quispe, ¿por qué enfocaste la vida de Elena de Troya en la pantalla?, ¿acaso no tenías cosas más importantes que ver?

-Seguí la vida de un apuniano que había vivido en esa época en la Tierra, eso fue todo- respondió tranquilo.

Cuando pasamos el puente sobre el río Santa, frente a la entrada del túnel de la casa de fuerza, Quispe se detuvo y mirándome preguntó con tono de admiración:

-¿Qué le parecieron esas personas?

-Te voy a decir, Quispe, mi verdadera opinión. Lo que dicen esas personas es sumamente bueno, y hasta se puede aplicar una parte de ello a nuestro actual modo de vivir; pero lo que hacen no sé si es realidad o son trucos hipnóticos. Más, después de todo, una cosa me intranquiliza.

-¿Cuál es, señor? -interrumpió Quispe, excitado por la curiosidad.

-Me preocupa saber por qué están aquí, sean quienes fueren. ¿Cuál es su intención y qué están buscando acá?

-Todavía no se ha convencido usted que son extraterrestres, ¿verdad?

-No, sinceramente aún no.

-¿Conoce usted, señor, alguna nación en a Tierra cuyos habitantes tengan esos poderes para realizar trabajos tan extraordinarios como los que hemos presenciado hoy?

-No, pero tampoco estoy seguro que no exista. Otra cosa, ¿cómo sabes tú, Quispe, que no fuimos hipnotizados, dormidos o algo semejante, y así vimos algunos trucos mágicos como en el circo?

-Dígame, señor, ¿usted cree que los animales se dejan hipnotizar?

-Tampoco sé eso, nunca he leído nada de hipnotismo.

-Para mi, señor, son extraterrestres, ésta fue ya la séptima vez que estuve con ellos, por eso estoy convencido, por completo, que en la Tierra todavía nadie puede realizar esos milagros o trabajos, como dice Ivanka.

-¿Sabes, Quispe, lo que estoy pensando?

-¿Qué, señor?

-Se me ha ocurrido avisar a la policía de todo esto. ¿Qué te parece?

El se detuvo de repente, me tomó de los hombros y con voz amenazadora me gritó:

-¡Eso no lo hará usted, señor!

-Cálmate, Quispe, por favor, lo que manifesté fue sólo una broma -le dije para tranquilizar su ánimo agresivo, pero me surgió la idea de hacerlo realmente.

-De todas maneras, señor, ¿cómo puede usted pensar eso de aquella gente que nos hace tanto bien? ¿Acaso no ha visto usted hoy

cómo salvaron la vida de ese niño? Además, esta no es la única vez que lo hacen. Lo han hecho tantas y tantas veces antes con otras personas. También nos hacen ver las cosas de otros mundos, cómo fuimos nosotros antes, nuestro pasado, nos enseñan las yerbas buenas, nos dan lluvia cuando la necesitamos y tantas otras cosas.

-Tranquilízate, amigo, sólo estuve bromeando. Tú ya sabes que yo no sería capaz de hacer daño a los que ayudan al prójimo.

-Disculpe usted, señor, me sorprendió su opinión; creí que estaba hablando en serio y me molesté.

-Ten la seguridad que yo los quiero y los respeto igual que tú. Me he dado cuenta que esas personas son muy buenas y aman al prójimo. Eso es lo que más vale. Pero aún tengo dudas sobre sus verdaderas intenciones. ¿Qué buscan acá?

-Gracias, señor -respondió Quispe alegremente-. “No lo olvidaré”, como dicen los apunianos -agregó y prosiguió andando.

-No te preocupes, Quispe, por favor no hables de esto con nadie -repliqué para calmarlo por completo.

-¡Ay, señor! ¡Qué desconfiado es!, ¡cómo se le ocurre pensar en eso! A pesar que los apunianos quieren que hablemos de ellos y comuniquemos de sus poderes a los demás, para que todos intentemos desarrollar nuestras mentes y nos queramos unos a otros como hermanos, yo no he dicho una palabra a nadie, ni la diré nunca...

Nos despedimos. Yo entré en la casa y como mi esposa había salido de viaje a la ciudad de Lima, para ver a nuestra hija que estaba estudiando allá, al no tener con quién hablar me puse a meditar sobre el asunto. Después de haber analizado cuidadosamente, punto por punto, lo que había experimentado durante mis tres encuentros con aquellos raros visitantes, que en total sumaban veinte horas, y para evitar ser cómplice de algún supuesto delito, llegué a la conclusión de que las autoridades del

lugar deberían tener conocimiento de todo eso. Decidí, pues, avisar la policía de la presencia de los supuestos extraterrestres. Me dirigí a la comisaría que en aquel entonces funcionaba en la ciudad de Huallanca, a ciento cincuenta metros de mi casa...

Un sargento me recibió:

-¿En qué le podemos servir, señor? -me preguntó cortésmente.

-Gracias por su amabilidad, sargento. Por favor, ¿usted es el encargado de esta oficina o hay otro jefe?

-Yo soy el jefe, por ahora. ¿Qué le está pasando?

-¿Podemos hablar unos minutos de un asunto muy especial?

-Si, como no, pase usted, señor -dijo y abrió la puerta de una oficina privada. Me senté y empecé a contarle los casos. Desde el principio, el sargento empezó a mostrarse sumamente sorprendido, pero según yo avanzaba en mi relato, su intranquilidad aumentaba. Comenzó a tenerme miedo. Más cuando principié a narrar lo que había visto aquel mismo día, se paró como asustado y con voz suave, disimulando su alteración, me dijo:

-Amigo, ¡qué maravillas me está contando! Usted ha logrado un verdadero triunfo para la inteligencia mundial, denunciando que esos extraños están entre nosotros. ¡Posiblemente pretenden espiarnos! Ahora mismo avisaré al Comando Superior para que movilicen todos los aviones, tropas, buques, cañones, tanques y una división de muchachas armadas con botellas del mejor pisco peruano. Será una verdadera hazaña capturar a esos extraterrestres y toda la victoria se la vamos a atribuir a usted y a su valiosa información. Pero, por favor, no hable con nadie de eso, váyase a su casa, acuéstese y mañana nosotros vamos a buscarlo para que guíe nuestro ejército hasta el lugar donde están esos extraterrestres.

Comprendí que el sargento me había considerado loco o borracho y que me hablaba en son de burla. No entré más en detalles con él, tampoco terminé de contarle todos los episodios de aquel día; me paré y para que se convenciera que yo seguía considerando “inteligente” su trato, le dije:

-Gracias, sargento; ahora me acostaré y no hablaré con nadie; mañana usted me buscará para que guíe a ese ejército y ¡Viva la victoria!  
-grité. Dos guardias, sorprendidos por mi exclamación, salieron del cuarto contiguo.

-Está borracho hasta el cien, déjenlo que se vaya -ordenó el sargento mientras yo salía de la comisaría.

A pesar que acababa de sufrir mi primera burla de la gente, lo cual motivó en parte que guardase en secreto aquellas experiencias durante quince años, no me sorprendió el procedimiento de la autoridad, porque tal vez yo hubiera actuado peor unos meses antes.

Miré mi reloj y me enteré que faltaban quince minutos para las veinticuatro horas, y ya debería iniciar mi turno de trabajo, de modo que me apuré para llegar a tiempo...

## SABADO 4 DE JUNIO DE 1960

Las mañanas, en el Callejón de Huaylas, tienen algo muy singular en su atractiva manifestación, lo que las hace diferentes a las de cualquier otro lugar. El caudaloso río Santa, con su correr hacia el Pacífico, ha cavado su cauce tan profundamente como si pretendiera bañar con sus aguas heladas el ardiente corazón de la Tierra. Con esa atrevida inquietud, el Santa cortó en su camino cerros y colinas, separando así parte de la Cordillera Occidental en dos ramificaciones:

Una, cubierta por nieve perpetua; la otra, con pampas y praderas, y él, en medio de las dos, orgulloso de ser el hijo de los Andes, fluye hacia el Pacífico coqueteando con sus dos majestuosas admiradoras que lo acompañan desde su nacimiento.

Aquella mañana del primer sábado del mes de junio, la región estaba tan atractiva como siempre. El Sol, con sus rayos, iluminó los nevados de la cordillera Blanca que los reflejó sobre las orillas del río Santa, donde armonizaban su brillo con los colores de los campos floreados. Durante las tres semanas anteriores, había hecho varias excursiones por los cerros sin encontrarme con los forasteros. Pensé que éstos habían cambiado de rumbo y eso me alegraba por muchas razones. Para aquella excursión me alisté con la señal del alba y cuando salió el Sol yo ya estaba subiendo a los cerros en dirección al nevado de Milwaqocha, por las alturas, entre los riachuelos Cedros y Kitarraqsa. Aquel día nadie me acompañaba, por eso decidí visitar los lugares más accidentados, porque acompañado, la elección de los lugares por visitar dependía de la determinación conjunta, lo que a veces resulta contrario a los deseos de uno.

Eran las diez de la mañana cuando me encontraba en la cima de un cerro, al frente del Huaylas, sobre el Cañón del Pato. Había caminado desde las cinco de la madrugada y determiné descansar para observar con los prismáticos los altos picos de los alrededores. De pronto, descubrí, a una distancia de más o menos mil metros, un aparato de los visitantes, de igual modelo y color que el que había visto hacía ya cuatro semanas cuando me presentaron a Ivanka. Sinceramente no me gustó, pero como ya estaba en el lugar, resolví acercarme para curiosarse. Después de haber descansado algunos minutos, me dirigí hacia la nave. Cuando me acerqué a unos cientos de metros, me sorprendí al ver que tras un peñasco, a corta distancia de la nave, se veía un grupo de personas. Eso me preocupó un poco porque no comprendía el idioma quechua y estaba sin acompañante que me pudiera servir de intérprete. Me preocupaba entenderme con los lugareños, pues con los extraños no había problemas, ya que ellos hablaban todos los idiomas a la perfección. A pesar de mis preocupaciones, proseguí. Decenas de metros antes de llegar, un extraño me recibió. No le había visto antes, lo que me inquietó un poco, e intenté hablarle mientras caminábamos, para disimular mi alteración.

-No te alarmes, amigo -dijo- de pronto el extraño-; a nosotros no nos molesta en nada tu procedimiento, más bien nos agrada, porque sólo investigando con empeño sincero, se consiguen la verdad y el resultado positivo.

Por la confusión no hice caso a su declaración, ni tampoco me di cuenta que el forastero con su consejo, se refería a la denuncia que hice en la comisaría hacia varios días.

Ya nos encontrábamos frente a la nave, cuando de pronto la puerta se abrió y salió Ivanka. A pesar que los visitantes no me agradaban, cuando vi a Ivanka me sentí un poco calmado, tal vez porque había hablado con ella varias horas en el encuentro anterior. Me recibió sonriente y me comunicó que mi visita le agradaba.

-Es nuestro amigo Zen- me dijo presentándome al forastero que me había recibido.

-¿También es apuniano? -pregunté con serenidad.

-Sí, amigo, por supuesto. A la tierra muy pocas veces viene otra gente extraterrestre que no sea la de Apu. Para otras civilizaciones la Tierra no es tan interesante, mas para nosotros sí porque es parte de Apu y los terrícolas son nuestros hermanos -las palabras de Ivanka me sonaron a broma y sonreí-. ¿Entramos en la nave o nos sentamos aquí? -preguntó ella.

-Como quieras- respondí.

-Vamos adentro, creo que es más positivo; podemos observar en las pantallas si algo te interesa -entramos. El interior era idéntico al de la nave anteriormente vista. Me senté en un sillón; ella se sentó frente a mí. No creas que nos molesta tu denuncia de la otra noche, tu actitud es absolutamente normal -me dijo Ivanka con expresión alegre. Eso me sorprendió. Me quedé como paralizado. Sentí miedo y vergüenza. ¿Quién diablos les habría avisado de mi intento? ¿Cómo lo supieron? Eso era para mí algo incomprensible. “Tal vez el sargento es su cómplice”, pensé. Enmudecí; no podía contestarle nada. Ella comprendió mi alteración y rió a carcajadas. Escucha, amigo -me dijo-. El hombre, para llegar a la verdad, al progreso y a la sabiduría, debe trabajar, estudiar y practicar. Tú has intentado cumplir con las reglas que establece la sociedad. Si no lo hubieras hecho no tendrías interés en cumplir tus reglas sociales ni descubrir nuestra procedencia. El esfuerzo sincero para conocer lo desconocido, aclarar lo confuso, ver lo invisible y realizar lo imaginable, es el único camino hacia la sabiduría. La evolución y el progreso de todas las civilizaciones, es el resultado de una constante búsqueda de lo insólito -subrayó Ivanka haciendo un gesto amable para animarme.

-¿Quién les ha contado que yo intenté denunciarles?

-Por favor, dejemos de pensar en eso, ya te he explicado nuestra opinión del caso. Olvídalo, ¿quieres?

-Está bien, me olvidaré; pero dijiste que aclarar lo confuso es positivo. ¿Por qué no me aclaras lo que estoy preguntando?

-Si quieres saberlo, mira esa pantalla, ella te va decir todo - indicó Ivanka sonriente. Miré la pantalla que me acababa de señalar. En ella aparecimos Quispe y yo despidiéndonos de Pedro, tal como lo habíamos hecho aquella noche cuando el extraño nos acompañó, alumbrándonos el camino con su halo de luz diurna. A continuación aparecieron todos los sucesos en detalle: mi despedida de Quispe, mi entrada a la casa, la meditación y análisis de las razones que me condujeron a hacer la denuncia, mi conversación con el sargento y todas las burlas que éste hizo con los guardias sobre mi declaración, después que yo había salido de la comisaría. Desaparecer del lugar habría sido la única salvación para ocultar mi bochorno. Sentí tanta vergüenza que hubiera aceptado tirarme en cualquier abismo para no mirar el rostro de Ivanka. Ella notó mi turbación de ánimo, llegó a mi lado y afectuosamente me dijo:

-Amigo, ¿Por qué te estás maltratando así? Tienes que comprender que no has hecho nada malo. En aquel instante empecé a percibir una recuperación de mi estado anímico. De pronto me vinieron ganas de discutir con ella el tema como si no hubiera pasado nada.

-Está bien, señorita -le dije decididamente-. He intentado denunciarlos porque no sé quiénes son ustedes ni qué están buscando en este lugar. Los denunciaría otra vez, pero de nada me valdría, sólo provocaría las burlas de la gente porque nadie me haría caso.

Ivanka soltó una carcajada. Después de reírse unos instantes me miró hablándome comprensivamente:

-Amigo mío. Puedes gritar a todo el mundo y hablarle de nuestra presencia, pero nadie te creerá ahora y quizás por mucho tiempo, más eso no interesa. Nadie debe aceptar nuestra existencia por persuasión. Por favor, nunca intentes convencer a una persona para que crea que existimos o que estamos visitando la Tierra o cualquier otro planeta.

-Procuraré no hacerlo otra vez- contesté sinceramente porque me acordé de la ironía mordaz con que el sargento reaccionó ante mi denuncia.

Hubo un rato de silencio. Ivanka hojeaba un libro de versos escritos por un poeta peruano. Zen observaba la figura central de la Portada del Sol de Tiawanako, tallada en miniatura por algún artesano de este lugar, copiada fielmente de la enorme escultura original, ubicada a la entrada del Gran Centro, que -se supone- fue ceremonial y ritual. Me sorprendí viendo esos objetos en sus manos, porque antes de interrumpir la conversación no había visto ninguno a su alrededor. Zen posiblemente comprendió mi pensamiento, e hizo que de debajo de su sillón saliera una gaveta de un material semejante al terciopelo, la misma que estaba llena de miniaturas artesanales del continente americano, realizadas en diferentes épocas. Imaginé que también mi sillón tenía “doble fondo” y se me ocurrió preguntarme qué contenía. De pronto, de debajo de mi asiento salió una gaveta y a continuación otra del asiento de Ivanka. La gaveta de mi sillón contenía hojas de árboles, briznas de yerbas y pétalos de flores, pero el de Ivanka, libros, revistas y muestras de tejido artesanal. Me di cuenta que cada sillón era como una cómoda compuesta de varios cajones de diferentes tamaños. Ivanka comprendió que mi curiosidad era complacida y sonrió. Quiso decirme algo pero Zen se le adelantó.

-Todos nuestros muebles y naves tienen doble fondo y paredes dobles; es positivo tener un espacio a disposición. Además, las paredes dobles son necesarias para protegernos de los fenómenos espaciales.

-¿Por qué ustedes están cargando todo esto, cuando pueden obtenerlo o transportarlo por medio de desintegración?- pregunté en tono de burla.

-Son muchas las razones por las cuales llevamos lo que has visto. Es cierto que podemos integrar y desintegrar la materia hasta en sus más pequeñas partículas; también hemos logrado obtener la inmortalidad, casi anular el tiempo, llegar a velocidades altísimas y tantos otros poderes

para corregir la naturaleza y los fenómenos negativos. Pero eso no es todo. Cada instante del tiempo es diferente en su forma, duración y acontecer. Esta es la Ley de la naturaleza con la cual están relacionados los días, los años, el trabajo, la necesidad de las cosas y los medios para corregir lo negativo y obtener lo positivo. Lo que ayer fue, hoy no es, y lo de hoy mañana será distinto o no existirá. Nada es idéntico y todo tendrá diferencias y transformaciones en cada instante, mientras el movimiento sea factor principal de la existencia- subrayó.

Me sentí aburrido de tanta filosofía vertida por el forastero, de la cual no entendía casi nada, por lo que decidí preguntarle algo diferente para cambiar de tema.

-Dime Zen -le interrogué-. ¿Cuál es la causa que está motivando la visita de ustedes a la Tierra?- Ivanka sonrió. No sé si su sonrisa fue inspirada por alguna frase del libro que hojeaba o por mi pregunta, pero a mi no me agradó. Zen mostró una expresión alegre y mirándome, contestó:

-En el apuniano es congénito proteger las células y por lo tanto ayudar a los seres del universo; esa es la causa esencial de nuestra visita. Nosotros no podríamos existir sin cumplir este precepto. Estamos visitando todos los planetas y ayudamos a los que encontramos durante el viaje. La diferente frecuencia de nuestras visitas a ciertos lugares de la Tierra, guarda relación con la mayor o menor cantidad de obras que hay en cada lugar, hechas por apunianos. Estas obras datan de épocas anteriores y posteriores a la explosión de Apu. Es cierto que, como tú dices, nosotros podemos ver todo eso por las pantallas del tiempo, pero cuando ya estamos aquí, es positivo contactar con nuestras antiguas obras. Observa la pantalla -me sugirió. Volví la cabeza y vi en la pantalla, al frente, una inmensa multitud de gente en movimiento. Luego aparecieron unas máquinas semejantes a globos, otras a platillos voladores y otras a avionetas de tamaño muy pequeño, todas estaban volando a pocos metros sobre la superficie, despidiendo desde su interior un chorro parecido al aire, pero con la fuerza suficiente para hacer desaparecer obstáculos, tales como piedras y arbustos, dejando el suelo

plano y limpio. Así obtuvieron una inmensa pampa de cientos de kilómetros cuadrados, limpia como un estadio y apta para la construcción. En seguida, enormes piedras labradas a la perfección e inteligentemente guiadas, caían como copos de nieve en los respectivos lugares de construcción, de acuerdo a planos arquitectónicos, y así se construían casas y calles. Me sorprendí viendo que las enormes piedras, con un tamaño semejante a las paredes de nuestras casas de dos pisos, cayeran tan lentamente como si fueran tiras de papel, y que una persona pudiera dirigir varias, con una sola mano o con un simple soplo. Pensé, otra vez, en la sugestión hipnótica y cerré los ojos para no seguir viendo “mentirillas” inventadas quién sabe por quiénes. Instantes después, una mano tocó mi hombro derecho. Abrí los ojos y vi a Ivanka que me observaba con atención.

-Amigo, sigue creyendo lo que tu mente imagina, mas yo tengo que decirte qué es lo que estás viendo. Las piedras que caen sobre la pampa están desgravitadas, sólo tienen el peso necesario para que no se desparramen por el espacio durante el trabajo. Este es uno de los métodos que los apunianos emplean para construir. Vamos a acelerar la exposición en la pantalla sólo para que veas la ciudad construida, y también su destrucción. Observa la pantalla, por favor- me pidió cortésmente. Miré en la pantalla por cumplir con su pedido y vi una inmensa ciudad construida de acuerdo a una arquitectura rara, en la cual no se veía ángulos rectos en ningún lugar. Su diseño semejaba a una mariposa volando, y los bosques que se veían por sus alrededores, adornaban sus encantos haciéndola una ciudad sorprendente.

-¿Cómo se llamaba o se llama ahora esa ciudad?- pregunte a Ivanka.

-Cuando terminó su construcción le dieron el nombre de Kutzak, porque así se llamaba el apuniano que dirigió la obra, palabra que con el transcurso del tiempo fue transformada en Qosqo o Cusco, nombres actuales de la ciudad. Esa fue una de las tres más importantes ciudades y centros de desembarque que hicieron los apunianos durante el segundo poblamiento de la Tierra. En aquella ciudad, Kutzak, los apunianos

establecieron la primera industria química terrestre y fue una de las mejores del espacio hasta que el diluvio la destruyó.

-¿Dijiste diluvio?- pregunté sorprendido.

-Sí, amigo- respondió Zen. El egoísmo y la ambición originaron tempestades y cataclismos tan desastrosos que rompieron el equilibrio del planeta; así, la línea ecuatorial ocupó el lugar del meridiano y viceversa. Como consecuencia, se destruyeron las mejores construcciones que la Tierra ha tenido desde que se separó de Apu. Observa la pantalla -sugirió; le obedecí. Dirigí la mirada hacia el aparato y vi que una tremenda e increíble catástrofe atmosférica azotaba el planeta terrestre y lo envolvía en nubes. Extraños e indescriptibles huracanes, truenos, ciclones y vientos, empujaban la Tierra como si fuera hojarasca y cuando terminó aquel torbellino destructor, la superficie terrestre quedó despoblada de plantas, animales y humanos. Los polos se habían convertido en la línea ecuatorial y ésta en meridiano. El lugar donde antes había estado la inmensa pampa con la impresionante ciudad de Kutzak, se había convertido en picos y quebradas de profundos abismos, sembrados de gigantescas piedras dispersas, provenientes de aquella fantástica construcción que había sido el orgullo de la Tierra. Sólo en tres lugares se veía una cantidad considerable de ruinas por las cuales el observador se podría dar cuenta que en aquella región había existido una indescriptible construcción.

-¿Qué espantoso acontecimiento!- exclamé espontáneamente y me puse a pensar sobre aquello sin saber a qué atenerme. Creer o no creer lo que veía en aquella incomprensible máquina, era mi único problema en ese momento.

-Si, amigo, fue espantoso y muy negativo. Aquel suceso originó un irreparable retraso en los adelantos del hombre y un problema para nosotros. Ha sido también causa de varios fenómenos que surgieron y subsisten hasta ahora. A causa de aquella catástrofe se desequilibró una parte del espacio, lo que motivó que nuestras ciudades volantes tuvieran dificultades durante cientos de miles de años en sus viajes por Vía Láctea.

El espacio es sumamente complicado, lleno de misterios, incógnitas, y lo desconocido abunda a cada paso. Estas dificultades afectan nuestras visitas a esta galaxia, mas como en las décadas actuales la Vía láctea se encuentra desplazándose por unas zonas del espacio muy positivas, aprovechamos la oportunidad para visitar todos sus planetas y sistemas; a ello también se deben nuestras frecuentes visitas y largas permanencias en la superficie terrestre. No siempre es tan fácil acercarse a cada galaxia-subrayó Zen.

-¿Qué pasó con las otras ciudades que construyeron durante el segundo poblamiento?

-Igual suerte sufrieron todas. De unas quedaron partes no destruidas o enterradas totalmente bajo el lodo, de otras nada. Pero todas fueron alcanzadas por la tempestad. Sabemos que nuestra visita sorprende a los terrestres, eso es natural. Los habitantes de otros planetas también se sorprenden cuando se encuentran con nosotros. Unos nos ven con tranquilidad, pero la mayoría se asusta. Muy pocos han comprendido que nosotros somos simples viajeros y que estamos investigando las dificultades de la vida espacial, para enterarnos por completo de lo que soportan los seres sobre los planetas poblados- terminó.

Me quedé sin ganas de hablar. Es difícil tranquilizarse para organizar los pensamientos cuando a cada mirada se ve algo insólito, sorprendente e increíblemente raro. Cada palabra de los forasteros traía una noticia asombrosa que me alarmaba y mientras trataba de recuperar la serenidad, entraron a la nave dos compañeros de Ivanka, que yo no había visto antes. Ella se paró y me los presentó.

-Este es Amín y él es Dius- me dijo con afecto. Dius extendió su mano; yo le correspondí. Lo mismo hice con Amín. Los dos se sentaron y empezaron a contar lo que habían experimentado durante la excursión de la cual volvían. De pronto, Dius extrajo de su bolsillo un pequeño gorro confeccionado de piel de conejo. Me sorprendí al ver aquella prenda y me puse a pensar cómo la habrían conseguido y por qué les interesaba tenerla. Ivanka comprendió mi pensamiento y mirándome atentamente dijo: La belleza de la vida terrestre está distorsionada por sus mismos

habitantes. El hombre por ser un ente inteligente y perfeccionado, muy poco se preocupa por facilitar la vida utilizando la sabiduría de crear y descubrir cosas sin que para ello tenga que sacrificar a otros seres. Al contrario, se cree con derecho a explotar y utilizar en su beneficio, a todos los seres que aquí viven, incluso a sus semejantes. Cría a los animales con esmero, como si fueran sinceros amigos; luego los somete a sufrimientos. De ellos utiliza sus fuerzas para el trabajo, su astucia para la diversión; sus sufrimientos le producen placer, y luego los mata para comer su carne, y hasta confecciona de su piel prendas caprichosas, sin pensar que todos los seres tienen igual derecho a vivir y que cada uno, por igual, es sensible al dolor, al maltrato o a la bondad. En la sociedad apuniana es diferente. Allá todos los seres vivientes son los únicos dueños de sus existencias, hasta que terminan su ciclo de vida según las leyes de la naturaleza. Para los apunianos la vida de los demás seres está en primer lugar y en segundo la de ellos mismos. Las plantas, los animales y los humanos, son producto de una misma madre y todos tienen igual derecho a vivir su ciclo sin sufrimientos originados por otros-subrayó.

-Entonces ¿de qué se alimentan los apunianos?- pregunté bromeando, a pesar que ya había esperado, por la pantalla, los comedores y alimentos apunianos.

-La alimentación apuniana se compone de concentrados compuestos en su mayor parte de minerales, y otra parte de semillas y frutos de plantas- respondió Amín.

-Te mostré la vez pasada, en la pantalla, los comedores y las reglas a que me sometí cuando comí por primera vez en Apu\* - interrumpió Ivanka, recordándome escenas de su vida, relatadas anteriormente-. Lo más negativo que los habitantes terrestres practican, es quitar la vida a otro ser para su alimentación u otros fines. Alimentarse de esta manera, conjuntamente con los rayos solares, es causa de la agresividad; el egoísmo y una enorme cadena de desequilibrios celulares de su organismo- subrayó.

-¿Para qué les sirve este gorro? ¿Acaso no es suficiente lo que saben de nosotros? -pregunté a Dios.

-En realidad, amigo, para nosotros no hay secretos en ninguna parte del universo, pero acostumbramos tener estos objetos contruidos por medio de una acción tan negativa, por que nos sirven para mostrarlos a habitantes de otros planetas a los que estamos ayudando para que superen lo negativo. Los hay que tienen formas de vida semejantes a la de los terrestres, pero nosotros estamos intentando con todo empeño, formar entre ellos grupos positivos de personas cuyas células contengan menos composición negativa en sus átomos, para que poco a poco positivicen a los demás.

-Esto también nos sirve para el mismo objetivo- interrumpió Amín, mostrándome un par de casquillos de fusil.

-¿Dónde has conseguido esto?- pregunté.

-En las cercanías de la ciudad de Piura, donde los soldados efectuaron maniobras durante la semana pasada- respondió.

-¿Tú has vuelto a Apu desde que nos vimos la última vez?- pregunté a Ivanka como para cambiar de tema.

-Yo si, regresé ayer; pero ellos vienen por primera vez a la Tierra. Hemos llegado juntos.

-¿Les ha gustado la vida terrestre? ¿Qué dicen? ¿Mejorará o continuará así?

-Lo fundamental, amigo, para la vida de los seres, aquí en la Tierra y en cualquier parte del universo, es la unión, el trabajo, el estudio y la paz; sin estos factores sólo hay sacrificios pero no vida Para obtener esta esencia que alimenta la vida, los terrestres deben reemplazar el dinero, la agresión y el egoísmo, por esos factores.

-¡Eliminar el dinero!- pensé... Solté una carcajada. Ellos sonrieron también; comprendí que sus sonrisas estaban inspiradas por mi incomprensión, egoísmo y burla; eso no me agradó. Me acordé de la mofa del sargento e intenté disculparme:

-Perdónenme, es que mi forma de pensar es diferente y -según ustedes- tengo derecho de expresar mi opinión.

-No lo olvidaremos, amigo- contestaron los tres casi en conjunto. Ivanka sonrió y mirándome agregó:

-Estás progresando. Sólo los sinceros intentan corregirse reconociendo su error- subrayó. Hubo un pequeño silencio. Miré mi reloj. Eran las seis de la tarde. Me puse de pie con la intención de despedirme de los forasteros para poder regresar a Huallanca antes que oscureciera. Los tres “apunianos” e Ivanka me acompañaron hasta la puerta de la nave y partí. Afuera, el Sol descendía tras las montañas despidiéndose de los picos nevados hasta el día siguiente. Varios pastores se encontraban en grupos, a unos cientos de metros de distancia, como si esperaran mi salida. Me despedí también de ellos y tomé un camino que era -según mi opinión- el más corto posible. Uno de los campesinos me siguió y al alcanzarme dijo:

-Amigo, si va para el campamento de Huallanca, vamos juntos porque yo también voy allá.

-Está bien, amigo, vamos- le respondí con agrado, pues sentía aburrimiento y tenía deseos de hablar con un terrestre “legítimo”.

-Entonces, vamos por aquí, porque ese camino que usted ha escogido es más largo, desvía hacia la derecha alejándose demasiado.

-Vamos por donde quiera, pero, por favor, apúrese, tengo prisa...

-¿Qué le parecieron los visitantes?, sé que han conversado largo rato.

-Sí, demasiado- respondí por cortesía.

-Son buena gente. Saben muchas cosas y son sencillísimos- subrayó con el acento del lugar.

-¿Cuál es tu nombre?- pregunté

-Manuel- respondió.

-Sabes, Manuel, me da que pensar por qué y de dónde viene esa “gente buena” a este lugar tan abrupto y solitario. Por casualidad, ¿sabes de qué nacionalidad son?- le pregunté para sondear su opinión.

-¿Cómo? ¿No le han dicho que son extraterrestres?

-Sí, pero, ¡a quién pretenden engañar con ese cuento!

-No es cuento, señor. Ellos dicen a todo el mundo que son extraterrestres, que vienen del planeta Apu, ubicado fuera de nuestra galaxia. Son personas muy buenas y pueden hacer todo lo que desean- subrayó. Me di cuenta que Manuel pensaba como sus demás vecinos y al verme fracasado en mi intento de obtener datos -según mi opinión verídicos- sobre la identidad de los visitantes, me callé. No hablamos de nada más hasta que nos despedimos en la ciudad de Huallanca.

Como de costumbre, con nadie podía hablar de aquellas rarezas, y me incorporé a mi turno de trabajo, que aquel día empezaba a las veinte horas. A pesar de las sorpresas, burlas, dudas y muy poco crédito a lo que estaba experimentando, mi deseo de seguir averiguando hasta descubrir quiénes eran aquellos extraños, seguía fiel a la decisión tomada desde un principio. Basándome en las declaraciones de los pastores, de los campesinos y de los trabajadores que a veces me acompañaban, lo único de lo que pude asegurarme fue que la presencia de esos forasteros era real, más si eran terrestres o extraterrestres y cuál era la causa de su visita, quedaba por averiguarse. Pero a pesar de todo, empecé a meditar

sobre el comportamiento de los forasteros en relación a mi denuncia en su contra. Si aquellos seres hubieran sido habitantes de la Tierra, cualquiera que fuese el motivo de su visita, se habrían mostrado ofendidos por mi acusación ante la policía, para que les sometieran a una investigación. Eso irritaría a cualquier terrícola. Pero ellos se sentían indiferentes ante mis propósitos. Al contrario, mi denuncia les había provocado tanta alegría, como si en su lugar les hubiera traído ramos de flores para agasjarlos. En su opinión, yo intentaba descubrir la verdad sobre ellos, y eso les causaba una admiración especial. Llegué a la conclusión que ningún terrícola se hubiera portado de tal manera, y que esa finura, tranquilidad y elogio a mi actitud amenazadora, sólo podían mantenerla seres positivos, de poderes extraordinarios para conocer los pensamientos de los demás y un elevado concepto sobre el amor, el trabajo y el estudio. Por primera vez tomé en serio la posibilidad de que aquellos visitantes pudieran ser habitantes de un planeta lejano en el que no había egoísmo, miedo, agresividad ni malas intenciones, y sentí arrepentimiento por las actitudes que había tenido hacia ellos hasta ese momento.

## **DOMINGO 21 DE AGOSTO DE 1960**

Habían pasado varias semanas desde que junto con Ivanka habíamos visto, en la pantalla del tiempo, la construcción de la ciudad del Cuzco y el desastre originado por las tempestades, provocadas irresponsablemente por el instinto egoísta del hombre, cualidad negativa de los habitantes de la Tierra, origen de todo lo que sigue maltratando a la humanidad e impide la unión, la evolución y el amor entre los seres. Por los continuos encuentros con los foráneos, ya me había familiarizado con sus adelantos, la vida de su planeta y del universo, y hasta había empezado a dar crédito a ciertas afirmaciones suyas que coincidían con algunos acontecimientos ocurridos en la Tierra en épocas diferentes. A pesar que no podía asegurar si eran terrestres o extraterrestres y no sabía con qué clase de gente estaba tratando, su modo de querer y respetar a los semejantes y a todo los demás seres, originaba en mí la pequeña certeza de que no estaban haciendo daño a nadie y que no intentaban persuadir para que se creyera su procedencia. Durante el mes de Julio y la primera mitad de agosto, había tenido cinco encuentros con ellos, pero en ninguno vi a Ivanka. Me había acostumbrado a conversar con ella, y -fuese en broma o en serio- le tenía más confianza que a sus compañeros. Una de las cosas que más me inquietaba, era la incertidumbre respecto a la existencia y ubicación de las ruinas sepultadas en los nevados Champara.

Mi intención era ver aquella misteriosa y gigantesca construcción con mis propios ojos, sin valirme de pantallas, proyecciones ni dimensiones desconocidas que más originan desconfianza que certeza. Estas inquietudes me impulsaron a realizar mi exploración aquel domingo 21 de agosto, por las faldas de los nevados del Champara. El día anterior conversé del asunto con mi amigo Quispe. Acordamos partir en las primeras horas de la madrugada, para quedarnos el mayor tiempo posible allá en las montañas. Partimos antes del alba y nos dirigimos por las alturas de la orilla derecha del río Kitaraksa. Como siempre, no pensábamos encontrarnos con los extraños y por eso no comentamos del asunto. La salida del Sol nos encontró en una planicie a más de tres mil metros sobre el nivel del mar. Nos sentamos sobre un peñasco para descansar, observando los alrededores con el prismático que Quispe se había prestado de un familiar.

-Tome el binocular- dijo mi compañero extrayéndolo de su funda.

-Úsalo tú, gracias- le contesté, pues me sentía bastante cansado porque la caminata había sido larga y agitada, ya que nuestro propósito era encontrarnos en las alturas a la salida del Sol. El se sentó a mi lado y empezó a observar.

-¡Allí están nuestros amigos!- exclamó Quispe de repente.

-¿A quién te refieres?- le pregunté, porque no estaba seguro si me estaba hablando de los pastores o de los visitantes.

-Esos a los que usted llama “extraños” están aterrizando con un avioncito muy brillante. ¿Quiere ver?

-No me interesa, sigue viendo y después, cuando aterricen, vamos a verlos- repliqué y miré casualmente hacia el final de la planicie. De pronto vi a una nave posándose sobre el suelo.

-¡Acaban de aterrizar, señor!- exclamó mi acompañante.

-Sí, Quispe, los vi, vamos a visitarlos, ¿qué te parece?

-Vamos, señor, alístese- respondió él poniendo su prismático en la funda. Cogí mi zurrón y partimos. Cuando nos acercamos a la máquina, su puerta ya estaba abierta. Una mujer y un hombre salieron de la nave. Al hombre nunca lo había visto, pero reconocí a la mujer: era Ivanka. Sentí deseos de hablarle y me dirigí hacia ellos.

-Hola, amigo, “Todo por los demás” - dijo ella al verme y me extendió la mano.

-Hola, paisana- le respondí bromeando. Ella sonrió. Me tocó el hombro como perdonando mi comportamiento y luego dijo:

-Te presento a un nuevo amigo que esta vez me está acompañando, se llama Zay\*.

-Mucho gusto- dije cortésmente y le extendí la mano. El hizo lo mismo, pronunciando su nombre.

-Este es un apuniano que ha vivido en la Tierra en varias épocas, como terrícola, positivando a los terrestres. En una ocasión vivió bajo el nombre de Jesús.- Quispe se arrodilló.

-¿Acaso éste fue Jesucristo?- pregunté sorprendido.

-Sí, amigo- respondió Ivanka afirmativamente.

Su respuesta me resultó tan rara y burlona que solté una carcajada. Reí en toda voz, como si me encontrase en un circo. Quispe empezó a persignarse.

-¿Qué cosas veré hoy por las pantallas del tiempo estando al lado de Nuestro Señor Jesucristo!- pensé irónicamente.

-Eres sincero, amigo- me dijo Zay tomándose el brazo mientras nos acercábamos a la nave, después que hizo una seña a Quispe para que se levantara. En eso la escalera bajó y empezamos a subir. Ivanka pisó la escalera, luego Zay y Quispe; yo los seguí. Entramos en la nave y nos sentamos. Zay se sentó en el sillón, a mi lado derecho, Ivanka frente a mí, y Quispe a su lado-. Comprendo tu intranquilidad, nuestros encuentros son siempre casuales, por eso sorprenden. Trata de soportarlos con tranquilidad para hacerlos más positivos -me dijo Zay cortésmente-. Han pasado unos quinientos millones de años terrestres desde que los fenómenos espaciales han dificultado a los apunianos la visita frecuente a la Tierra. Recién, ha comienzos de siglo, la galaxia a que pertenece la Tierra ha entrado en la zona positiva favorable a la navegación de nuestras naves y ciudades volantes. Muchos problemas de la vida terrestre estarían resueltos si se hubiera podido venir sin dificultades. Uno de los motivos de nuestras actuales frecuentes visitas, es el de positivar la mente de los hombres para que mediten y solucionen sus problemas con la razón y no con la guerra. Con muchas dificultades he venido a la Tierra en diversas épocas, después del diluvio, para colaborar con los terrícolas-subrayó.

-¿Cuántas veces has vivido en la Tierra con nombres de Terrícolas?

-le pregunté.

-Quinientas cuatro, amigo- respondió él y empezó a contarme la historia de algunas...

Mientras el apuniano narraba los episodios de su permanencia entre los terrestres, yo empecé a sentir un alivio inexplicable. No sé a qué atribuir aquella extraña manifestación, pero ya no sentía alteraciones ni sorpresas, y los extraños me parecían tan naturales como si con ellos hubiera vivido toda mi vida. En las oportunidades anteriores, cuando me encontraba en sus naves, la única sensación agradable que sentía mis células era por la des gravitación, pero ahora todo lo que veía o escuchaba me originaba un contento inexplicable. Más, a pesar de todo, ese agrado no neutralizó por completo la impresión de que los forasteros

me habían hipnotizado para suavizar mi actitud reticente hacia sus actividades. Intenté reforzar mi rebeldía anterior, pero no logre conseguir nada. Mi organismo seguía alegre y agradado como nunca antes. Miré a Quispe con la intención de preguntarle si él también se sentía así; comprendió mi mirada y antes que yo hablara me respondió:

-Es algo extraordinario, señor, jamás me he sentido así.

Por su contestación sospeché que nos habían hipnotizado de alguna manera, y empecé a cambiar de opinión. Unos minutos después, esta idea no me venía a la mente y volví a sentirme como si me encontrase entre mis amigos de infancia. Sonreí y presté atención a la pantalla que proyectaba la vida del apuniano Zay en la Tierra, vivida, según él, bajo el nombre de Jesucristo. Siguiendo detalles, pormenores de su niñez, apareció una escena en la que él se encontraba entre niños de su barrio, amarrando con un hilo hojas secas de los árboles, hasta componer una sarta con la que formaron un cuadrado de varios decímetros; luego amarró uno de los extremos a un hilo largo, tomó el extremo libre del hilo entre sus dedos y empezó a correr. Eso hacía que la sarta de hojas se levantara del suelo como una pequeña cometa, lo que ocasionaba la admiración de todos los observadores. A mí me causó gracia y reí.

-Fue una de las demostraciones con la cual buscaba inspirar ideas en el hombre, con el objeto que pensara construir máquinas voladoras - dijo Zay mirándome-. Durante cientos de miles de años, los fenómenos espaciales apenas permitieron venir a la Tierra algunas veces, porque esta galaxia se encontraba en zonas nocivas para las células. Durante esa interrupción, las anomalías cósmicas influyeron tanto sobre el hombre, que lo sumieron en el retraso por billones de años. Urgía, pues, despertar a los minius de sus células, para que el hombre empezara a evolucionar y recuperara sus facultades y poderes temporalmente desactivados. A esos pequeños intentos, como el que acabamos de ver, se deben los resultados de la tecnificación actual y futura de la sociedad terrestre- subrayó Zay.

-Sin embargo, no se ha conseguido muchos adelantos científicos positivos- le interrumpí.

-Se ha progresado bastante, amigo. El hombre, en los últimos siglos, ha logrado un admirable avance científico. Los terrícolas están descomponiendo el átomo y así se acercan al minius, el principal factor de la existencia. Tienen máquinas voladoras y de las que viajan sobre y debajo del agua. Tienen industrias que producen vitaminas positivas -que ustedes llaman “medicinas”- para con ellas fortalecer las células hasta cierto punto, y están empezando a construir máquinas para vuelos espaciales, semejantes a las nuestras.

-¿Acaso me vas a decir que los hombres están fabricando platillos voladores como los que tienen ustedes?- le dije riéndome en son de burla.

-Como los nuestros, exactamente, no; pero muy semejantes, sí. Este es el más reciente descubrimiento de los terrestres, por eso no está divulgado, y, además, a estas máquinas les falta todavía perfeccionar varios detalles. Observa la pantalla y te darás cuenta de todo- sugirió Zay amablemente.

Miré en la pantalla y vi algo insólito. Aquel misterioso aparato mostró un lugar de la Tierra, con bosques y praderas, en el que se veían gigantescos arsenales y decenas de vehículos en forma de platillos, semejantes a los que yo había visto en mis encuentros anteriores con los extraños. Algunos estaban terminados, otros en fabricación y a unos cuantos los pilotos los estaban sometiendo a pruebas de vuelo, zigzagueando entre las quebradas, montañas, bosques y campos. Aquellas máquinas tenían forma y color idéntico a las naves que había visto en mis dos primeros encuentros con los forasteros y volaban a una velocidad muy considerable, pero su iluminación y el zigzagueo eran muy inferiores. Ese espectáculo me asombró. En mi pensamiento llegué a la conclusión que los extraños visitantes podrían ser espías de esa parte de la Tierra en la cual acababa de ver aquella rara industria. Me quedé en silencio. Mi alteración por la sorpresa, era tan grande que todo eso me

parecía una pesadilla onírica. Zay interpretó mi pensamiento y poniendo su mano sobre mi hombro, dijo:

-No te alteres, amigo, los hombres han iniciado nuevas épocas, y por eso estamos acá, entre ellos. Existe la posibilidad que dentro de pocos siglos, los terrícolas y los apunianos vivamos como una sola familia.

-Dijiste que los vehículos en forma de platillos, fabricados por los terrestres, son inferiores a los apunianos en velocidad. ¿Podrías decirme las otras diferencias?- interrogué por curiosidad.

-Sí, por qué no. La velocidad de las máquinas fabricadas por los terrestres es apenas unas decenas de veces superior a la del sonido, mientras que las de los apunianos vuelan a cientos de millones de kilómetros por segundo. Las fabricadas por los hombres todavía no han dominado la desgravitación y dejan huellas donde se posan. Además, no tienen pantallas del tiempo ni aparatos para la desintegración e integración; tampoco iluminación positiva ni otros complementos indispensables para viajes intergalácticos perfectos. Más todas esas deficiencias serán superadas por el hombre en un futuro próximo. Y si decide sinceramente practicar la paz y la unión fraternal, para poder dedicarse por completo al estudio y al trabajo, lo conseguirá muy pronto. Observa los sucesos del futuro. Mira éste, por ejemplo- dijo señalándome la pantalla. Miré hacia allá y vi un suceso no menos sorprendente que el primero: los hombres en sus máquinas volaron hasta la Luna y se posaron en su superficie. A continuación vi ciudades volantes dirigidas por los hombres para explorar el espacio, la visita, descenso y poblamiento de otros planetas, viajes por las galaxias, la lucha de clases en la Tierra, la desorganización del trabajo y del estudio, originada por la negatividad del dinero, y también vi una nueva organización de la sociedad terrestre, que puso fin al sufrimiento y lo convirtió en bienestar positivamente irradiado por la unión, igualdad y armonía entre todos los seres. La difícil vida terrestre se transformó de repente en un poderoso generador que iluminaba con sabiduría a nuestra galaxia y al universo. Mientras frente a mis ojos desfilaban las escenas positivas y negativas del futuro de los habitantes de la Tierra, guerras y adelantos, donde surgían los hombres

con ideas y hechos creativos y favorables al bien para la vida y que por eso morían asesinados, sentí angustia, y sin poder dar crédito a lo que acababa de ver, suspiré preguntándome “¿Llegará el día en que los humanos sean amigos los unos de los otros?”

-Te aseguro que vendrá. Demorará tal vez, habrá luchas y dificultades, pero la unión y el amor de los seres pondrán un día fin a toda desunión y disgregación- subrayó Zay.

Quispe se persignó. Ivanka lo miró, sonrió y dijo:

-Espero que no te hayas asustado de lo que has visto y si no tienes miedo seguiremos viendo más sucesos, ahora de esta zona- acentuó mirándome fijamente.

-No me asustaré, amiga. No importa que yo sea foráneo; me gustaría ver el futuro de esta región porque la quiero como si fuera mi tierra natal- suplicó él.

-Entonces, allí lo tienes- señaló Ivanka. De pronto, en la pantalla apareció la zona del Callejón de Huaylas. Luego el río Santa mostró su misteriosa cuenca con las ciento sesenta lagunas celosamente resguardadas por los picos nevados de la Cordillera Blanca. A continuación desfilaron los cataclismos que había soportado esa zona en el pasado, desde la explosión del planeta Apu que originó la formación de muchas galaxias. Después de hacernos ver las catástrofes pasadas, la pantalla del tiempo nos mostró las alteraciones que aquella región sufriría en el futuro. Una avalancha, originada por el desprendimiento de un casquete glaciar del Huascarán, arrastró al pueblo de Ranrahirca. A continuación apareció otro gigantesco alud del nevado del Huascarán, que al rodar por la tierra de temperatura abrigada, originó un huayco aterrador, el cual arrastraba piedras, árboles y rocas. Llenó de lodo las quebradas y sepultó en su camino a la ciudad de Yungay y a muchos miles de personas. Luego, en la pantalla del tiempo surgió algo espantoso: un terremoto sacudía la Cordillera Blanca, la nieve se derrumbaba y las aguas de las lagunas se desbordaban originando un

terrorífico aluvión que arrasó todo el territorio. Un triste y desesperante panorama reemplazó al hermoso paisaje de las aldeas y ciudades andinas. En el lugar donde habían existido plazas, parques y bellezas naturales, obras maestras de las civilizaciones inca y europea, se veían ahora rocas y barrancos que asustaban. Aquella escena me horrorizó. Miré a Zay y le pregunté consternado:

-¿Se puede evitar esa catástrofe?

-Sí, con una sincera decisión de los hombres se lograría prevenir ése y los otros cataclismos.

-¡¿Cómo?!- interrogué.

Zay se quedó pensativo unos instantes; luego respondió:

-Organizando una evacuación de todas las ciudades y aldeas que se encuentran en la región; luego se tendría que fundir los nevados con productos químicos o bombardearlos, y después, cuando termine el huayco, reforzar los bordes de las lagunas y poblar la zona de nuevo. Sé que eso es trabajoso, pero también es el único modo de evitar la catástrofe y posibilitar la tranquila vida futura en esa región, durante miles de años.

-¿Podrían ustedes impedir esa destrucción?

-En caso de encontrarnos acá cuando ocurra, sí. Lo hemos impedido varias veces, pero si estuviéremos en otro lugar en el espacio, no estará a nuestro alcance. Los obstáculos para la vida existen en todas partes del universo -continuó Zay-. Ellos, igual que los seres, son producto de casualidades. De pronto surgen, se manifiestan, actúan y se transforman. Más a nosotros, los que estamos soportando su negatividad, nos toca conocerlos científicamente para poder corregirlos. El planeta Apu también ha sufrido un sinnúmero de daños causados por fenómenos naturales y los seguiría sufriendo aún, si no nos hubiéramos esforzado en investigar para encontrar las soluciones. En Apu tenemos un conjunto de

sabios que se dedican a estudiar, conocer y corregir los fenómenos negativos que afectan de uno u otro modo la vida en la galaxia. Para proteger la vida estamos obligados a una vigilancia permanente y a realizar trabajos especiales, tales como desinfectar el espacio, controlar las manifestaciones atmosféricas y la iluminación, regenerar las especies por medio de la fecundación de células obtenidas por síntesis química...

-¿Qué significa “regenerar las especies”, amigo?- pregunté a Zay por curiosidad.

-Las galaxias, durante sus viajes por el espacio, pasan por zonas negativas que atacan a las células en diferentes formas. Las consecuencias de esto empiezan a manifestarse después con decadencias diversas, psíquicas y físicas, que luego de un tiempo influyen en los componentes genéticos, lo cual es problemático de corregir.

-¿Cómo resuelven esa dificultad, entonces?

-Me agrada responderte, amigo -contestó Zay-. El que pregunta tiene interés por saber y eso es una cualidad positiva- recalcó. Luego prosiguió: La única manera de corregir ese fenómeno es la reproducción artificial de los seres.

-¿Cómo se logra eso?

-La sociedad apuniana practica dos maneras de procreación: una por el coito, en la Tierra considerado placer individual, y otra es por procedimiento artificial, mediante las células pro creativas producidas en laboratorio\*. En sus dos formas, la procreación es lo más sagrado para los apunianos, porque es una creación celular -subrayó-. Sigue viendo la pantalla, amigo- prosiguió Zay. Yo obedecí. En ella apareció un laboratorio equipado con unos aparatos para mí desconocidos. Un hombre de aspecto agradable, manipulaba instrumentos y mezclaba ingredientes en un envase de un material parecido a la esponja, que tenía la forma de un enorme riñón posicionado horizontalmente, y luego lo depositó en otro aparato de paredes transparentes.

-¿Para qué sirve este artefacto?- dije de repente.

-Es la máquina acondicionada para la gestación de los futuros bebés- respondió Zay. Estos aparatos –continuó- se encuentran impregnados densamente de iones positivos y son mucho más efectivos para el perfecto desarrollo del feto que el útero- subrayó.

-¡Mire, señor!- exclamó Quispe de repente, señalándome la pantalla. Le obedecí y vi que el operador del laboratorio extraía de aquella rara bolsa un hermoso bebé. A continuación, los hombres y mujeres empezaron a entrar al laboratorio rindiendo un afectuoso saludo, con sonrisas, besos y otras muestras de cariño al nuevo ciudadano. “¡Qué tal costumbre de recibir al recién nacido!”, medité en silencio.

-Así recibimos a los niños cuando nacen- dijo Zay cómo respondiendo a mi pensamiento. Un niño, en Apu, es considerado hijo de todos por igual- subrayó.

-¿Te estás refiriendo, amigo, a los que nacen procreados artificialmente?- pregunté.

-A todos; la forma de procreación no influye en este sentir- respondió él.

-¿O sea que allá no existe amor paternal?- interrogué con énfasis.

-Sí, amigo, existe con mucha intensidad: cada apuniano, mujer o varón, quiere y acaricia con idéntico afecto a cualquier niño, porque él es el más tierno ciudadano de la sociedad y ésta le brinda su afecto imparcial- terminó. Pensé en mi hija. A pesar que el sentir afecto por los demás es la suprema cualidad de los seres, aquella costumbre no me gustó. Zay interpretó mi pensamiento, sonrió y mirándome dijo:

-Tienes derecho a opinar según la inspiración que generan tus células, amigo; pero esa es la manera más positiva: querer a todos los seres como a nosotros mismos, es la misión para la que nacemos- afirmó.

Las palabras de Zay suavizaron de repente mi descontento y empecé a admitir la rara costumbre de los forasteros sobre los niños y la vida. “El que es capaz de compartir con los hijos ajenos el cariño que siente por los suyos, está cumpliendo la noble misión para la cual ha nacido”, pensé recordando las palabras de Zay.

Mientras el Sol avanzaba hacia el poniente, dando fin a aquel día en cuyo transcurso había visto tantos sucesos insólitos que me creaban diversos estados de ánimo, me puse a meditar sobre cada uno de ellos y llegué a la conclusión que los visitantes nos habían hipnotizado para jugar con nosotros. Era pues, imposible admitir conscientemente, en el año mil novecientos sesenta, que el hombre fuera a descender en la Luna, que estuviera fabricando platillos voladores, que en los años próximos ciertos hombres -que en ese tiempo eran sólo simples ciudadanos- se convertirían en los guías positivos de sus pueblos y que por eso morirían trágicamente. Yo no podía admitir que la nieve del Huascarán originara un alud tan gigantesco que sobrepasara los altos cerros para tragarse a la ciudad de Yungay en pocos segundos. ¡Quién podría dar crédito a esos pensamientos, utópicos en aquel momento!

Me invadió una sensación de asombro y a pesar de todo pensé que si tuviera la aptitud, escribiría una constancia de todo aquello, en forma de libro, como recuerdo de un sueño. Zay sonrió y con tono suave me dijo:

-Amigo mío, ten la seguridad que si lo deseas sinceramente, tú podrás escribir libros y crónicas. Solté una carcajada. Esa afirmación me pareció tan inverosímil como todo lo demás. Me era tan difícil decidirme a escribir una carta a mis familiares ¡y cómo podría creer que estaba en condiciones de escribir un libro! Reí otra vez. Quispe me miró enojado. Mi comportamiento no le pareció correcto y me sugirió que corrigiera mi conducta. Estallé en risa otra vez. Miré el reloj. Al descubrir que eran las dieciocho y treinta, me paré para regresar a Huallanca. Quispe me siguió, nos despedimos y partimos. En el camino no hablé con Quispe de nada. Las escenas que había visto en la pantalla del tiempo, me conmovieron tanto que no tenía ganas de conversar. Cuando me despedí de Quispe,

sentí deseos de comprar lápiz y cuaderno. Me sorprendí pues nunca antes había tenido ganas de escribir. Apenas llegué a la ciudad me fui a la tienda y compré un lápiz y un cuaderno de doscientas hojas. Al caer la noche empecé a anotar algunos datos de las escenas que había visto en la pantalla. Mi esposa se acercó y creyendo que se trataba de mis anotaciones del trabajo, que acostumbraba hacer, me sugirió que descansara.

-¿Sabes, Mila? -le dije-, esta vez no se trata de los apuntes del trabajo.

-Entonces ¿qué estás haciendo?

-Voy a escribir un libro y esto es el comienzo- respondí. Ella empezó a reírse con burla; nos reímos los dos largo rato. No le conté nada de lo que había experimentado, pero sentí un impulso inexplicable de escribir. Al día siguiente medité sobre el destino del Callejón de Huaylas y decidí viajar próximamente a la ciudad de Yungay, distante decenas de kilómetros, para contar al juez del pueblo lo que había visto en la pantalla.

Esperé hasta el jueves 25 de agosto, que era mi día de descanso, me alisté temprano y me fui. Llegué a la ciudad de Yungay antes del mediodía. Me dirigí a la comisaría para que me indicaran la dirección de la oficina del juez, porque pensaba que éste era el único personaje al cual podrían obedecer todos los ciudadanos para tomar medidas ante la catástrofe que había visto en la pantalla.

Un cabo me recibió atentamente. Después de invitarme a entrar me preguntó:

-¿En qué le podemos servir, señor?

-Necesito la dirección de un juez. ¿Conoce usted alguno?

-Si, señor- respondió el cabo, se paró en la puerta de la comisaría y extendiendo la mano me dijo: Allá, en esa calle, por el hotel, está la oficina del juez Osorio, él va a atenderlo, es un juez muy instruido. Además, dicen que tiene muchos amigos jueces en el Palacio de Justicia de Lima; cualquier caso él lo puede resolver sin dificultad.

-Gracias, amigo- contesté al cabo y me dirigí hacia el lugar señalado. El Sol se encontraba al centro del cielo y las casas no proyectaban sombras en las calles. Las mujeres regresaban del mercado con canastas llenas de verduras y se apuraban para iniciar la preparación del almuerzo. Los niños correteaban por las calles jugando con los perros que les perseguían, y en la plazuela un grupo de jóvenes, hombres y mujeres, estaban reunidos en círculo alrededor de un violinista que tocaba canciones vernaculares del lugar.

Allá arriba, en las faldas del imponente Huandoy, se escuchaba los balidos de las ovejas, acompañados por el agudo sonido de una quena que algún pastor tocaba para alegrarse. Y mientras admiraba las bellezas naturales de aquel lugar, compuestas por huertas floreadas, campos sembrados; parques y nevados, me encontré frente a la oficina del juez Osorio. La puerta estaba abierta; entré sin tocar. Adentro, dos escritorios de madera, cuatro sillas y un hombre sentado tras un escritorio, frente a la puerta de entrada. De las paredes pendían varios diplomas de estudios y una imagen de Jesucristo. El hombre que se encontraba sentado, hojeaba un voluminoso libro de carátula gruesa y de vez en cuando hacía algunas anotaciones en sus páginas. Cuando entré, levantó la cabeza y como si no le importara mi presencia dijo:

-Pase adelante y tome asiento- obedecí y me senté frente a él. Después de algunos minutos levantó la cabeza, me miró mostrando mucho aburrimiento y de mala gana me preguntó: ¿Qué desea usted?

-Disculpe, señor, quisiera hablar con el juez Osorio- le respondí.

-El juez Osorio soy yo. ¿Qué quiere?

Empecé a contarle lo que había visto en la pantalla. En un principio el juez no prestó atención a mi relato, pero luego dejó de hojear su libro y comenzó a ponerse nervioso, como si a su oficina hubiera entrado una fiera salvaje. Permaneció alerta hasta que acabé. Me di cuenta que mi presencia interrumpía su trabajo y eso me incomodó. El comprendió mi preocupación. Se mostró un poco aliviado, me miró a los ojos y luego, en tono suave, me dijo:

-Escuche, amigo: entre el nevado del Huascarán y la ciudad de Yungay, hay un cerro cuya altura suma cientos de metros, y entre el cerro y el Huascarán hay una extensa quebrada. Si se derrumbaran cinco Huascaranes, con tierra, piedras y nieve, no alcanzarían a llenarla y mucho menos rebasar el cerro para luego arrasarse la ciudad de Yungay. Me agrada que se fuera a descansar esta tarde y mañana regrese para ver lo que se podría hacer- dijo sonriendo.

En la expresión del juez encontré una respuesta burlona y comprendí que me tomaba por borracho. No quise insistir más, me paré y salí.

A pesar que me urgía regresar a Huallanca, me quedé a pernoctar en Yungay para intentar de nuevo, al día siguiente, explicar al juez la tremenda destrucción que la región podría sufrir en el futuro. Cuando amaneció me alisté y fui a la oficina del juez. Me recibió personalmente y con ánimo alegre me dijo:

-Ayer usted vino a mi oficina para contarme un desastre que sucedería a la ciudad de Yungay; no sé si hoy recuerda eso- manifestó riéndose.

-Lo que le conté ayer nunca lo olvidaré, y vengo a contarlo de nuevo. Juez Osorio, medite: supongamos que ocurriera todo lo que he contado. En esta ciudad están viviendo miles de personas, todos morirían. Haga algo que pueda salvar sus vidas por favor.

El me miró sorprendido; calló por un instante. Cogió un lápiz y golpeando con él ligeramente, me dijo:

-Señor Vich, o como se llame, ¿ha conversado usted con algún psiquiatra sobre esa destrucción de Yungay que pudiera suceder?

-No, señor juez- respondí, comprendiendo su intención.

-Yo le aconsejaría que vaya en estos días donde uno, conozco a varios buenos médicos. A veces es muy útil conversar con ellos. Ayudan mucho, porque poseen un amplio conocimiento de las cosas.

La expresión del juez me dio a entender que se burlaba de mi explicación, y además me consideraba desequilibrado mental. No intenté persuadirlo más.

En aquel instante, en mi mente apareció la terrible escena del desastre que había visto en la pantalla unos días antes. La avalancha de lodo, piedra y árboles, tragaba en su remolino a niños, mujeres y hombres, cubriéndolos completamente. Los gritos desesperados de auxilio prorrumpieron en mis oídos terroríficamente. Nada conmueve tanto el corazón humano, como ver al prójimo en desgracia y no poder ayudarlo. Sentí exasperación. Me vinieron ganas de gritar e insultar a aquel hombre que con justificada razón, no me hacía caso. Apreté los dientes y los puños con ira, y para no provocar un escándalo, intenté dominar mis nervios. Al darme cuenta que mis relatos eran considerados como producto de una mente desequilibrada y que nadie me daría crédito, me puse de pie y antes de despedirme del juez le dije:

-Ojalá que no haya motivo que le recuerde la sugerencia de este “borracho loco”; ojalá, pues, que eso no suceda, pero temo que es inevitable. Le ruego que me disculpe por la molestia y adiós.

-Adiós y que le vaya bien, no olvide ir donde un psiquiatra, eso se lo recomiendo en serio, amigo- subrayó.

-Procuraré recordarlo, señor, gracias- dije y salí...

Me dirigí a una agencia de viajes que transportaba pasajeros de Yungay a las demás ciudades del Callejón de Huaylas. Enseguida compré un pasaje para Huallanca y a las diez partimos. En el camino empezó a llover. Las ruedas del automóvil que nos llevaba, tropezaban en los baches llenos de agua empozada y los salpicones embarraban los vidrios del parabrisas, lo cual nos obligaba a detenernos frecuentemente para limpiarlos. Cuando llegamos a la ciudad de Caraz, el chofer nos comunicó que interrumpiría el viaje por algunos minutos, para abastecer al auto de agua y combustible. Se detuvo frente a un restaurant, a la entrada de la Plaza de Armas.

Tienen quince minutos a su disposición y si alguien quiere servirse algo puede salir- nos dijo amablemente. Salimos todos. Sentía cansancio y angustia; me dirigí al restaurant para tomar un refresco. Cuando llegué a la puerta me puse a observar el interior. La mayoría de las mesas estaban ya ocupadas por varios pasajeros, pero al fondo del local, al lado del mostrador, había una que la ocupaban sólo dos personas, un hombre y una mujer. Me dirigí hacia ellos. Al acercarme, los dos se levantaron. Me sorprendí por tanta cortesía y me fijé en sus rostros para agradecerles por su gesto amable. En eso sufrí una sorpresa indescriptible: eran los forasteros Zay e Ivanka. Estaban vestidos con ropa característica del lugar, usada a medias, lo que los confundía con auténticos lugareños de clase media. Ivanka me extendió su mano, Zay también, y me invitaron a sentarme. Les obedecí. Por un instante pensé que mi mente acababa de sufrir un shock psíquico y sentí miedo. Tal vez habría realizado alguna manifestación incontrolada si el mozo no hubiera llegado en ese instante trayendo tres bebidas. Me di cuenta que era realidad lo que estaba viendo y eso me tranquilizó.

-Sabemos que soportaste una burla mordaz; fue la segunda. ¿Cómo te sientes?- me preguntó Zay.

-Las burlas no son agradables, pero cuando es por el bien del prójimo. Las acepto con alegría- dije, mientras mi pensamiento continuaba afirmando que los extraños eran espías de alguna nación terrestre.

-Sufrir por los demás es la obra suprema y la razón de nuestra existencia- dijo Zay, confirmando mi pensamiento, mientras llenaba su vaso. En eso la orden del chofer para ocupar nuestros asientos interrumpió la conversación. Me despedí de Ivanka y Zay y salí...

“¿Quiénes son estos extraños y qué están buscando en el Callejón de Huaylas?” Una vez más, esa incógnita sin respuesta ocupó mi pensamiento durante el resto del camino...

### **SABADO 3 DE SETIEMBRE DE 1960**

Aquel día amaneció con lluvia. Los densos nubarrones cubrían los picos de los nevados, parecía que se habían propuesto tragarlos. En el transcurso de la semana que acababa, en el trabajo me había encontrado con un joven apellidado Velasco, procedente del pueblo de San Luis de Huari, ubicado al lado opuesto de la Cordillera Blanca en relación con el Callejón de Huaylas. Era un buen trabajador y a veces se atrevía a conversarme de la visita que los extraterrestres hacían a la Tierra. Yo no le contaba mis experiencias con ellos; más bien aparenté desconocer esos temas por completo, y le pedí que viniera el sábado para efectuar juntos una caminata por los cerros. A pesar que había amanecido nublado y con lluvia, Velasco llegó temprano a mi casa para realizar lo que habíamos acordado. Descubrí que el joven tenía muchos deseos de escalar las alturas, que había tenido encuentros con los extraños y por eso no quise interrumpir su entusiasmo de escalar cerros aquel día. Me preparé como para soportar el aguacero y partimos. A sugerencia de Velasco nos encaminamos por la región entre los ríos Cedros y Kitaraqsa, hacia las alturas de Millwaqocha.

Cuando empezamos a subir los cerros, la atmósfera comenzó a despejar. Los negros nubarrones desaparecieron y el cielo quedó cubierto de nubes aborregadas. Con aquel cambio atmosférico, nuestra caminata fue favorecida, porque no sentíamos calor ni había lluvia. Habíamos caminado ya varias horas y nos encontrábamos en una pampa ubicada al comienzo de la ribera derecha de la Quebrada de los Cedros. De pronto un zorro saltó desde un arbusto, corrió unos cientos de metros y se detuvo sobre una piedra. Nos miró como tratando de saludarnos.

-Adiós, amigo- dije riéndome y lo saludé con la mano. Velasco sonrió.

-Parece que le gustan los animales, señor...

-Para mí todos los seres tienen igual derecho a la vida y merecen ser respetados según su género. Sé que todos los que viven dentro del sistema solar son agresivos, puesto que el Sol mismo contribuye a esa negatividad. Mas eso no quita al animal el derecho de ser respetado como un ente que debe cumplir su ciclo de vida sin segregación ni desprecio de los otros.

-Usted habla raro, señor- me dijo Velasco mirándome con sorpresa.

-¿Qué de raro hay en pensar que los seres son producto de una misma fuente y que tienen igual derecho a la vida?- le pregunté para averiguar si esa opinión era producto de su pensamiento o si la había aprendido de alguien.

-Claro que es extraño para nosotros aceptar que los animales tienen igual derecho a la vida que los humanos; muy pocas personas piensan así. Usted habla como los extraterrestres. Sólo a ellos escuché decir esas cosas. El hombre es exterminador de los animales, por eso le temen- subrayó.

Por la conversación con Velasco me enteré que él también había visto a los extraños y que le habían metido en la cabeza aquellos pensamientos, para nosotros poco admisibles y opuestos a la enseñanza de que todos los animales fueron creados sólo para beneficio del hombre. Mientras meditaba sobre los misterios de la vida y el universo, vi que una aeronave de los visitantes descendía verticalmente del espacio, a una distancia de pocos cientos de metros. Era un modelo desconocido para mí. Tenía la forma de una hoja de trébol y por no haberla visto antes, me impresionó. Velasco notó mi alteración y con toda tranquilidad se puso a reír.

-¿Por qué tanta risa?- le pregunté.

-Usted se asusta de cualquier cosa, señor, estos son amigos. Claro que vienen desde lejos, pero son buenos, ellos sí quieren a todo los seres por igual. Vamos para que se dé cuenta que es cierto lo que estoy diciendo.

-Vamos, pues- dije ya andando. Después de pasar por entre unos peñascos de puntas filudas, llegamos cerca al aparato. Su puerta estaba abierta. En el suelo, al frente, estaban sentados tres forasteros. Al acercarnos descubrimos que eran mujeres. Durante los encuentros anteriores, la única extraña que había visto era Ivanka; ahora al ver que los tripulantes de la nave eran mujeres, me sorprendió. Mientras yo miraba alrededor de la nave para ubicar algún forastero hombre, suponiendo que debería ser jefe de la tripulación, Velasco ya estaba con ellas.

-Venga, señor- me dijo haciéndome una señal con la mano-. Son conocidas; ya las he visto anteriormente.

Me acerqué. Una de ellas me saludó extendiéndome la mano.

-Me llamo Key- habló.

Yo hice lo mismo y le dije mi nombre.

-Ellas son nuestras amigas, Venis y Lun- me dijo Key amablemente. Nos sentamos sobre las piedras.

-¿Te sorprendió que la nave estuviera manejada sólo por mujeres? Eso es natural en los habitantes terrestres porque la mujer aún ocupa un segundo lugar en la sociedad. En el planeta Apu, entre la mujer y el hombre hay sólo una diferencia: la anatómica. Todo los demás poderes y derechos son idénticos para el hombre y la mujer porque la vida y la reproducción pertenecen a los dos por igual- subrayó Key.

Era difícil para mí admitir aquella afirmación. A pesar que durante la Segunda Guerra Mundial me había convencido de la capacidad, inteligencia y fuerza que posee la mujer para enfrentar y solucionar las dificultades, lo que acababa de explicarme la extraña me sorprendió. “Desde la formación de nuestra sociedad, la mujer ha sido subordinada por el hombre en el ejercicio de sus facultades. Eso creó en ella un complejo de inferioridad que es indispensable eliminar por medio de prácticas educativas”, pensé. Key captó mi pensamiento y sonriendo dijo:

-Lo que estás pensando es correcto. Desde que fue interrumpida la intervención apuniana para ayudar al desarrollo de la vida terrestre, el hombre- influido por diversos fenómenos que se suman al efecto de la parte negativa de los rayos solares- se tornó egoísta y agresivo; empezó a considerar a la mujer un ser inferior, creada especialmente para darle placer individual y procrear a los hijos. Así, la discriminó, limitando su participación en el estudio y en el trabajo. Recuerdo cómo mi papá golpeaba a mi madre dos veces al día, sólo para cumplir con la costumbre del lugar y sin que ella cometiera ninguna falta en su comportamiento.

-¿¡Cómo!? ¿Quieres decir que los apunianos también pegan a sus mujeres?- pregunté sorprendido.

-No, amigo, en Apu no hay agresión ni peleas. Allá, las personas, animales y plantas, viven en la más perfecta armonía y todos sienten el dolor ajeno como si fuese propio. Yo estoy hablando de la vida terrestre, porque yo nací y viví en la Tierra veintiún años.

La respuesta de Key me sorprendió. Pensé que quería burlarse; me irrité.

-¿Dónde naciste?- le pregunté riendo irónicamente.

-En la ciudad de París, el mes de febrero del año 1850. Soy hija de una familia judía apellidada Vossen. Sé que no lo creerás, es lógico, pero esa es la verdad.

-¿Cómo fuiste a Apu, Key?

-Participé en los sucesos de la Comuna de Paris y caí prisionera en Versalles. El día 28 de abril de 1871, los verdugos de la prisión atravesaron mis senos con dos palos afilados, luego ataron una soga a los extremos de los palos y así me colgaron de un árbol, para martirizarme. Quedé inconsciente. Lo último que recuerdo fue el mortífero dolor originado por los palos que atravesaban mis senos. Un apuniano, Pedro, pasó por aquel lugar, cortó la soga y me transportó a Apu. Cuando desperté me encontraba entre gente desconocida. Todo lo que veía alrededor me era muy raro y agradable a la vez. Me parecía estar soñando. Pero luego, según me recuperaba, las cosas me resultaban más familiares. Unos meses después de sanar, había logrado acostumbrarme a la vida de la sociedad apuniana. La mayor sorpresa para mí, fue cuando me enteré que aquella sociedad vivía sin agresión, guerras, egoísmo y sin dinero. Antes de cumplir un año de vivir en Apu, ya ejercía varios poderes mentales, desconocidos y “sobrenaturales” para nosotros los terrícolas.

-Dime, Key; ¿cuál es la causa que origina el interés de los apunianos en venir a la Tierra tan frecuentemente?- pregunté con la intención de comparar su declaración con las de los otros.

-Amigo mío -me dijo Key mirándome en los ojos-, los apunianos sólo interrumpirán sus viajes por el espacio cuando todos los seres que lo pueblan logren la unión fraternal sin egoísmo, agresión ni explotación, y se organicen para trabajar y estudiar en paz. A los terrícolas que estamos viviendo en Apu, nos agrada hacer visitas a nuestros hermanos de la Tierra y ayudarles para que se unan y logren el pronto desarrollo de los poderes mentales que poseen y que los han perdido por no practicarlos.

-Me parece que nos están ayudando demasiado -dije burlonamente-... La Primera Guerra Mundial acabó con varios millones de seres humanos, la Segunda con decenas de millones y si viene la Tercera, tal vez acabará con toda la humanidad, y ustedes... viajando por

el espacio... A lo mejor un día, cuando regresen a la Tierra, encontrarán pulverizado todo lo que en ella exista.

-Tienes derecho de opinar así- afirmó Key-. Expresar los pensamientos tal como los origina las células, es muy positivo. Entre los terrestres no se puede hablar siempre lo que se piensa porque incita al egoísmo, pero entre nosotros expresar pensamientos espontáneos es de suma importancia. En la Primera Guerra Mundial, los hombres se destruían con cañones, fusiles y ametralladoras; en la Segunda con bombardeos desde el aire. Al final ensayaron el poder destructivo de la bomba atómica, y pronto se convertirán en armamentos los más importantes descubrimientos científicos. La vida terrestre siempre estará en peligro hasta que los hombres se tornen altruistas y se unan para corregir los fenómenos espaciales y terrestres. Tú ya viste, en la pantalla del tiempo, las destrucciones de la Tierra ocurridas anteriormente. A pesar de todo, nosotros los apunianos estamos empeñados en que eso no vuelva a ocurrir. Se ha logrado organizar entidades colectivas que irradian fuerza positiva, altruista, para unir a los hombres, detener las agresiones egoístas y reemplazarlas con el trabajo y el estudio.

-¿A qué entidades te refieres?- le pregunté poniéndome serio.

-A las Naciones Unidas, por ejemplo- respondió Key en tono suave.

-Es demasiada fantasía creer que ustedes han influido en la formación de las Naciones Unidas, pero a pesar de todo me agradecería saber cómo lo han hecho.

-Ciertamente nadie está obligado a creer en ninguno de nuestros relatos, pero así sucedió. Esto lo va explicar nuestra amiga Lun, porque ese fue su trabajo- replicó Key dando una señal a su compañera para que se aproximara. Lun se acercó en compañía de Velasco. Nuestro amigo quiere juzgarte por tu influencia en la formación de las Naciones Unidas- dijo bromeando, Key a Lun, mientras ésta se sentaba frente a mí.

-Realizar trabajos positivos para los demás es la obra superior y la razón por la cual existimos; no tenemos ninguna acusación ni la sentencia que pueda venir después- explicó Lun sonriendo.

-Key acaba de decirme que tú inspiraste la creación de las Naciones Unidas; te agradecería que me contaras tu “trabajo de bruja” al iniciar una obra tan positiva para los seres de nuestro planeta- dije con curiosidad.

-Velasco me miró con gesto de enojo. Key cogió un perrito y empezó a acariciarlo. Venis explicaba a los campesinos la positividad que tienen los perros, los caballos y delfines. Lun enderezó una brizna de hierba, doblada por la pisada de alguien, me miró y luego habló:

-Sé que mi relato originará tu burla, más eso no me incomodará en nada por que es natural que no lo creas. No es mi intención el persuadirte. Aceptar por cierta cualquier referencia, sin haber comprobado el por qué por medio de las vivencias o del estudio, sería presionar a las células cerebrales, torturándolas con el fin de que cedan a lo que para ellas es injustificado, desconocido y no experimentado por la práctica o el razonamiento lógico. No es nuestro propósito maltratar a las células de ningún ser, por favor no hagas el mínimo esfuerzo de creer en lo que te contaré. Vamos a la nave para que veas en la pantalla del tiempo los sucesos mientras te los relato- me puse de pie y entramos. Ella se sentó a mi lado, Key, al frente y Velasco, a su derecha, observando una pantalla que funcionaba, Venis no subió, se quedo jugando con los perros. Lun empezó a narrar sus experiencias relacionadas con las Naciones Unidas, y una de las pantallas mostraba en detalle lo ocurrido. En el año 1582 me encontraba en la ciudad de Rotterdam, Holanda, con la intención de positivar a los ciudadanos de aquellas regiones, para que resolvieran pacíficamente los problemas que habían surgido en aquella época con España. Me empleé como sirvienta en un convento de Rotterdam. Para cumplir mi propósito era indispensable la mayor comunicación posible con la gente. Un día decidí ir a la ciudad de Delft, para de allí proseguir a la Haya, ciudad frecuentada por científicos e intelectuales. En aquella época era desacostumbrado para una mujer

viajar sola. Sirvió de casualidad a este propósito, el viaje de unos frailes que habían recibido la orden de trasladarme a un convento de la ciudad de Delft, y me propuse a aprovechar su compañía. Comunicué a la madre superiora mi deseo de trabajar con los religiosos del Delft. Ella analizó mi solicitud y la aprobó sin ningún obstáculo. Los dos frailes elegidos y yo, iniciamos los preparativos del viaje. El padre Simón, que era el abad del convento en Rotterdam, nos proporcionó caballos y una mañana del mes de julio partimos al amanecer. La ciudad de Delft dista de Rotterdam decenas de kilómetros y nuestro viaje duró un día. En aquel entonces la ciudad era muy pequeña. Había sólo una iglesia en el pueblo y en pocos minutos todos los lugareños se enteraron de nuestra llegada. Entre la gente que frecuentaba el mercado y casas comerciales donde yo hacía compras, conocí a un matrimonio de apellido Groot. La esposa estaba en cinta y yo me propuse positivar al niño utilizando los minius, para que cuando creciera guiara a los hombres en la organización de una autoridad mutua, compuesta y respetada por todas las naciones de la Tierra. Esta entidad se encargaría de impedir las agresiones de unos contra otros y de conducir a la humanidad hacia la integración de una sola familia terrestre, unida en el trabajo y en el estudio. Me hice amiga del matrimonio Groot y proseguí con mi intento. El 10 de abril de 1583, la señora Groot dio a luz un varón, el que fue bautizado con el nombre de Huig. Desde temprana edad el niño demostró poseer una inteligencia altruista, superior. Aún no había cumplido ocho años de edad cuando compuso su primer verso en latín. A los dieciséis publicó obras sobre filosofía griega y latina, lo que originó la admiración de los sabios. Su positiva enseñanza humanista, al empezar a difundirse, originó -entre los egoístas y las autoridades holandesas- un peligro que “amenazaba” sus intereses, por lo que Huig sufrió condenas, cárcel y destierro. Por fin, en el año 1625 propuso formar “Concilio Internacional”, institución integrada por todas las naciones, y trazó así un sendero hacia la unión fraternal de los hombres, que eliminarla la agresión y embellecería la vida terrestre. Mas esas ideas no lograron realizarse. En ese tiempo era difícil practicar la unión de los hombres, porque el egoísmo y la discriminación dominaban totalmente la mente humana. Aquello fue sólo un punto de partida para que los hombres meditaran sobre la positividad y belleza que originaría la amistad de la humanidad unida en una sola familia. Las ideas de Groot, o

Grocio, fueron discutidas y su realización continuó siendo deseo y problema de muchos pensadores positivos, durante el transcurso de los siglos; pero siempre chocaban con el egoísmo y la ley del “más fuerte”, producto de la organización monetaria y sus derivaciones. Las guerras fueron utilizadas como única solución a los desacuerdos creados por los intereses egoístas, y la miseria -en sus diferentes manifestaciones- maltrataba a la sociedad humana. El hombre permanecía esclavo de sí mismo. Decidí entonces intervenir positivando a los hombres para que concluyeran la obra iniciada por Groot.

-¿Cuántos años tienes, Lun?— pregunté por curiosidad.

-Tengo novecientos ochenta y cinco, amigo- respondió ella y Sabiendo que su respuesta me era sospechosa, sonrió ligeramente.

-No te preocupes, Lun. En una ocasión hablé con el apuniano Zay, que afirmaba tener un millón trece mil doce años, así que tu edad no es alarmante para mí- ella se detuvo. Calló por un instante como si hiciera un esfuerzo para creer en mi manifestación. Me pareció que intentaba hablarme de algo, pero yo le interrumpí: ¿Has nacido en Apu o en algún otro planeta del espacio?- le interrogué pensando que ella también me iba a decir que era terrícola.

-Tu pensamiento es correcto, amigo. Nací cerca de la ciudad de Londres, el año 975. Mis padres fueron irlandeses. Un día los soldados del rey Eduardo II, El Mártir, mataron a mis progenitores y a mis hermanos. Yo logré esconderme en un rincón de mi casa, bajo las monturas. Cuando prendieron fuego a la casa intenté escapar, pero las llamas alcanzaron mi rostro y quemaron mis ojos. Lo último que recuerdo de ese desastre fue el indescriptible dolor que las llamas provocaron en mi cara. Un apuniano me encontró inconsciente, cerca de las cenizas, y me recogió. Desperté en Apu. Luego, cuando sané, me enteré por las pantallas del tiempo de todo lo que ocurrió en aquel siniestro.

-¿Tu actual nombre es terrestre o apuniano?

-Mi nombre actual lo adopté en Apu, después de positivarme; el terrestre fue Leonor.

-¿Por qué adoptaste un nombre ajeno? ¿Hay algo positivo en eso?

-En Apu hay muchas mujeres que se llaman Lun, por eso me gustó -luego prosiguió-. Desde que aprendí las costumbres de la vida apuniana y desarrollé los poderes de mis células, me dedique a viajar por el espacio para ayudar a los demás. Visito la tierra continuamente y siempre encuentro a los terrícolas haciendo la guerra. Esta es la razón por la que me propuse inspirar a los hombres para que se decidan a vivir en una sola familia, unida en el trabajo y en el estudio. Al final del siglo pasado positivé a un terrícola que luego hizo tentativas importantes para la unión de los humanos.

-¿Vive ahora ese hombre?- le pregunté.

-No, murió hace ya quince años- respondió Lun-. Mira en la pantalla- sugirió en seguida.

-¿Cómo se llamó?

-Franklin Delano Roosevelt.

-¿Qué dices?- exclamé asombrado.

-Mira en la pantalla, por favor- suplicó Lun con voz suave. Miré hacia la pantalla y vi a Lun jugando al tenis con un joven bien parecido. En seguida aparecieron los nombres de los dos: Leonor Stewart, el de la dama, y Franklin Delano Roosevelt, el del joven. Pensé en el nombre del lugar. A continuación apareció una ciudad con parques, jardines y su nombre: Croton. Enmudecí de sorpresa. Cálmate, amigo, ya sabes que para los terrícolas, la vida apuniana es una continuidad de sorpresas- dijo Lun mirándome a los ojos. En aquel instante sentí un pequeño alivio y recuperé mi serenidad. Key sonrió; Velasco rió descontroladamente. Lun prosiguió: Conocí a nuestro amigo Franklin en un colegio de Croton. Me

pareció un joven altruista y procuré colaborar en su trabajo por los demás. Mi intento dio resultados positivos y el joven Franklin empezó a actuar por el bien de los demás.

Y según la joven de novecientos años me narraba, la misteriosa “pantalla de tiempo” proyectaba la vida de aquel hombre que con su amor hacia el prójimo, escribió una de las más bellas páginas de la civilización humana. Vi su vida en detalle. Le vi como estudiante, como orador y como presidente. Le vi representante obrero y organizador de las Naciones Unidas. Pero lo que más me sorprendió fue su amor hacia la paz, su búsqueda de la felicidad del hombre y la positiva confianza que le tenían los niños, los adultos y los ancianos. Lo querían las personas de todas las clases y razas. Lo querían los hombres de todas partes de la Tierra.

-Comprendo que te ha sorprendido todo eso. No te pido que lo tomes como cierto porque esto está sujeto a la decisión de tus células, pero has presenciado una historia real, tal como fue- me dijo Lun.

No supe qué decirle a todo eso; callé por unos instantes.

-No me había dado cuenta antes, que las Naciones Unidas tuvieran tanta importancia para la humanidad- le dije como para interrumpir el silencio.

-Amigo -dijo Lun mirándome-, esta organización es el más positivo pionero de la felicidad humana desde que el hombre vive en la Tierra. Las naciones que la componen son creadoras de la máxima sublimidad existente. Se preocupan porque todos los hombres se sientan iguales y trabajen y estudien unidos, en paz. La humanidad debería cohesionarse alrededor de las Naciones Unidas porque sólo así podrá dar pronta solución a los fenómenos creados equivocadamente o a los naturales que dificultan la vida terrestre.

-¿Cuál podría ser el primer trabajo colectivo más positivo y menos problemático, dirigido por las Naciones Unidas, según tu opinión?

-Creo que sería positivo universalizar textos escolares, para que todos los pueblos de la Tierra conozcan y practiquen los descubrimientos recientes de la ciencia- respondió.

-¿Cómo?

-Si los sabios de todas las naciones se reuniesen para elaborar textos educativos, únicos para cada grado escolar, y luego lo distribuyeran por medio de las Naciones Unidas para que cada país lo editara en su propio idioma, se obtendría una educación uniforme y equilibrada. En la actualidad, cada país tiene una educación diferente, según el nivel de su desarrollo. Lo positivo sería unir los logros de la inteligencia humana y difundirlos entre toda la humanidad; podría empezarse con los textos de ciencias, incluyendo -progresivamente-un idioma único, universal. Cualquier trabajo que cohesione es de suma importancia. Un elevado porcentaje de personas desea la unión, Pero varios factores se oponen a ello. Más hay que empezar de alguna forma y de acuerdo a la época en que estamos viviendo. Se podría comenzar por internacionalizar la actividad científica construyendo una ciudad internacional a la cual todos los hombres tendrían igual acceso, y donde se reuniesen los sabios de todas partes de la Tierra, para estudiar y practicar unidos y en paz, como lo hicieron los esenios. El nombre de esa ciudad pudiera ser Ciencia o Sabiduría. La dedicación de un día al año a la ciencia, recordaría a todos los habitantes de la Tierra, la positiva labor que el estudio y el trabajo hacen por los demás, tal como lo hace el Día de la Sabiduría, en Apu- explicó.

No contesté nada a Lun. Sorpresas, rarezas, lo increíble e insólito, se multiplicaban en cada encuentro con los extraños. No tenía con quien discutir aquellas rarezas para analizarlas según nuestro razonamiento lógico.

Los apunianos aseguraban que todo lo que me mostraban era lo verdadero y positivo. Los de la Tierra se burlarían de todo eso, atribuyendo mi comportamiento a una anomalía psíquica.

A pesar de todo, en mi mente surgían ideas futuristas. Pensé en el porvenir de la humanidad y me pareció que todas esas escenas presenciadas en las naves de los extraños -insólitas e inadmisibles, por ahora- podrían ser realizadas por los hombres en un futuro próximo. Vigoricé aún más mi deseo de hacer una constancia de todas mis experiencias en las naves extraterrestres, y entregarlas a los hombres - cuando esto fuera posible- para que estudiaran, si en ellas hubiera algo útil a nuestra vida. “¿Aconteció alguna vez en la historia de la ciencia, que lo insólito inspirara a un sabio en los descubrimientos científicos?”, pensé, y me puse de pie. Velasco me miró con enojo.

-¿Podemos quedarnos unos minutos más, señor?- me consultó.

-Son las diecisiete horas, tenemos que caminar varios kilómetros y mejor es hacerlo de día- respondí.

-Yo conozco un camino muy corto, señor. Le aseguro que bajaremos a la Central de los Cedros en veinte minutos. De allí, por la carretera se puede caminar de noche- sugirió Velasco. La insinuación de mi compañero me sorprendió. Los dos teníamos que empezar el turno de trabajo a las veintidós horas y precisaba llegar a tiempo. Dirigí la mirada hacia él y lo vi concentrado en una pantalla en la cual se veía un desembarco. La vestimenta de los hombres y la forma del barco, mostraba la vida de una remota civilización.

-¿Qué estás mirando?- le pregunté.

-El desembarco de los desterrados que Alejandro de Macedonia deportaba al continente americano- replicó.

-¿Qué dices?

-Sí, señor, Alejandro de Macedonia expatriaba a América a todos los que se rebelaban contra él. En aquella época los habitantes de América se llamaban atlantes y no indios; observe, por favor- sugirió.

Me senté de nuevo y pensé en Alejandro de Macedonia. La misteriosa máquina empezó a responder a mis pensamientos mostrando su vida con detalles. Me enteré de cómo había sido su nacimiento, su niñez y su juventud. Luego vi cómo subió al trono, la formación de su ejército, las invasiones que hacía a los países vecinos, sus combates, derrotas y victorias. Pero lo que más me sorprendió fue la organización que estableció para deportar a sus opositores al hoy continente americano\* y que él llamaba irónicamente “Paraíso Terrenal”. Esperé hasta que vi el fin de su vida. Nos despedimos luego de Lun, Venis y Key, y partimos de regreso.

En el camino, Velasco me habló de las emociones que le había originado la proyección de la pantalla. Yo permanecí en silencio. La vida de Roosevelt y sus intentos positivos en favor del prójimo, me habían sorprendido grandemente. Intentaba, con todas mis fuerzas, encontrar un sentido lógico a todo lo que había visto aquel día. Muy poco conocía de la vida de Roosevelt, pero comparando lo que había leído en publicaciones durante la Segunda Guerra Mundial, con lo que acababa de ver en la pantalla del tiempo, deduje que la explicación de Lun podía ser verídica. “Qué difícil será hablar de esto a los hombres sabiendo que cada frase o palabra les originará la burla justificada”, pensé después de despedirme de Velasco, cuando llegamos a Huallanca.

## DOMINGO 6 DE NOVIEMBRE DE 1960

Aquel día amaneció con cielo despejado y sol ardiente. Habían pasado varias semanas sin lluvia y la sequía amenazaba los sembríos en la región del Callejón de Huaylas.

A pesar que el cuarto trimestre del año es la época de lluvias para las regiones andinas, aquella vez, en esta zona, no había llovido desde el mes de septiembre. La sequía alarmaba a los agricultores, pero favorecía mis excursiones por los cerros y nevados. El día anterior, en el trabajo, conversé sobre las caminatas por los cerros, con un trabajador de la compañía, llamado José, y acordamos escalar los cerros por la orilla derecha del río Kitaragsa. Nos reunimos en el patio de transformadores a las siete de la mañana del domingo y partimos. Decidimos caminar rápidamente para subir a las cumbres de los cerros por la mañana, antes que el Sol desprendiera su máximo calor sobre la región.

Durante la segunda mitad del mes de setiembre y todo el mes de octubre, había tenido varios encuentros con los forasteros. En aquellas ocasiones me explicaron parte de los misterios que nos rodean. En la pantalla del tiempo vimos los accidentes que había sufrido la población terrestre en su pasado, y algo de lo que pudiera sufrir en el futuro si los hombres no se unían fraternalmente en el estudio y en el trabajo, para corregir los fenómenos negativos que se oponen a la vida de la Tierra y a la del espacio. A pesar que me había familiarizado con las “rarezas”, no esperaba encontrarme aquel día con los extraños, al igual que otras ocasiones. Cuando subimos a la cumbre de un cerro dominante, nos sentamos para descansar y observar los alrededores. Era ya mediodía. El Sol se encontraba al centro del sector del cielo que veíamos, y,

descargaba sobre nosotros sus rayos calurosos, obligándonos a buscar protección bajo las sombras de los árboles.

-Vamos a la sombra de aquel árbol- me dijo José señalando uno no muy lejos de nosotros. Le obedecí, nos pusimos de pie y partimos. Cuando llegamos a la sombra de los árboles, descubrimos que allí principiaba una meseta de regular extensión. “¡Aquí estaremos mucho mejor!”, exclamó José alegremente mientras se sentaba sobre una piedra.

-Es un lugar apropiado para observar, se ven casi todos los cerros a nuestro alrededor- dije para confirmar la opinión de mi compañero.

Nos sentamos y empezamos a observar los valles, ríos, pampas y quebradas que con los picos nevados de la Cordillera Blanca componían una misteriosa obra de la naturaleza. De pronto a pocos metros de nosotros, apareció una vizcacha con dos crías. Los pequeñuelos saltaban alrededor de su madre y de vez en cuando la montaban, los dos al mismo tiempo, y la hacían caer al suelo. José me codeó y con la mirada me señaló la presencia de los animalitos. Le confirmé que le había comprendido y nos quedamos en silencio para observar el tierno juego de la madre con sus hijos, peculiar característica de las madres de todos los géneros. Unos minutos después, la vizcacha con sus crías se introdujeron entre unos arbustos y nosotros nos dimos cuenta que allá, casi en el extremo de la meseta, se encontraban varios pastores con sus rebaños de cabras y ovejas.

-¿Vamos donde ellos, señor?- me dijo José refiriéndose a los pastores.

-¿Para que se asusten de nosotros?

-No se asustarán, señor, son gente buena, yo los conozco.

-¿Cómo les conoces?, ¿de qué lugar eres tú, José?- le pregunté porque ignoraba su procedencia.

-Soy de Yungay, señor; conozco todos estos lugares como la palma de mi mano.

-¿Por qué no me lo has dicho antes?; de haberlo sabido no me hubiera preocupado por averiguar si estas alturas son transitables.

-Estamos bien ubicados, señor, éste es un lugar bonito. A continuación de esta meseta hay una pampa con varias cabañas de pastores; ellos viven allí porque se dedican a criar cabras y ovejas.

-Vamos entonces, José- le dije, alegrándome de conocer nuevas gentes y lugares. Nos dirigimos hacia los pastores. Caminamos más de media hora y cuando llegamos, éstos nos recibieron cordialmente. Apenas nos sentamos, empezaron a quejarse por la falta de lluvias. Nos explicaban la grave situación en que se encontraban sus sembríos y ganado a causa de la sequía, y eso lo atribuían a la ausencia de unos ángeles, representantes del Sol y las lluvias, que no lo visitaban hacía ya varios meses.

Pensé que se trataba de una creencia mística antigua que aún persistía en esta región. Para confirmar mi opinión supliqué a José que conversara con ellos sobre el asunto en idioma quechua, para un mejor entendimiento.

-Con mucho gusto, señor, pero antes le sugiero que me escuche un rato, quiero explicarle algo que usted no conoce- me dijo:

-¿De qué se trata, José? Habla de una vez.

-A estos lugares vienen con frecuencia unos seres extraterrestres de un planeta lejano que llaman Apu. Son gente demasiado poderosa y buena. Ellos pueden hacer que llueva, pueden despejar el cielo, curar a los enfermos con la mirada y otros milagros. Por favor, señor, no se ría de esto. Escuche a los campesinos con atención, respetuosamente, porque si no, se molestarán y hasta serían capaces de agredirnos.

Como yo ya había tenido repetidos encuentros con los extraños, no pregunté a José más detalles; le puse la mano sobre el hombro como para confiarle mi sinceridad, y le dije:

-No te preocupes. Te aseguro que no me reiré; pero pregúntales sobre esos ángeles, a ver qué nos dicen.

Mientras José dialogaba con los pastores, dirigí la mirada alrededor y vi salir, detrás de una lomadita a varias personas que se dirigían hacia nosotros; había hombres, mujeres y niños. Me di cuenta que tras de la lomada se encontraban posiblemente las cabañas a las cuales José se había referido unos minutos antes, y de donde venían aquellas gentes para interrogarnos. Quise comunicar a José la venida de los visitantes, pero él me hizo una seña con la mano para que no le interrumpiera.

La charla duró más de una hora. El Sol apuntaba sobre nosotros sus rayos que producían un calor insoportable. Estábamos obligados a buscar la sombra de los árboles más frondosos y los campesinos recomendaron un arbusto cercano, al final de la pampita. Cuando nos preparábamos para cambiar de lugar, detrás del nevado de Champara apareció una avioneta. En un principio pensé que se trataba de una nave del ejército que ejecutaba alguna misión militar, pero cuando se acercó me di cuenta que era una nave de los extraños. Esta descendió verticalmente y se posó sobre un claro sin producir ruido. Su presencia no alteró en nada la tranquilidad de los animales, pero los campesinos empezaron a dar gritos de alegría.

-¡Son ellos...! ¡Lluvia...! ¡Son ellos!- prorrumpían en gritos la gente y se abrazaba llena de júbilo. De pronto, todos, chicos y grandes, se arrodillaron en el suelo y empezaron a orar como si se encontrasen en la misa... yo permanecí de pie, observando. De la nave descendieron tres personas, dos hombres y una mujer. Apenas se acercaron reconocí que uno de ellos era Zay. Creí que la mujer sería Ivanka, pero no fue así. Que yo no me arrodillara provocó gran descontento entre los campesinos, y empezaron a protestar murmurando.

-Si no nos dan lluvia, usted será culpable de lo que sufrirán nuestros sembríos y animales- me dijo José amenazándome con su puño. A pesar que estaba armado, pensé que mi comportamiento podría originar graves incidentes. Me disculpé y me arrodillé al lado de un niño. Mientras tanto, los “extraterrestres” ya estaban entre nosotros. Zay me miró sonriente. Me extendió la mano señalando que me levantara. Correspondí a su saludo y me paré.

-No tienes por qué arrodillarte, nosotros no necesitamos esa clase de cortesía, lo sabes bien- me dijo con tono suave-. Sé que ésta es la manera en que los terrestres rinden mayor pleitesía. Pero nosotros hemos superado esa época hace billones de años. En la antigüedad, después de la explosión de Apu, nuestros antepasados no habían aún adquirido la inmortalidad, y atemorizados por la catástrofe empezaron a rendir culto al Sol. Pero luego los científicos se dieron cuenta que la solución de todo esto está en el estudio y en el trabajo, entonces los apunianos dejaron de lado las ceremonias y dieron importancia a la ciencia que se adquiere descubriendo lo oculto y perfeccionándolo mediante la práctica. Los terrícolas aún llevan en su vida el eco de aquella época apuniana, puesto que cuando nuestros antepasados poblaron por primera vez la Tierra, aún recordaban los mitos- subrayó.

La apuniana empezó a acercarse a cada uno de los campesinos suplicándoles que se pusieran de pie. Le obedecieron todos.

-Nuestra amiga se llama Lyn; a él ya lo conoces: es Pedro- me dijo Zay presentándome a sus amigos.

Nos sentamos con los campesinos y ellos suplicaron que hicieran llover. Miré mi reloj. Eran las trece horas. El Sol calentaba aquella región con toda su fuerza. Una mujer de edad avanzada se acercó a Lyn y se arrodilló a sus pies exclamando “¡Lluvia! ¡Lluvia...!” Lyn la levantó del brazo, la besó en la cara y la viejita se sentó con los demás.

Pedro se alejó unos metros, presionó un botón de su chaleco y se elevó muy velozmente hasta ponerse fuera del alcance de nuestra vista,

-¿Donde se fue Pedro?- pregunté a Zay.

-Va a producir la lluvia para esta región- me contestó y captando mi incredulidad en lo que anunciaba, sonrió.

-Tienes razón, Zay, nunca antes había presenciado estos trabajos y tengo dudas de su resultado- le dije comprendiendo el significado de su sonrisa.

-Ya tú sabes que no nos sorprende este pensamiento. Tu opinión es propia del terrícola que considera factible sólo lo que aprueba con su razonamiento lógico. Pero observa lo que está sucediendo allá arriba, en el espacio- sugirió amablemente. Miré en la dirección señalada y vi un haz de nubes de inmenso diámetro, como si una chimenea invisible las produjera, surcando el espacio por encima de los picos nevados de la Cordillera Blanca, a lo largo de decenas de Kilómetros.

Momentos después. Pedro descendió entre nosotros. Las nubes se extendían por el cielo de la región, cubriendo todo lo que estaba al alcance de nuestra vista. Luego los negros nubarrones que acababan de expandirse, se precipitaron en lluvia.

-¿Cómo lo hiciste?- pregunté a Pedro mientras nos dirigíamos a la nave para evitar que la lluvia nos mojara.

-Hice vibrar los “minius” y iones positivos a velocidades diferentes, originando así variaciones instantáneas de temperatura. De esta manera se formaron las nubes que al condensarse produjeron la lluvia.

-¿Esto se puede hacer en cualquier lugar o sólo donde hay nevados?

-En cualquier parte del espacio se puede hacer nubes y lluvias- respondió Pedro.

-¿Por qué ahora principiaste a hacer las nubes sobre los nevados?- volví a preguntar cuando entramos en la nave.

-Hice eso para que los lugareños piensen que las nubes fueron producidas por los nevados y que nadie intervino en su formación. La mente humana todavía está dominada por las creencias auto sugestivas, y la preeminencia de los mitos interviene de distintas maneras en la vida terrestre. Entonces hay que hacer las cosas tal como ellos creen que pueden ser, positivizándoles las células progresivamente, sin alteración, hasta que pase esta época y se den cuenta que la vida se debe a la química y al movimiento, y su persistencia, al estudio y al trabajo- subrayó.

A pesar de ver por la pantalla que los fuertes chaparrones estaban bañando piedras, suelo y árboles, mi intención fue asegurarme de algún modo, si eso era realidad o hipnotismo. Pero cuando vi a cabras y ovejas que se acurrucaban bajo los árboles para protegerse del aguacero, al igual que los pastores, pensé que pudiera estar lloviendo de veras. La lluvia duró hasta las diecisiete horas y mientras tanto, José y yo veíamos en la pantalla del tiempo escenas de los misterios del universo, su vida y sus poblaciones.

-Si desean les mostraré por medio de la pantalla, algo de nuestra vida en Apu- dijo Lyn mirándonos.

-Con mucho gusto, amiga, no lo olvidaré- respondí. José me miró sorprendido. La frase “no lo olvidaré” le dio a entender que yo había aprendido esto de los apunianos en un encuentro anterior y se sorprendió. Zay y Pedro sonrieron. Lyn presionó un botón de su silla y una pantalla funcionó. A continuación aparecieron diferentes clases de mariposas, alineándose artísticamente, dibujando con su formación, objetos, bosques, lagos y campos florecientes. Me sorprendí de la rara e inteligente labor de las mariposas apunianas, sabiendo que las terrestres sólo producen

distintas clases de larvas, muchas de ellas dañinas. Lyn comprendió mi pensamiento y sonriendo me dijo:

-Es verdad lo que estás pensando. Las mariposas en la tierra no son tan interesantes, sólo llaman la atención a los niños. Además, se reproducen por medio de huevos y en su primer estado son sólo gusanos-niños que a veces hacen daño a las plantas. Las mariposas en Apu son diferentes, se reproducen como mamíferos y son el único insecto que allá existe- subrayó. A continuación nos explicó varias cosas más sobre la vida de los animales apunianos. La charla duró hasta que oscureció; ya era el momento de retirarnos. Agradecemos a Lyn por sus explicaciones, nos despedimos de Zay y Pedro, y partimos de regreso.

Durante el camino, José y yo conversamos de todo. Pero lo que más nos había sorprendido fueron la lluvia y las mariposas. Mientras avanzábamos, yo agarraba las hojas de las ramas y las hierbas, para comprobar si estaban mojadas por aquel misterioso aguacero provocado por los que se autodenominaban extraterrestres.

Cuando llegamos al pueblo, la alegría originada por el aguacero brillaba en el rostro de cada persona. Me enteré por la gente que toda la región del Callejón de Huaylas había soportado una densa lluvia, desde las trece hasta las diecisiete horas. Medité sobre el asunto y llegué a la conclusión que aquella lluvia no se podía atribuir a la imaginación visualizada, hipnotismo u otra alteración parasicológica. Pensé que una persona, o un grupo de personas, hubiera podido visualizar la lluvia, pero no todo los habitantes de una región de cientos de kilómetros cuadrados. Y viendo los riachuelos que habían permanecido secos durante varios meses, ahora cargados de aguas turbulentas, llegué a esta conclusión; no sabía quiénes eran esos seres ni de dónde procedían, pero me convencí que tenían poderes extraordinarios y que lo que había presenciado era real.

## DOMINGO 1° DE ENERO DE 1961

Durante la segunda mitad del mes de noviembre y todo diciembre, José y yo dedicamos nuestros tiempos libres a las caminatas por los cerros. En ese transcurso tuvimos sólo tres encuentros con los “extraterrestres”, lo que nos hizo pensar que ya no les interesaba hacer visitas a la región del Callejón de Huaylas.

Como de costumbre, aquel domingo salimos temprano de Huallanca y nos dirigimos por los cerros, entre los ríos Kitaraqsa y la Quebrada de Los Cedros, hacía el nevado de Millwaqocha. Aproximadamente a las diez nos encontrábamos sobre la cumbre de un cerro frente al nevado. El cielo estaba despejado, pero entre nuestro cerro y el nevado, una ligera niebla nos impedía ver claramente la conformación geográfica del lugar. Nos sentamos para descansar en espera que la zona se aclarase.

No esperamos mucho tiempo. Un ligero viento del norte empezó a soplar desde las alturas y en unos minutos se despejó toda la región. Nos sorprendimos al ver que frente a nosotros había una llanura no muy extensa, pero con varios claros llenos de rebaños. Algunas chozas construidas con palos, yerbas secas y ramas de árboles, se veían agrupadas cerca a una lomadita y frente a ellas varias personas sentadas alrededor de una hoguera. Más allá, a una decenas de metros, vimos un avioncito y rápidamente nos dimos cuenta que los forasteros estaban con los pastores.

-Mire, señor, hoy estamos con suerte: los extraterrestres están acá. ¡Vamos donde ellos!- exclamó José con emoción.

-Vamos, José, pero te encargarás de pacificar a tus paisanos si se oponen a nuestra visita- le advertí en broma.

-No se preocupe, señor, posiblemente encontraré entre ellos algunos de mis amigos. El otro día les llevé clavos y alambres para que construyeran esas chozas; tal vez hoy me pidan que les ayude a construir una nueva. Verá que todo saldrá bien.

Nos pusimos de pie y partimos. Cuando nos acercamos a la hoguera me encontré con una sorpresa. A un lado de la fogata, medio apagada, estaban sentados en círculo, niños, mujeres y hombres con tres extraños, almorzando.

Cuatro perros nos recibieron amistosamente y volvieron en seguida donde sus amos.

-Esperemos acá hasta que terminen de almorzar- dije a José intentando conocer su opinión.

-No, señor, vamos donde ellos; nos han visto y si nos quedamos aquí, se ofenderán.

-¿Por qué?

-Dicen que un forastero amigo debe de entrar en sus casas a pedir alimentos, hospedaje y ayuda; si no lo hace no es amigo ni buena persona. Aquí la gente cree que el amigo pide a los amigos para que lo ayuden, y no tiene por qué huir de ellos.

Me acordé de las costumbres apunianas que había visto en una ocasión por las pantallas del tiempo, y me di cuenta que los nativos del continente americano aún conservan el eco de varias de ellas, tales como el servinacuy, el culto al Sol, vivir en colectividad y otras.

Acepté la sugerencia de José y proseguimos. Cuando llegamos, todos se pusieron de pie para saludarnos. Los forasteros también: eran Zay, Pedro y su compañera Lyn. Me alegré muchísimo de encontrarlos, pues me había familiarizado con Pedro y Zay; los extrañaba. Los lugareños nos invitaron a sentarnos. Aceptamos. Me senté entre Zay y

Lyn, Pedro al lado de Zay, José encontró entre los pastores, dos amigos y se sentó con ellos. Nos sirvieron una sopa preparada con trigo; luego nos dieron papa sancochada, choclos y queso. Observé a Zay, Lyn y Pedro, para saber si les gustaba la comida y vi que comían con más ganas que José y yo. Sonreí. Zay comprendió mi pensamiento y me miró, Lyn también rió y Pedro, masticando, dijo:

-Amigo, tú ya has visto por las pantallas nuestra forma de vivir. Tienes derecho a no creer en ello; eso es originado por tus células, mas ahora te das cuenta que somos tal como lo has visto.

Lyn y Pedro repartían granos de choclo entre los perros. Zay tenía un cachorro sobre sus rodillas y le daba de comer trocitos de queso; me sorprendí al ver que los extraños acariciaban con tanta ternura a los perros, cubiertos con toda inmundicia.

-Lo positivo siempre brilla, amigo. Por su apariencia puede ser feo o bonito, chico o grande, joven o anciano, cosa o ser, limpio o sucio, pero siempre es amigo de los demás, lo cual le da el máximo valor entre los seres- dijo Pedro mirándome. El perro –continuó-, el caballo y el delfín, son los únicos animales en la Tierra que aún conservan un eco de la vida armoniosa que tienen los seres en Apu. Ellos necesitan cariño humano porque eso es parte de su vida- explicó Pedro. No le respondí nada. Medité un poco y llegué a la conclusión que esos animales siempre han servido al hombre. Confundido por tantas sorpresas y sin tener la certeza clara de quiénes las originaban, permanecí en silencio.

Cuando terminaron de almorzar, Pedro, José y los pastores se fueron a construir el techo de una de las cabañas; Zay, Lyn, cargando un perro, y yo fuimos a la nave. Lyn presionó un botón de su silla. En la pared, una pantalla empezó a funcionar mostrando una escena que, a mi juicio, correspondía al tiempo de los profetas. Un hombre alto, con barba y cabellos largos, estaba hablando a un grupo de gente que lo escuchaba con respeto. Por la vestidura y carácter de las personas que veía, deduje que se trataba de épocas muy lejanas. Lyn interpretó mis pensamientos y sonriendo me dijo:

Así es, amigo, esa época es muy remota. El que ves hablando es Zay, cuando vivió como terrícola con el nombre de Moisés. Al instante me acordé de las escenas observadas en la pantalla durante los encuentros pasados.

-¿En qué ocasión Moisés pronunció ese discurso?- pregunté a Lyn. Zay me miró, sonrió y con una expresión amable dijo:

-Fue cuando entregué a los hombres las catorce reglas para que las estudiaran y aprendieran de ellas la importancia de la vida colectiva que practicamos en Apu hace ya trillones de años -explicó-. Allí organicé una escuela colectiva llamada Esenia, nombre que proviene de las palabras apunianas Es Nie, que traducidas al lenguaje terrestre significan más o menos, “fuerzas unidas” y que luego, con el tiempo, dieron origen a los términos “esenio” o “esenia”. Ese fue uno de mis intentos de positivar a los hombres al regresar a la Tierra, después de la larga interrupción producida por los fenómenos espaciales que impidieron los viajes intergalácticos durante cientos de miles de años. Mi propósito era guiar a los terrícolas para que volvieran a vivir unidos en una sociedad sin clases ni discriminaciones, sin ociosidad ni dinero, y en paz, como cuando empezaron a vivir en la Tierra. Intenté iniciar entre los hermanos terrestres, el renacimiento de una organización con el trabajo y estudio colectivo, que protegiera a todos los seres por igual, para que logren una armonía perfecta de la vida, tal como la tenían en Apu. Pero mis intentos, con el transcurrir del tiempo, fueron distorsionados por el egoísmo. Al principio se formaron grupos positivos que vivían en colectividad, pero luego cambiaron las reglas legítimas y las orientaron de acuerdo a sus intereses egoístas. Así, poco a poco, se dispersaron en diferentes grupos políticos y religiosos, formando cada uno sus leyes, más negativas que positivas, para la vida y la reproducción. Observa esta comunidad esenia - me dijo Zay señalando una pantalla.

Miré hacia ella y vi una aldea de regular extensión. Niños, mujeres y hombres; vivían en una armonía tan perfecta como los átomos de una molécula. Me enteré que ejercían el trabajo y el estudio colectivos,

no usaban dinero, practicaban el régimen alimenticio vegetariano y protegían la vida de las plantas, animales y personas por igual.

Me puse a observar la vida de aquella comunidad, de ideología altruista, que con la unión, estudios y trabajos colectivos, estaba consiguiendo los poderes -para nosotros sobrenaturales- con los cuales corregían fenómenos terrestres y espaciales. Vi su formación, su desarrollo, sus logros, sus poderes y la influencia del egoísmo que penetraba amenazante. Mientras unas generaciones morían y otras surgían, el egoísmo convertía el dinero en una necesidad, se apoderaba de cada persona y distorsionaba la positividad de aquella organización, hasta que la llevó a una vida como la de un ejército terrestre organizado, a la que no podían entrar las personas. Así, eliminaron el matrimonio de su vida social y consecuentemente la reproducción, lo más sagrado para los apunianos.

-¿Cómo se llama ese lugar donde los esenios practicaron la vida colectiva?- pregunté a Zay.

-Ahora se llama Qumrán; se encuentra cerca de la ciudad de Kalia, por la orilla israelí del Mar Muerto -respondió él-. Ese es uno de los lugares más positivos de este planeta. En la antigüedad, cuando la Tierra aún formaba parte de Apu, en ese mismo sitio, en aquel entonces llamado Kun-Ra, palabras apunianas que traducidas significan “mesa para sabios”, los científicos apunianos tuvieron allí sus laboratorios. El apuniano Ra perfeccionó, en ese lugar, la pantalla del tiempo y el uso del minius. Esta es la razón por la cual los esenios establecieron en Kun-Ra su primera comunidad positiva, después que los hombres olvidaron, bajo la influencia del egoísmo, la forma de vida apuniana -explicó Zay y según proseguía detallando sus tentativas de unir a los hombres, en la pantalla aparecían los lugares donde habían ocurrido. El que más me impresionó fue Qumrán. Sus ruinas -restos de un trabajo colectivo- están como el genio de todos los tiempos, mutilado por el egoísmo y la agresión, que -sediento de unión y fraternidad entre los hombres- mira con sus cuencas vacías hacia el cielo, esperando que -como cuando era niño- alguien descienda del espacio, lo acaricie fraternalmente y le cure sus heridas con

paz, amor, estudio y trabajo colectivo, única forma de vivir viviendo porque garantiza el respeto y la protección a todos los seres por igual. Aquel anciano milenario, cuyas heridas abrigan grutas y lomadas, originó en mí el deseo de visitarlo. Zay interpretó mi pensamiento y mirándome sonriente dijo:

-Amigo, si deseas sinceramente visitar Qumrán, puedes hacerlo, en este instante si quieres.

-¿¡Cómo!?- exclamé sorprendido.

-Es muy fácil -respondió él-. Tenemos la nave que nos puede transportar a Qumrán en unos minutos, sólo falta tu sincera aceptación- Lyn sonrió. Comprendí que la sonrisa de Lyn estaba inspirada por mi incredulidad y desconfianza hacia ellos, y por eso me incomodé.

-¿Quiénes irían conmigo si decidiera viajar?

-Nosotros dos; Pedro está trabajando con los pastores- respondió Zay.

Medité unos instantes. “Si algo me sucede, José avisará a mi familia”, pensé. Además, Pedro se quedaba con los lugareños. Sentí una especial alegría por poder visitar aquel lugar que tanto me atraía, y sin pensar en nada más, acepté:

-¡Vamos amigo! Mi deseo es sincero.

-No lo olvidaré- dijo Zay.

Lyn apretó un botón de su chaleco. Al interior de la nave penetró un aire fresco, de aroma agradable. Mi reloj marcaba las once y media. Un zumbido raro parecido al viento, apenas perceptible, se escuchó por un instante. Luego tuve la sensación de encontrarme sentado en una butaca acondicionada, del todo agradable, y el deseo de permanecer allí para siempre “¿Qué hora será cuando llegamos a Qumrán?”, pensé.

-Ya estamos sobre el lugar- dijo Lyn sonriente.

Miré mi reloj y vi que estaba marcado las once y cuarenta minutos.

-Usa las pantallas, amigo- me dijo ella señalándome una que estaba funcionando. Utilicé el aparato y vi que el lugar donde nos encontrábamos era tal como lo había visto unos minutos antes de partir. Me asombré al saber que en sólo diez minutos habíamos atravesado un espacio de miles de kilómetros. Lyn interpretó mi asombro y enseñóme dijo:

-Sabemos que te ha sorprendido el corto tiempo empleado para efectuar una travesía tan larga. Eso es natural. Debes saber que hemos viajado a la velocidad en la cual tus células no sienten molestias. Si hubiéramos viajado a la velocidad acostumbrada por nosotros, utilizaríamos sólo fracciones de segundo- explicó.

En ese instante vi que ya nos encontrábamos posados en la superficie del lugar. Me di cuenta que pronto iba a oscurecer y me apresuré a observar los alrededores. Miré en la pantalla y observé que el sitio donde nos encontrábamos era semidesértico. Habíamos aterrizado sobre una lomada desde la cual se divisaban las ruinas de Qumrán, una región desértica, y algunos kilómetros más allá había una ciudad con áreas verdes, mar, casas en construcción y varias personas circulando. Salimos de la nave y nos dirigimos hacia las ruinas de Qumrán, que distaban unos cientos de metros. Pensé que nuestro vehículo se quedaría sólo hasta nuestro regreso, y que si alguna persona mal intencionada pasara por el lugar, podría dañarlo.

-No te preocupes, amigo. Si alguien intentara hacerle daño la transportaríamos cerca de nosotros mediante la desintegración, y luego de integrarla partiríamos. Una operación de segundos- explicó Zay.

-¿Cómo se llama esa ciudad?- pregunté a Lyn.

-Kalia. Estamos en el desierto de Judea, a orillas del Mar Muerto-explicó...

Después de visitar las ruinas y algunas grutas cercanas, nos dirigimos hacia un grupo de casas de reciente construcción.

-¿Por qué vamos para allá?- pregunté a Zay.

-Para que te convenzas que no te estamos hipnotizando-respondió en broma.

-¿Y cómo nos entenderemos con esa gente que habla un idioma distinto?

-No te inquietes, amigo. Eso no es problema. Háblales que ellos te entenderán en su idioma y lo que te respondan lo comprenderás en el tuyo.

-¿Cómo es eso, Zay?, ¿habrá una máquina que traduce?

-Máquina no, todo se hace con ayuda de minius y iones positivos. Ellos hacen comprender a los lugareños lo que les hablas y a ti lo que te dirán ellos. Por favor, convérsales sin miedo- suplicó..

Llegamos al pueblito y entramos en una tienda limpia y bien surtida de cosas. Adentro había un hombre joven, dos mujeres jóvenes y una de edad avanzada con dos niños. Les saludé en mi idioma al entrar. Escuche la respuesta en el dialecto de mi lugar de nacimiento, como si hubiéramos crecidos juntos.

Nos detuvimos unos minutos y pedimos bebidas. El joven nos sirvió atentamente. Lyn empezó a conversar con las mujeres y yo preste atención a la charla, creyendo que escucharía la conversación en un idioma extranjero, pero no sucedió así. No sé realmente en qué lengua estaban hablando, pero mis oídos percibían una plática en mi dialecto natal. Una de las mujeres prendió la Luz. Zay pagó el consumo con un billete. Agradecemos por el servicio y salimos.

Afuera ya era de noche. En el cielo se veían algunas estrellas y su débil luz nos ayudaba a caminar sin tropiezos. De pronto, en torno a Lyn se formó un arco luminoso, idéntico al que había visto alrededor de Pedro cuando nos acompañó a Quispe y a mí. Al entrar a la nave me puse a observar el lugar por la pantalla del tiempo. Zay presionó uno de los botones que se encontraban distribuidos en filas sobre la pechera de su vestimenta, y la nave se elevó verticalmente en el espacio. En el interior, la luz, que se acondicionaba de acuerdo al agrado de la retina del observador, iluminaba satisfactoriamente. No percibíamos ningún ruido ni movimiento motivado por el vuelo. “¿A que altura nos encontramos?”, pensé en aquel instante. En la pantalla del tiempo apareció la siguiente respuesta: “Estamos viajando a una altitud de doscientos mil Kilómetros”. Me sorprendí... doscientos mil kilómetros lejos de la Tierra y sentirme tan agradable, me pareció imposible. Proseguí viendo Qumrán por la pantalla del tiempo, y comprobé que mediante ella se veían muchos más detalles de la superficie, casas y pueblos, que caminando por el sitio. Nada se escapaba a los lentes de aquel misterioso aparato. Con absoluta nitidez se podría ver las personas dormidas en sus camas, una lagartija acurrucada entre las piedras, un saltamonte sobre la hierba, una hormiga, una mariposa o un avión despegando de cualquier aeropuerto. En cualquier lugar de la superficie terrestre o de otro planeta o galaxia en el universo, se podía contar con absoluta precisión, briznas de yerbas, granitos de arena u otra, desgravitar la nave y sus tripulantes, de mantener a las máquinas desintegradoras e integradoras en alerta permanente y de todas las demás acciones, previstas e imprevistas, que pudieran ser necesarias en cualquier instante.

-¿O sea que si es lentito se malograrse terminaríamos en el suelo?  
-interrumpí.

-Te olvidaste que también se pueden desintegrar e integrar las cosas usando la mente.

-Sí –reconocí-, me había olvidado que este poder lo arregla todo al instante -respondí e hice funcionar una pantalla de tiempo. Pensé en los

aparatos que veía alrededor de mí. Al instante, la misteriosa pantalla mostró en la parte anterior de la nave, un instrumento que terminaba en dos faros parecidos a los de un automóvil. Me pregunté de qué se trataba y enseguida en la pantalla apareció la respuesta escrita que decía “Este es un aparato que desintegra seres y cosas para evitar que la nave choque con ellos”. A continuación apareció la parte posterior de la nave con un instrumento similar al anterior, y la descripción explicaba que éste integraba los objetos y cosas desintegradas “¿Que tiempo requiere esta operación?”, pensé. “La fracción de segundo expresada por el número dos precedido de veintisiete ceros”, apareció como respuesta.

Mientras la pantalla satisfacía mi curiosidad mostrándome la función de cada instrumento, me di cuenta que todo era de un material semejante al plástico y que el cuerpo de la nave estaba hecho de una sola pieza, y cualquier parte se podía volver transparente como el vidrio, según el deseo de uno. Miré a Lyn y descubrí que estaba observando por una de las pantallas, bosques y praderas que formaban paisajes muy atractivos. Me sorprendí por el panorama y pensaba preguntar a Lyn qué lugar era.

-Es Australia -me respondió antes que yo hablara. Le agradecí y empecé a observar yo también. De pronto me di cuenta que estábamos descendiendo en el Callejón de Huaylas, cerca del nevado Millwaqocha, de donde habíamos partido unas horas antes. Miré el reloj. Eran las diecisiete horas y treinta minutos. “¿Cuánto tiempo duró este vuelo?”, pensé. En la pantalla apareció la respuesta: “treinta y cinco minutos”. Me sorprendí, porque a mí me pareció que habíamos utilizado mucho menos tiempo.

La nave se posó en el mismo sitio donde había estado antes del viaje. Salimos. El Sol descendía hacia occidente, anunciando dejar en la oscuridad las quebradas y valles del Callejón de Huaylas.

Pedro, José y los lugareños, se encontraban sentados alrededor de una hoguera, descansando después de un trabajo acelerado. Los perros corrieron a nuestro encuentro. Avanzamos hacia la hoguera por entre las

cabras y ovejas echadas en el suelo para pernoctar. José y los lugareños se pusieron de pie para recibirnos. Pedro permaneció sentado.

-¿Te convenciste que no hay trucos ni hipnotismo en lo que estás experimentando? -me preguntó sonriente.

-Aún no sé quiénes sois, pero lo que experimenté en este viaje es sumamente raro. Me ha gustado. Estoy seguro que los hombres aún no lo pueden efectuar así.

-Los hombres podrían hacer mucho más que eso si se unieran para estudiar y poner en práctica lo aprendido y así desarrollar los poderes adormecidos. Estás progresando en conocimientos de lo “increíble” y eso me alegra mucho -añadió.

Lyn y Zay se quedaron conversando con los campesinos sobre asuntos diferentes, y mientras tanto, José, Pedro y yo cosa cualquiera. Me convencí, de diferentes maneras, que para aquellas máquinas no había secretos en la Tierra ni en el espacio.

Durante el viaje desde el callejón de Huaylas hasta Qumrán, estuve alterado por muchas sorpresas y no había observado los detalles del manejo de la nave. Mas, de regreso, mis nervios se encontraban tranquilos y me propuse no quitar la vista del manejo, pero a pesar de mi esfuerzo sólo pude descubrir que nuestro avioncito tenía las alas contraídas en su interior y se convertía así en un simple cohete. Zay y Lyn no hacían ningún movimiento y pensé que los extraños guardaban en secreto todas las maniobras y que yo no descubriría ninguna. El interpretó mis pensamientos y con expresión respetuosa me dijo:

-Todas nuestras máquinas están sujetas al pensamiento del que las utiliza. De la misma forma guiamos las naves en los viajes intergalácticos, transportes urbanos, máquinas en los talleres, fábricas y las pantallas del tiempo. Observa este aparato- dijo mostrándome una cajita de unos veinte centímetros de largo por quince de ancho y diez de espesor. Este mecanismo se encarga de recibir y memorizar nuestras

órdenes, de captar iones positivos del espacio y convertirlos en energía impulsora de cualquier cosa. Nos fuimos para ver los techos que habían construido durante mi ausencia. Cuando regresamos agradecí a los extraños por su comportamiento y me despedí de ellos; José hizo lo mismo y nos retiramos.

En el camino hacia Huallanca conversé con José sobre mi paseo. Él era la única persona, en aquel entonces, con quien podía hablar de las experiencias que tuve en ese viaje sin que se burlara de ello, y tal vez lo sería por mucho tiempo.

Durante los primeros tres meses del año 1961 tuve varios encuentros con los visitantes. Dedicaba la mayor parte de ellos a observar el ayer, el hoy y algo del mañana de la vida terrestre y espacial, a través de la pantalla del tiempo.

Un día me puse a leer mis anotaciones hechas durante cada encuentro. Descubrí que había acumulado varios cientos de horas vividas con los extraños y la seleccioné con la intención de escribir sobre aquello cuando eso fuera posible. En el mes de abril del mismo año -por razones de trabajo- me trasladé de Huallanca a la ciudad de Lima, distante quinientos kilómetros...

## EPÍLOGO

El tiempo seguía su rumbo sumándose en semanas y meses. Mis experiencias con aquellos visitantes se convertían en recuerdos de sucesos insólitos, archivados en páginas de libretitas y cuadernos. No podía hablar de ello con nadie, sin que cayera en el ridículo o se me considerase desequilibrado mental. Ni yo mismo estaba muy seguro de si lo que había visto era obra de los extraterrestres, visiones producidas por el hipnotismo o los adelantos de alguna nación terrestre tecnificada. Y mientras me esforzaba para descubrir la incógnita de todo aquello, sucedió de pronto un acontecimiento desastroso que hizo modificaciones en mi opinión. El diez de enero de 1962, antes que se cumpliera un año de mi último encuentro con los apunianos, un aluvión arrasó el pueblo de Ranrahirca y originó muerte y destrucción. Me acordé que había visto aquel desastre por la pantalla del tiempo, en las naves de los “extraterrestres”. Las noticias periodísticas y la radio, informaban sobre el suceso. Yo me daba cuenta que todo había ocurrido tal como lo habían mostrado las pantallas, casi un año antes.

En el año 1963 ocurrió un acontecimiento inesperado y trágico que conmovió a la humanidad. Fue una copia fiel de lo que yo había visto en la pantalla del tiempo. En el año 1969 el hombre descendía a la superficie lunar, tal como yo había visto en las extrañas naves, casi diez años antes. Y en 1970 la tragedia sorprendió a la ciudad de Yungay y a sus habitantes...

Los sucesos que vi por aquellos aparatos -misteriosos hasta ahora- se cumplían y siguen cumpliéndose con fidelidad a lo visto, como si lo hubiera leído en una fantástica descripción novelesca. Estas

realidades o coincidencias, me obligaron a hablar de aquello sólo para dejar constancia de lo sucedido, sin pensar en las consecuencias que pudieran derivarse de las opiniones de los lectores y de la ciencia.

Todo por los demás.

Vitko Novi.

## **APENDICE**

## DICCIONARIO DE EXPLICACIONES

### **Alejandro de Macedonia**

Cuando Alejandro invadía los países de Asia y África, deportaba al continente americano, a todos los que se le rebelaban, que él burlescamente llamaba “Paraíso Terrenal”. Detalles en el Libro de *Apu, un mundo sin dinero*.

### **Alif**

Apuniano que visita la Tierra desde hace 12 mil años. El fue quien recibió a Ivanka cuando ésta fue transportada a Apu. Detalles en el libro *Apu, un mundo sin dinero*., editado anteriormente.

### **Apu**

Apu explotó en la antigüedad. De esta explosión nacieron el Sol y varias Galaxias. Detalles en el libro *Apu, un mundo sin dinero*.

### **Colores**

En Apu, el color de las cosas se adapta al agrado del órgano visual del observador. Detalles en el libro *Apu, un mundo sin dinero*.

### **Desgravitación**

Quitar peso de los objetos y seres en general. Detalles en *Apu, un mundo sin dinero*.

### **Iones positivos**

Partículas que llenan el espacio y el universo: A ellos se deben la química, el movimiento y la vida, según los apunianos. Detalles en el libro *Apu, un mundo sin dinero*.

**Ivanka**

Muchacha terrícola. Nació en Dubrovnik, Yugoslavia, a principios del siglo veinte. Abandonada por sus padres, luchó por salvar a sus hermanitos. Su vida y muerte se detallan en el libro MISERIA DEL DINERO (Tomos 1 y 2).

**Minius**

La mínima partícula del átomo y la primera después de la nada. Los apunianos la utilizan en sus trabajos “sobrenaturales” descritos en el libro *Apu, un mundo sin dinero*, del mismo autor. Editado anteriormente.

**No Lo Olvidaré**

Palabra traducida del idioma apuniano, que se utiliza en vez de “gracias”. Detallado en *Apu, un mundo sin dinero*.

**Pedro**

Apuniano que vivió en la Tierra en la persona de Juana de Arco, Robin Hood y Leonardo de Vinci. Ivanka lo conoció en Dubrovnik, cuando él trabajaba como marino; luego la llevó a Apu. Detallado en los libros MISERIA DEL DINERO (tomos 1 y 2) *Apu, un mundo sin dinero*, del mismo autor.

**Todo por los demás**

Saludo apuniano que usan en todos los casos: despedida, encuentro y otros. Detalles en el libro *Apu, un mundo sin dinero*.

**Trabajo en Apu**

La sociedad apuniana tiene muchos trillones de personas. Cada adulto trabaja sólo algunas horas diarias, por turnos; el trabajo nunca se interrumpe. Detalles en el libro *Apu, un mundo sin dinero*.

**Vizcacha**

Roedor del tamaño de una liebre.

**Zay**

Apuniano que vivió en la Tierra como terrícola, en las personas de Moisés, Protágoras, Jesús, Carlos Marx, Martín Lutero y otros. Detalles en *Apu, un mundo sin dinero*.